

LOS PÁJAROS NEGROS

ARTURO RUIZ

Los pájaros negros

Novela



RiL editores

Ch863 Ruiz Ortega, Arturo
R Los pájaros negros / Arturo Ruiz Ortega.
-- Santiago : RIL editores, 2010.

184 p. ; 21 cm.
ISBN: 978-956-284-725-4

1 NOVELAS CHILENAS. 2 LITERATURA CHILENA.



LOS PÁJAROS NEGROS
Primera edición: marzo 2010

© Arturo Ruiz Ortega, 2010

Registro de Propiedad
Intelectual N° 174.623

© RIL® editores, 2010
Alfárez Real 1464
750-0960, Providencia
Santiago de Chile

Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-284-725-3

Derechos reservados.

*A la memoria de Fernando Arlegui, quien
luchó en contra de sus propias aves negras.*

*A Leíto, por quien puedo todo y
sin quien nada se puede.*

I

ARRODILLADO FRENTE AL ALTAR, el anciano tenía los ojos cerrados y con todas sus fuerzas se entregaba a la protección del altísimo. Estaba completamente convencido de que ellos no podrían posarse en tierra consagrada y se sentía seguro ahí de rodillas. Como todos los cristianos creía que el símbolo de la cruz le protegería en contra de todo mal... incluso de uno tan poderoso.

De pronto alguien que no estaba enfermo tosió.

El anciano párroco de Calcupulli se volvió con lentitud, pero no por ello asustado. Él se encontraba refugiado en su fe y en su fe nada temía.

—¿Se reza, padre?

El cadáver reseco y apenas reconocible del sacerdote yacía en el jardín de la iglesia, entre las lápidas olvidadas. A él también le habían arrancado los ojos. El sacristán lo encontró y el cabo Palma fue el primero en llegar y evitar que nadie tocara nada. El teniente esperaba que llegaran los peritos de Victoria, que finalmente no llegarían, pues la primera muerte había sido marcada como de *causa desconocida* y no como homicidio. De todas formas, el teniente llevaría su cámara fotográfica y haría lo mejor que pudiera por su cuenta, pero la gente de Calcupulli sabía lo que había pasado, solo les impresionaba el valor que habían tenido de atacar al mismísimo señor cura.

El resto no era nada nuevo para los antiguos y los nuevos habían sido advertidos lo suficiente como para saber que lo único que se podía hacer era esperar a que el hambre se les quitara pronto.

En el pueblo era imposible guardar un secreto. El cabo observó al horizonte y allí estaban esos pájaros extraños. Bajo el cielo gris, cubierto por una lona azul, estaba el cadáver prematuramente seco del sacerdote, el anciano que había sido la máxima autoridad espiritual en el pueblo. Habría revuelo y el teniente, un joven que era la máxima autoridad policial, no quería el revuelo. El cabo se encogió de hombros, tomó su radio y dio aviso con frialdad. No era su problema lo que pensara nadie ni tenía otro deber por ahora que quedarse junto al cuerpo y esperar que su superior le diera la orden de dejar la vigilancia. Eso era algo que él sabía hacer.

En el mundo común y corriente nadie sabía nada ni le importaba y todo estaba en manos de Elcira. Otrora la empleada de confianza de la compañía, ahora había tomado bando y era prácticamente una enemiga. Jamás hubiera querido ponerla a cargo, pero no había nadie más. Nadie mejor que ella a no ser por la propia Francisca y ella ahora no estaba en condiciones de nada. Elcira le miraba por encima del hombro, con el desdén del reproche, como si él tuviera la culpa de algo, como si él tuviera toda la culpa. Ya nunca le hablaba de nada que no fuera profesional, excepto por las preguntas acerca de «la niña». Elcira la había conocido de pequeña y era una segunda madre para Francisca. Martín veía en ella la mera censura... pero acaso también fuera solo su propia imaginación. Tampoco él estaba demasiado bien después de lo que había pasado y por ello había decidido tomar fines de semanas más largos.

Y ello no era posible sin esa mujer.

Martín sintió la necesidad de detener el automóvil. Es cierto que el camino era infame y que el bello Alfa Romeo era un auto estrictamente para pavimento y que una espalda no mucho más adulta que la suya ya tendría lesiones no menores. Pero no fue por ello que se detuvo.

Había estado allí unas cuantas veces, en los noventa sobre todo y, aunque unos meses atrás había vuelto a ir, el camino no era fami-

liar en lo absoluto; algunos arbustos habían crecido y otros ya no estaban ahí; hasta el pasto parecía de otro color. Sí, era el camino correcto a Calcupulli, pero un aluvión hacía parecer que era un lugar diferente. Las cosas habían cambiado y ningún cambio podía significar otra cosa que decadencia. Pudo haberse echado a llorar como un niño, pero pese a un pensamiento bastante progresista al respecto, el condicionamiento infantil de que los hombres no lloran era demasiado fuerte. En la maleta había cinco botellas de bourbon para beber junto a su amigo Manolo en el fundo de Calcupulli. No faltaba el vino en la casona de Manuel, pero para Martín el vino se había vuelto sólo el acompañante de las comidas y para aturdirse ya resultaba demasiado suave... Allí, en la vieja casa patronal, beberían y recordarían sus tiempos de estudiantes y cabía esperar que el capricho de la memoria no le llevara de nuevo con Francisca.

Ella se había transformado en un monstruo insoportable. No era su culpa, sino de una psicosis maníaco depresiva que progresaba a pesar de los fármacos. Acaso nada quedara del matrimonio más armónico que hubiese existido jamás. Ahora todo se había esfumado como el aspecto del camino que sólo vivía en la memoria de Martín. La locura progresiva de Francisca había hecho que él estuviera a punto de finalizar una exitosa empresa basada en un fracasado matrimonio ya casi inexistente y que dejara la casa de caprichosas formas que había construido para ambos por un departamento que se parecía más a la celda de un monje que al hogar de un hombre conocido por sus cualidades como diseñador.

Una bandada de ruidosos pájaros negros pasó encima del automóvil e hizo que reparara en el crepúsculo que tenía delante de él y que reanudara la accidentada marcha hacia la casona de Calcupulli. Mañana llegaría la mujer de Manuel de Santiago y ella no les permitiría beber como si fueran adolescentes despreocupados y necesitaba hacerlo con desesperación.

La lluvia había comenzado cuando el Alfa Romeo se estacionó frente a la casona y aunque tal vez hubiera que vendérselo a algún

incauto tras el infame camino, Martín llegó aproximadamente feliz con su maleta en la mano, listo para pasar aquel fin de semana largo y como siempre, Manuel le abrió la puerta antes de que tocara y le dio un abrazo tan cariñoso como brutal.

–¡Viniste, desgraciado de mierda...! –la amistad de Manuel se expresaba en los peores insultos posibles–. Hijo de la gran puta, ¿cómo has estado, pedazo de mierda?

En la universidad le decían el huaso Manolo. A mucha honra.

Manolo había estudiado arquitectura quién sabe por qué. Su futuro era cumplir con el designio de su padre y del destino. Al poco tiempo de egresar, el patriarca murió y Manuel pasó a ocupar su lugar de terrateniente como estaba escrito y manejó la tierra con habilidad porque desde niño había sido entrenado para ello. Su vida no era ningún misterio aparente, después de todo se casó con la chica con la que empezó a salir el último par de años de su carrera y ella viajaba a menudo a Santiago para evitar aburrirse demasiado. De cuando en cuando él la acompañaba y entonces se alojaban en casa de Martín, quien les invitaba siempre a comer las comidas exóticas que tanto le gustaban y que a Manolo le causaban una curiosidad leve y la sensación de no haber comido absolutamente nada.

Esa noche comerían solo una «cosa poca», es decir, una abundante cazuela típica y chilena preparada por María, una anciana que había criado a Manolo como a su hijo tras la muerte de su madre en el parto y que era lo más parecido a una mamá que él había conocido.

La comida fue servida por María Segunda una mujer de sesenta años, hija de la María original que solo tenía a su cargo, y ay de aquel que se atreviera a disputarlo, la preparación de las comidas preferidas del niño Manolito que se acercaba a los cuarenta años.

–Segunda, ¿y la mama María por qué no viene?

–Usted sabe, patrón, pasó la bandada de *tué-tués* hace un rato y la mama no viene.

–Así no más es la cosa.

La mama María gozaba del estatus de inescrutable en ciertas cuestiones, o más bien en todas las cuestiones. Hasta Marcela, la mujer de Manolo, lo sabía y no se atrevía a contradecirla como sí se hubiera atrevido con una suegra sanguínea de verdad. Sus más de cien años eran el toque final en su venerabilidad.

—¿Qué pasó con la mama María?

La pregunta de Martín bordeaba la herejía y doblaba peligrosamente la norma principal de la casa: no se cuestiona a la mama María. Solo su condición de visita ilustre le salvaba de la condena. Manolo abrió el bourbon que había traído Martín y sirvió dos vasos con abundante hielo.

—Una bandada de *tué-tués* pasó por encima de la casa hoy en la tarde.

—¿Son unos pájaros escandalosos y negruzcos?

—Los mismos. La gente de por acá cree que son en realidad brujos que toman las forma de pájaros para asistir a sus aquelarres. No sé si es una superstición española o mapuche, pero acá creen eso, sobre todo la gente antigua así como la mama María, que se debe estar santiguando contra todos los males, no te sorprenda si más rato aparece por acá con alguna cosa rara.

No alcanzó a terminar cuando la figura irreal de la mama María apareció desde la cocina. Era una mujer minúscula, empequeñecida a menos de metro y medio por los años y arrugada sin que hubiera mediado tratamiento cutáneo alguno. Sobre su labio superior había unos vellos que parecían un pequeñísimo bigote y sin embargo, era hermosa a su manera. Estaba allí con un atado de ramas de laurel y una botellita con agua bendita de siete iglesias distintas —un tesoro difícil de conseguir en Calcupulli, que apenas poseía su pequeña parroquia, ahora más encima sin párroco. La anciana se acercó primero a Martín a quien roció con unas gotas de su preciosa mezcla de aguas y a Manuel, a quien aparte de hacerle lo mismo, le pasó por la cabeza el atado de ramas de laurel.

–Ya, estoy lista con ustedes, ahora voy a preparar el brasero con el que voy a quemar el sahumero de san Benito para proteger toda la casa.

Diciendo esto, la mama María se alejó con un paso apresurado sorprendente para alguien de su edad.

–¿Qué fue eso?

–La mama María –dijo Manuel mientras peinaba con la mano sus cabellos desordenados por las hojas de laurel.

Pero la preocupación de la mama María esta vez era más que una mera cuestión supersticiosa o al menos más que el grado común de superstición.

Junto con la del párroco ya eran tres las extrañas muertes en el pueblo y sus alrededores y habían desconcertado a la máxima autoridad policial del lugar: un muchacho de veintiséis años conocido como el teniente Halt.

El teniente Halt había tenido un impresionante registro como jefe de la tenencia de Calcupulli o sea, había hecho pasar la noche en la tenencia a todos los borrachos evitando que se murieran de frío en alguna calle o en el páramo. Fuera de ello el teniente se aburría como una ostra, por lo que se dedicaba principalmente a ver su televisión satelital y a conversar con su novia de Santiago usando Skype.

Hasta que comenzaron las muertes.

Solo fueron unas cuantas muertes inexplicables.

Los cadáveres estaban resecos, sin ojos en las cuencas y apenas reconocibles. Las autopsias no fueron concluyentes en cuanto a la causa de la muerte, pero arrojaron un dato inquietante: los ojos habían sido extraídos de alguna manera.

El olfato del teniente le hablaba de algún tipo de acción humana por lo que interrogó a los habitantes de Calcupulli que, ya sin necesidad de su acción, estaban intranquilos. Ellos creían tener una respuesta: los brujos.

La habitante más antigua de la zona era la mama María, así conocida por todo el pueblo, por lo que el teniente se acercó a ella más

para consultarla que interrogarla. La mama María había hablado de cosas que probablemente solo ella recordara y que por lo mismo ni siquiera podían cotejarse.

Había dicho que en el cerro cercano que daba nombre a toda la comarca, se reunían los brujos que viajaban en la forma de *tué-tués*, *chonchones* o queltehues y que cada cierta cantidad de años hacían cosas terribles. El teniente consideró las declaraciones de la anciana como delirios, pero le sobraban el tiempo y la curiosidad. Su olfato de sabueso joven, pero heredero de generaciones de policías, le hizo subir el cerro dos veces.

Luego debió dar por cerrado el caso, aunque solo fuera por el momento y no le gustara...

—¿Me estás agarrando para el hueveo? —preguntó Martín.

Al verle beber su vaso de bourbon, Martín supo que hablaba en serio.

—Y tú que creías que este era un pueblo aburrido.

—¿Y qué crees tú?

—Yo estudié en la universidad, soy una persona razonable que no puede aceptar este tipo de hipótesis irracionales...

—¿Pero?

—Pero me crié en Calcupulli y me crió esa señora que para mí siempre fue vieja. Me conozco las historias y los decires, los cuentos y las leyendas, ¿sabes lo que significa Calcupulli?

Manuel hizo una pausa retórica.

—Calcupulli significa el cerro de los brujos. El pueblo y el fundo se llaman así por el cerro que se ve desde aquí y que, dicho sea de paso, es mío. Si los brujos usan ese cerro deberían pagarme arriendo, ¿no?

Los placeres culpables de Martín eran el terror y la ciencia ficción. Había leído toda la obra de Lovecraft y cada cierto tiempo la releía, veía cada tanto la primera versión de *Star Trek*, la cual tenía en una versión original en DVD y en sus bellas cajitas de plástico. Sólo un leve sentido del pudor evitaba se vistiera con los uniformes de la se-

rie. Había pedido a Estados Unidos toda la colección de películas de la casa Hammer, que no estaba disponible en préstamo para nadie, así como los *Drácula* de Lee y los *Frankenstein* de Karloff, solo por mencionar una parte de su colección.

—¿Y nunca me habías contado nada?

Manuel sorbió otro tanto de su licor.

—Te dije que soy nacido y criado aquí y aquí son cosas de las que no se habla.

La locuacidad común en el gigantesco campesino se había esfumado en un dramático silencio.

—Cuando era chico —dijo por fin—, había ciertos lugares a los que no ibas, ciertos días en los que no salías a jugar, ciertas palabras que no se decían y ciertas historias que solo se contaban de noche, al lado de las estufas a leña y no demasiado seguido. No sé si creo o no en esas historias, quedan los hábitos y al menos dos o tres muertes inexplicables.

—¿Los conocías?

—A dos: uno era un muchacho que a veces trabajaba para mí en la cosecha de las manzanas y que andaba por aquí y por allá ayudando en lo que pudiera; el otro era el sacerdote del pueblo, así que fui al funeral, a los dos funerales. La propiedad de la tierra todavía se respeta por estos lares, y eso significa que tengo una serie de derechos y deberes que parecen casi feudales para la gente de las ciudades, aunque si descontamos el valor de los campos, no debo tener más dinero que tú, si es que no hasta menos... pero por aquí hay cosas que nunca cambian.

El rostro de Martín se ensombreció. Para él habían cambiado demasiadas cosas y había descubierto que el cambio dolía y dolía mucho.

¿CUÁNTO TIEMPO MÁS DURARÍA el dinero? No importaba de ningún modo. Había que vender la casa y darle a él estrictamente la mitad. Ni más ni menos. Todo debía ser repartido equitativamente o no... mejor no. Que él se quede con todos los muebles diseñados por él mismo y acaso también se quede con toda la casa, ya no importaba. Ella no quería estar un solo minuto más en esa casa diseñada a su gusto, pero a la medida de él. Su arte estaba en cada silla, cada mesa y cada pared de una casa agobiantemente perfecta y con ese delicado equilibrio entre lo vanguardista –él– y lo clásico –ella–, que había hecho que apareciese en varias revistas de arquitectura y diseño, cosa que a Francisca le molestaba, pero que debía tolerar ya que el diseño era el negocio de la pareja y la casa también había sido una forma de mercadeo.

Una obra de arte como esa valdría de seguro una pequeña fortuna. Francisca se paseó frente al ventanal que tenía vista a toda la ciudad y que de noche se veía magnífico y contempló por última vez desde el cerro una vista reconfortante que no quería volver a ver. Entonces encendió un cigarrillo con ansiedad y su encendedor cayó al suelo al mismo tiempo que sus rodillas en un grito desgarrador.

Esto no podía estar sucediendo de verdad.

La casa en la que se encontraba era la representación fidedigna de lo que habían sido ella y Martín alguna vez. Él había logrado complacerla absolutamente usando lo más selecto de su arte; había dibujado la casa cuando recién se habían ido a vivir juntos y ella le

había ido haciendo comentarios con los que fue corrigiendo el dibujo hasta que al fin se había transformado en una creación perfecta para ambos, él un minimalista y ella que compraba cuanta cosa encontraba solo porque se veía bonita, sin pensar en el aporte o el daño que pudiera hacerle a una decoración general. El dibujo se guardó quién sabe dónde y para ella la memoria del proyecto soñado desapareció como desaparece la memoria de los sueños.

Así fue como, algunos años después, un día él decidió que salieran a revisar un proyecto y subió por la calle Larraín hasta llegar a las parcelas de La Reina, en el borde oriente de la capital. Entraron en una de ellas y Francisca encontró la casa extrañamente familiar, aunque tardó un poco en reconocer los dibujos de casi una década antes. Para cuando los vio desplegados en la mesa del comedor ya había reconocido la casa de los sueños que habían ideado juntos cuando jóvenes. Con todo y los muebles. El jardín aún requería trabajo en aquellos días y no era más que un montón de maleza mientras que ahora era una extraña mezcla de inspiración japonesa con rosales y flores que el oriente no conoce en su tradición, pero que se habían amoldado perfectamente al estilo.

–No te explico cómo estamos de endeudados ahora, Francisca...

La frase de cinco años antes era horrorosa, pero ella ya sabía cómo hacer cuadrar los números, después de todo ese era su trabajo.

–No tenemos ninguna deuda ahora –respondía Francisca cinco años después, de rodillas frente a la maravillosa vista del atardecer y las luces de la ciudad, mientras se apretaba el estómago con las dos manos.

El momento más feliz de sus vidas, sin embargo, había sido pocos meses antes cuando ella había recibido la confirmación de que estaba embarazada. Crearon una lengua que consistía en decirse nombres de hombre o de mujer y en ver y cotizar cunas y otras cosas todas las noches en la red. Poco después un malestar y un sangrado fuera de lugar anunciaron que la persona que habitaba el vientre de Francisca no tenía entre sus planes una estadía larga en el planeta y la

criatura había abortado casi por propia voluntad. Acaso venía con una inteligencia superior a la que puede soportar el mundo.

Entonces fue que para Francisca todo empezó como un malestar vago. El médico, los médicos en realidad, pues ella consultó una segunda opinión, le habían dicho que eran cosas que sucedían y que, tomando algunas precauciones, podría llegar a evitarse cualquier complicación futura.

Francisca, sin embargo, se consideró estéril.

—Era una criatura sin uso de razón ni conciencia todavía, no sufrió nada, Francisca, todavía no sabía sufrir.

El comentario de Martín había sido solo un intento de consuelo, pero ¿cómo se atrevía? ¿Acaso sabía él lo que era llevar una vida en el vientre y esperarla llena de todas las ilusiones del mundo? ¡Quién mierda se creía él para saber!

La ira de Francisca se manifestó en base a pequeños comentarios ácidos que al principio hacían reír, pero que se fueron haciendo cada vez más molestos.

—Este hombre es todo un artista, pero no es capaz de sumar dos más dos si de calcular un presupuesto se refiere —había dicho Francisca frente a él y a gran parte del personal de la constructora.

—¿Qué es un arquitecto? Un tipo que no es lo suficientemente macho para ser ingeniero ni lo suficientemente marica como para ser decorador —el chiste había sido contado delante de algunos amigos en una reunión en la casa de alguien. Nadie se rió, pues casi todos eran arquitectos.

Él por su parte había optado por hacerse el tonto, pero esa noche antes de dormir decidió aclarar las cosas.

—¿Cuál es tu problema?

Francisca, que se había acurrucado como para dormir, se sentó en la cama con el rostro más inocente que pudo encontrar.

—¿Problema?

—Me pareció de mal gusto el chistecito que contaste esta noche.

—¡Qué sensible que estás!

–El otro día en la oficina también hiciste un comentario molesto sobre mí y lo hiciste delante de los empleados, debo darle órdenes a esa gente, Pancha. No puedes minar mi autoridad así. Y ahora el chistecito en casa de Germán ¿te diste cuenta de que nadie se rió?

–El tipo ese que se rió ¿cómo se llamaba?

–No sé cómo se llamaba. Habíamos tres arquitectos en esa casa, uno de ellos era yo. Me pareció de muy mal gusto.

–Estás exagerando.

–No es la primera vez, ha habido varias de esas salidas de madre y las he dejado pasar, ¿qué pasa contigo?

La furia se apoderó de Pancha. Hubiera querido golpear en ese mismo instante a Martín, ¿que qué pasaba con ella? ¿Cómo se atrevía a preguntar? ¿Cómo no se daba cuenta? Entonces trató de gritarle en la cara lo que pasaba con ella, sin embargo, no salió ninguna palabra de su boca porque tampoco sabía lo que le estaba pasando. Estaba furiosa con Martín, pero ya no recordaba por qué. El miedo suplantó al enojo y un pequeño temblor que ni ella ni él notaron la sacudió.

–Perdona, la verdad no sé.

Esa noche fue cuando comenzó a comerse las uñas. Ahora lleva uñas acrílicas pues no le quedaba nada de las propias. También fue esa noche cuando soñó con un pájaro negruzco que la miraba con ojos brillantes desde la ventana. Sí, debió haberlo soñado. Los pájaros no se paran en las ventanas a mirar fijamente a los ojos a las personas que duermen.

Elcira, la secretaria contable que había sido la mano derecha de su padre y ahora era la suya propia, no ayudaba.

–Ese Martín no la entiende, Panchita –para la buena Elcira, Panchita siempre tenía razón...

Durante los meses siguientes Francisca mantuvo sobre sí misma un férreo autocontrol pues sabía que estaba a punto de explotar, aunque no sabía por qué. No podía explicarse lo que le ocurría y sentía una estúpida forma de pudor cuando trataba de hablar. De hecho las conversaciones se cambiaron por maratónicas sesiones sexuales

que los dejaban a ambos exhaustos, pero sólo a Martín satisfecho. Un día incluso fueron amonestados por la policía por hacerlo en el auto, en un mirador frecuentado por adolescentes y universitarios.

Martín, pese a estar complacido, notaba una agresividad poco común y preocupante en su mujer, quien además había aumentado su tiempo en el gimnasio y había bajado de peso más de lo necesario para que su figura ganara en belleza.

—A ti te pasa algo raro, Pancha.

La melena roja parecía aumentar el adelgazamiento del rostro de los últimos meses, por lo que la mirada de fuego que recibió por respuesta tenía un carácter aún más amenazante, pero no había forma de que él se sintiera amenazado por su mujer, por ello hubo de agradecer a su terrible puntería cuando un jarrón voló por los aires y fue a estrellarse un metro a la derecha de su cabeza perpleja.

—¡Eres un desgraciado!

El vuelo de más objetos hizo que Martín saliera rápido de aquella perplejidad, al menos físicamente, para luego observar como Francisca entraba corriendo en el dormitorio y lo cerraba de un portazo.

Fue al día siguiente cuando Martín despertó a su mujer a las diez de la mañana, por teléfono y desde la oficina.

—Pancha, tienes hora al psiquiatra mañana a las tres de la tarde. Es uno bueno que conozco desde hace años.

—Gracias —dijo Francisca desde el otro lado del teléfono sin sentirse con autoridad moral siquiera para discutir.

—¿Puedo llegar hoy a la casa?

—Por favor, ven temprano, no me dejes sola. No voy a ir a trabajar hoy.

—Claro que no. Te veo en la noche.

Al colgar el teléfono Francisca sintió una especie de apretón por dentro del estómago. Tardó un poco en reconocer una sensación que se había atenuado hasta casi desaparecer en los últimos meses: el hambre.

El médico la escuchó durante media hora y sobre todo la observó durante todo ese tiempo y se hizo una idea inequívoca del diagnóstico. También supo que era imposible tratarla sin ayuda química.

–¿Tiene usted algo en contra de tomar medicamentos?

–La verdad es que sí, doctor.

–Pues tendrá que tomarlos de todas maneras.

–Entiendo.

La letra del psiquiatra era extrañamente clara y Francisca pudo leer entre los remedios del cóctel psicotrópico la palabra Ravotril.

–Ahora voy a ser una chica Ravotril –dijo con ironía y tristeza.

–Francisca, si a usted le doliera el estómago iría a un gastroenterólogo que le prescribiría medicamentos. Es exactamente lo mismo con el cerebro. Es un órgano más que se enferma y que debe tratarse, si se da el caso, con los medicamentos correspondientes. La próxima semana, luego de que mañana comience con los medicamentos, comenzaremos con la psicoterapia.

Francisca llegó esa tarde a su casa y se acostó en la cama a ver televisión, los sesenta canales corrieron varias veces uno tras otro hasta detenerse en los dibujos animados. *Los Padrinos Mágicos* resultaban divertidos con su absurdo sentido del humor y había una maratón de ellos en un canal que había olvidado que tenían. Se había hecho necesario reír y riendo la encontró Martín cuando llegó esa noche.

–¿Cómo te fue?

Francisca se abalanzó sobre él y se colgó de su cuello como si se aferrara a la vida misma.

–Llamó Manolo de Calcupulli, quiere que destruyamos la camioneta y que vayamos mañana. Sé que es un lugar aburrido y que aparte de comer carne no hay mucho que hacer, pero creo que ahora necesitamos de un lugar aburrido en el que no haya mucho que hacer.

–Sí, también lo creo. El médico me dio Ravotril, no puedo estar más a la moda en psicotrópicos.

–¿Eso fue todo?

–Es un cóctel más o menos grande.

—Cuando uno está enfermo tiene que ir al médico y el médico le da a uno medicamentos. Si fuera el estómago irías al gastroenterólogo y te daría algo para el estómago. No tiene nada malo eso. El cerebro es solo un órgano más.

Eran casi las mismas palabras del doctor. Ni siquiera era una coincidencia, sino tan solo la opinión informada de una persona libre de prejuicios decimonónicos en contra de la enfermedad mental, pero para Francisca fue la señal de un complot. Él había seleccionado al médico ¿solo de considerado o acaso tenía un médico con el que se pondría de acuerdo para internarla? ¿Con qué fin? ¿Por el dinero de ambos?

Al día siguiente, en Calcupulli, Francisca había estado extrañamente taciturna y solo respondía con monosílabos a los comentarios de Marcela, mientras miraba de reojo y con desconfianza a su marido. Tres pájaros negruzcos se pararon en el árbol bajo el que estaba sentada y la miraban con detenimiento, como si la observaran. Cuando la mama María se dio cuenta los expulsó recitando su sortilegio tan misterioso como inútil: «Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana» varias veces, hasta que los pájaros por fin se fueron para la diversión de todos, menos de la mama María, quien al rato le regaló un escapulario del Carmen a Francisca para que lo usara. Ella, sin embargo, lo perdió esa misma tarde. Lo encontró María Segunda tirado en el jardín y para no molestar a su madre no dijo nada.

En el viaje de regreso Martín se reía aún de los chistes que Manolo, Marcela y hasta él mismo habían contado. Francisca por su parte se echó para atrás en el asiento y lanzó un fuerte suspiro.

—¿Cómo conociste al doctor?

—El doctor Andrade fue mi profesor en la universidad, en uno de los ramos de formación general.

—¿Hace años que lo conoces?

—Si es profesor en la Universidad de Chile debe ser bueno, ¿no?

—Debe ser.

Francisca reclinó el asiento y cerró los ojos fingiendo dormir y de tanto fingir se durmió de veras.

El lunes Francisca se presentó a trabajar como si nada y la preocupación de Martín nada pudo al respecto. La notable eficiencia de Francisca puso al día aquellas cosas que bajo la administración de Martín habían quedado rezagadas. Por cierto que no excedían las esperables –Elcira después de todo seguía trabajando allí–, pero Francisca hizo hincapié en ello como si el mundo no pudiera girar sin ella. Por suerte Martín debía estar la mayor parte del tiempo en terreno. Fue en la noche, Francisca se las arregló para llegar antes que él, cuando se desató la tormenta.

–No compré los medicamentos, Martín.

–Dame la receta y te los compro mañana.

–Martín, sé lo que tramás y jamás lo esperé de ti.

Martín se detuvo en seco sin comprender.

–¿Quién es, Martín?

–¿Quién es quién?

–La otra mujer. Lo sé todo, no soy estúpida ni loca.

–No eres estúpida, estamos de acuerdo en eso al menos.

–Me mandaste donde tu psiquiatra amigo, el tal Andrade, porque quieres que me dé medicamentos hasta que me interne en una clínica. Primero pensé que era porque querías quedarte con mi parte del negocio, pero después lo vi. No es eso, no serías capaz de manejar nada sin mí y no habrías llegado donde estás si no es por mi ayuda.

–Nunca he dicho lo contrario. Sin ti no sería sino un arquitecto del montón, es cierto; ¿por qué querer encerrarte?

–Los hombres hacen estupideces cuando se enganchan del culo de alguna perra. No hay otra explicación, pero te perdono.

–¿Me perdonas?

–Podemos trabajar en ello.

–Panchita, no podemos. No he hecho nada, elige tú misma un psiquiatra, uno decente y anda, pero no voy a dejar que te quedes así, tú no estás bien.

–¡No voy a ir a ninguna parte y dime la verdad!

–La verdad es que me voy.

Martín tomó algo de ropa, la guardó en su bolso y partió en su Alfa Romeo. Esa noche buscó un hotel y pronto arrendó un departamento de un ambiente. La oficina la encargó a Elcira –quien resintió la nueva carga, pero no dijo nada– y no iba a ir a no ser que fuera absolutamente necesario, pero Francisca dejó de ir del todo, así que pronto fueron superfluas las precauciones. Martín llamaba día por medio a Pancha para ver si es que había ido al psiquiatra, ella todavía estaba rebelde así que las llamadas se espaciaron. Le fue difícil volver a estar solo, pero pudo acostumbrarse. Sabía que Francisca no mejoraría a no ser que fuera por voluntad propia a tratarse, pero muy en el fondo sabía también que la relación entre ellos nunca lo haría.

Dos semanas después Francisca comenzó a tratarse con otro médico, pero su agresividad hacia Martín no disminuyó cuando él volvió a casa. El médico le advirtió que estaba siendo autodestructiva, pero ningún recurso pudo en contra de su conducta, ella misma se sentía como observándolo todo desde algún otro lugar. Finalmente Martín habló de dividir la empresa constructora. No era el divorcio, pero era su antesala y Francisca lo sabía.

Hoy ella estaba de pie ante el ventanal de la casa de los sueños que ahora parecía desolada. Entró a las habitaciones para los niños que no se ocupaban con los suyos propios. Acaso no tuviera hijos nunca. Martín le había dejado la casa, cuando se fue definitivamente y había retirado sus cachivaches de ciencia ficción comprados en la red, pero se le había caído un *Señor Spock* pequeño que no había salido de su empaque transparente. Francisca lo había encontrado y lo había desempacado. Siempre lo tenía en su cartera para recordarle.

Entonces tuvo una idea –el tratamiento tal vez por fin había dado algunos frutos–. Cogiendo la camioneta se dirigió al departamento que arrendaba Martín. Era la hora de rogar, de pedir perdón, de tragarse el orgullo y de confiar en la mente sana de él en vez de la propia

mente enferma de ella. Mal que mal le había acusado de complotar con un médico, de tener un amorío y de tantos otros absurdos que quedaron sin decirse, pero que se sintieron.

Llegó a hasta la puerta del edificio y tocó el timbre, pero nadie le abrió, entonces sacó el muñeco de Spock.

—¿Qué haría usted, señor lógico? Para empezar no hablar con muñecos de plástico y preguntar al conserje.

El conserje le abrió la puerta y ella le preguntó por Martín. Él le respondió que no estaba en Santiago hacía dos días, pero que no podía recordar el nombre del pueblo al que había ido, que era un nombre raro.

—¿Calcupulli?

—¡Ese mismo, señorita!

—Señora todavía y si tengo suerte hasta que la muerte nos separe.

Francisca subió a la camioneta y volvió a la casa. Recogió unas cuantas mudas de ropa al azar e iba a partir a Calcupulli inmediatamente, pero, en un acceso de cordura, prefirió esperar al amanecer. En la camioneta de doble tracción llegaría al pueblo para el mediodía si partía temprano y eso mismo sería lo que haría. Eran las ocho de la noche, así que haciendo uso de una de las pastillas de su arsenal se durmió casi inmediatamente. Dormida, no pudo darse cuenta de que desde fuera del ventanal del dormitorio la observaban tres pájaros negruzcos que pronto alzaron su vuelo hacia el sur...

–Así QUE MARTÍN Y la Pancha están separados.

Se diría que Marcela acribillaba a Emma por la forma en que la miró.

–¡Huevona desubicada!

–No he dicho nada malo, solo comentaba, hermanita.

–Hace treinta y cinco años que te conozco y de inocente no te queda un pelo. Se separaron recién y Pancha está pasando por una enfermedad terrible, ¿cómo puedes alegrarte por algo así? Además en su momento tuviste tu oportunidad y Martín no te gustaba.

–Me gustaba, Marcela, lo que pasa es que una se hace un poco la de rogar.

–No te gustaba porque no era lo suficientemente rico, bonito, atlético, ¡qué sé yo! Nadie era suficiente para ti. Tú se lo presentaste a Pancha para que te lo sacara de encima.

–¿Cuántos años tienen de casados?

–Como trece.

–Trece es un número de mala suerte.

–Emma, si sigues hablando esa clase de estupideces te juro que te voy a golpear como cuando éramos chicas, ¡eres el colmo de lo malintencionada!

–¿No sería bonito que nuestros maridos fueran cuñados? Ellos siempre fueron muy amigos.

–¡Emma, te lo advierto!

No se peleaban a golpes desde que tenían doce y trece respectivamente, pero esta vez Emma pensó que era mejor callarse. Aquella última pelea la había ganado Marcela.

–Lo que están viviendo Martín y Francisca es una tragedia. Ella se está volviendo loca.

–Ya se le pasará.

–No, Emma, no se le va a pasar. Va a tener que estar toda la vida con tratamiento y quién sabe cómo responda.

–¡Qué exagerada que eres!

–Ya, termina tu café que nos vamos al pueblo.

–No sé cómo puedes vivir en un lugar como ese, Marcela.

–Por amor se obran maravillas, Emma, además vengo a Santiago seguido. No es tan lejos.

A Martín le había gustado Emma poco antes de conocer a Francisca. Ella se había dignado a salir con él un par de veces hasta que le tocó al siguiente admirador –en aquella época eran muchos los admiradores– pero luego sintió a Martín un poco desagradable, es decir, cometió el error de llamarla un par de veces cuando ella no estaba de ánimo para que la llamaran. Entonces urdió un plan para presentárselo a alguna de sus amigas –o más bien de Marcela–. Emma casi no tenía amigas.

Se las arregló para que Francisca saliera de mala gana con su hermana y Manuel, quienes aún no se casaban, e hizo que invitaran a un Martín reacio a esta cita a ciegas con algún esperpento o despojo de mujer.

Se juntaron en el departamento que en aquel entonces el padre de Manuel rentaba en Santiago y que él ocupaba mientras terminaba sus estudios. Solía encender incienso para cubrir los malos olores de su departamento de soltero.

–El incienso me da alergia –observó Francisca.

–Es que espanta a los malos espíritus.

La inocente broma de Martín confirmó las sospechas de que iban a presentarle a un total perdedor. Francisca solo sonrió y se limitó

a prepararse para pasar la velada lo más rápido posible. Entonces mencionó a Bioy Casares y *La invención de Morel* y para su sorpresa, él también lo había leído. Lo mismo ocurrió con Ernesto Sábato y *Sobre héroes y tumbas*. El tipo le pareció entonces culto y no tan aburrido después de todo.

Esa misma noche se estaban besando frente a la puerta de la casa de los padres de ella. Martín sugirió ir a otro lugar más íntimo, pero en aquellos días todavía era un poco mal visto que una mujer se fuera a la cama en la primera cita.

En un proceso paulatino e imperceptible, los admiradores de Emma se fueron cansando de admirarla y no se sumaban reemplazos. Al menos no reemplazos interesantes.

Emma era una mujer hermosa y parecía inmune al envejecimiento, incluso ahora se veía casi idéntica a cuando estudiaba para chef. Por ello sus admiradores comenzaron a descender en edad hasta llegar a chicos universitarios o recién egresados que la divertían de cuando en cuando, pero con los que no podía construirse nada serio. No estaba ella en edad de comenzar con un joven a crear un patrimonio con él.

Ella trabajaba con un atractivo compañero de instituto que había logrado la administración de una cadena de cafeterías de primer orden y que le había dado la jefatura de una de ellas. Ítalo hubiera sido un excelente partido para Ema, si no fuera porque sus gustos se encaminaban por directrices menos convencionales. Era un hombre talentoso y aquellas directrices poco convencionales habían sido de una invaluable ayuda en su carrera y por eso Emma se había acercado a él.

–Lo que tú tienes que hacer, Emma, es seducir a un tipo que ya tenga todo lo que tu quieres, ¿cómo crees que yo llegué donde estoy?

–Lo que pasa es que tú eres una perra, Ítalo.

–Una perra fina, igual que tú, nada más. Una perrita poodle que necesita cuidado, cariño y muchos mimos.

Veía a Martín con más frecuencia que la recomendable, algunas veces cuando su hermana y Manuel iban a Santiago o las pocas veces que iba a visitarlos a Calcupulli. Cualquiera visita a casa de Martín y Francisca incluía un tour por el pequeño museo de la ciencia ficción que él había instalado en una habitación especial y que contaba con todos los Enterprises con la Voyager y un modelo de la Deep Space 9 que solo un arquitecto había podido ensamblar de la manera correcta y precisa. Francisca siempre bromeaba con el enorme costo de los juguetes de su marido y decía que no era más que un niño grande. Martín carecía de todo pudor al respecto y Emma, cuando veía la colección la avaluaba en silencio en un valor exorbitante.

Cuando le vio llegar por primera vez en aquel Alfa Romeo a Calcupulli, ella se preguntó cómo lo había dejado escapar. Claro que, en la época en que lo había cedido, Martín no era más que otro arquitecto del montón que trabajaba dibujando en una firma más grande. Francisca y Martín se fueron al día siguiente y Emma les observó irse con resignación. Se metió a la cocina junto a María Segunda a preparar una torta que de seguro no comería –ella nunca comía más de tres cucharadas de lo que preparaba.

Entonces fue que golpearon la puerta trasera y aquel hombre de edad indefinible, pero de mirada añosa, apareció en la cocina.

–Buenas tardes, doña Segunda. Buenas tardes, señorita Emma –nadie le había presentado a Emma.

Segunda pareció erizarse ante su presencia, pero forzó una sonrisa.

–Cómo le va, don Jacinto.

–Yo venía con la patudez de ver si quedaba de la cazuela de su mamita, Segunda.

–Algo de caldo en la olla, don Jacinto, pero se va a tener que servir solito porque yo estoy ayudando a la señorita Emma.

Don Jacinto tomó el cucharón, se sirvió una abundante porción y se sentó en la mesa de la cocina. Segunda no podía más ante la vista del hombre.

–Señorita Emma, me siento un poco mal, ¿le molestaría mucho si la dejo sola?

–Descanse, nomás, Segunda, que ya estamos casi listas, me falta puro decorar la torta.

–Gracias, señorita.

Emma ponía toda la pericia aprendida en crear la decoración. Don Jacinto la miraba mientras sorbía la sopa.

–Mire que hace usted cosas lindas, señorita Emma.

–Es mi trabajo... ¿cuál era su nombre?

–Jacinto, para servirle.

–¿Usted trabaja para mi cuñado?

–Le arriendo una chacrita cerca del cerro, le arrendaba a don Manuel padre antes. Don Manolito me pide que le cuide la propiedad de cuatrerros y tengo que recorrer el campo a caballo con la escopeta. A veces paso por acá.

Emma siguió decorando sin poner demasiada atención.

–Harto lindo el auto que vi cuando me venía, oiga. Pensé que era del patrón, pero vi que lo manejaba otro caballero ¡El patrón no se puede comprar un auto de esos para el campo! ¿Cómo se me pudo ocurrir que era de él? Ese auto debe ser de don Martín, ese que antes le gustaba a usted, pero que de veleidosa se lo levantaron.

Emma dejó un pequeño desastre en la torta que decoraba.

–¿Y a usted quién le comentó esas cosas? ¿Se puede saber?

–Nadie, señorita, nadie me comenta nada, pero yo sé todo lo que pasa. Siempre sé todo lo que pasa. Y a veces ayudo a la gente, ¿sabe? Yo podría ayudarla a usted.

Emma se sentó en la mesa. Cada tanto consultaba tarotistas, adivinas y cuanta parafernalia ocultista se le pusiera por delante. Cuando le venía la «onda espiritual».

–¿Y cómo podría ser que me ayudara?

–Podría ser, no más, podría ser.

–¿Usted tira las cartas?

Don Jacinto sorbió la sopa con sonoridad.

–Las cartas son para principiantes y yo tengo muchísimos años en esto, más de los que usted se imagina, ¿quiere que la ayude o no?

Emma encendió un cigarrillo y lo aspiró largamente.

–No sé, me da miedo...

–No le da miedo, quiere saber cuánto le voy a cobrar. No hay mucho en qué gastarse la plata por aquí, a no ser que sea comprando trago y yo dejé de tomar trago hace muchos años. No me interesa la ropa cara ni bonita, yo me voy a cobrar de repente con cualquier cosa. Un poco de la cazuela de la María, por ejemplo, está bien para mí. La gente de por acá me respeta y sabe, no me niegan nada, ni pan, ni techo, ni abrigo. Yo soy un hombre sencillo. Usted no me puede negar el pan, ni el techo, ni el abrigo. Es todo lo que le pido.

Emma miró a don Jacinto perpleja. Estaba acostumbrada a tratar con otra clase de personas. Había practicado kundalini yoga, hatha yoga y otros yogas. Por temporadas breves, claro. Mantenía una creencia en lo esotérico superficial que afloraba un par de veces al año, como mínimo, previo pago de tarifas razonables: más o menos lo mismo que le costaba una clase de Pilates. Ahora, intuyó que estaba frente a algo real y ancestral... aunque no con la suficiente claridad.

–Piénselo... señorita Emma, piénselo. No tiene que decidir ahora, mañana voy a pasar a eso de la hora del almuerzo para comer algo. Ojalá que María hiciera su cazuela, pero mañana no toca. Una lástima, cuando se muera el secreto se lo va a llevar a la tumba y la María Segunda no la sabe hacer igual... parece que la María no le quiso enseñar, oiga.

–Mañana me tengo que volver a Santiago.

–Su amigo Ítalo, ese que es mariquita y jefe suyo, ¿de más que la deja libre mañana!

–¿Cómo sabe usted eso?

–Por viejo, patroncita, por viejo y diablo que soy. Buenas tardes, señorita.

El hombre se puso el sombrero y salió caminando por la puerta. A los pocos segundos Emma intentó seguirle, pero el hombre había desaparecido. Entonces buscó a María Segunda en el comedor.

–Señorita, yo le aconsejo que no entre en tratos con ese hombre.

–¿Pero son verdad las cosas que dice?

–El problema es que son verdad las cosas que no dice también, pues.

–¿Y cuáles son las cosas que no dice?

–Me va a perdonar, patroncita, pero esas son las cosas que nadie en el pueblo dice.

–¿El caballero es brujo de verdad?

–Mire, señorita, yo no sé «na» yo, pero al pueblo no le pusieron como se llama por puro gusto. Con su permiso, patroncita.

María Segunda no terminó de levantar la mesa y se fue a la cocina.

Esa noche un pájaro negruzco observaba cómo Emma pedía a Ítalo el lunes de permiso.

No habían acordado una hora exacta. Pero don Jacinto llegó un minuto después de que Emma hubo entrado en la cocina.

–Así que me aceptó la propuesta.

–Todavía no me decido.

–Con todo respeto, señorita Emma, pero ya se decidió.

–¿Qué tengo que hacer?

–Nada, ya empezó. Va a tardar un poco, pero téngame paciencia va a ver cómo todo va a salir como usted quiere.

En Santiago, un par de días después, Francisca ingresaba a la clínica luego de la pérdida del embrión al que ni siquiera le habían elegido un nombre.

Los saltos que daba el jeep de Marcela en el infame camino despertaron a Emma de su sueño.

–¿Cuándo van a arreglar esta porquería de camino?

–Jamás, Emma, jamás. Por eso tengo que manejar este tanque de guerra.

-¿Falta mucho?

-Como media hora, dormiste bastante.

Emma subió el respaldo del asiento, el sol brillaba en medio del cielo así que debió ponerse sus lentes oscuros.

El jeep se estacionó cerca de donde ya estaba encendido el carbón para el asado. María Segunda y la mama María servían las ensaladas en la mesa que estaba bajo el parrón. Un parrón estrictamente decorativo ya que prácticamente no daba uvas, pero que servía para cubrirse del sol. Manuel debatía teorías acerca del correcto encendido del fuego con Martín, quien bebía un pisco sour y poco podía aportar al debate dado que el choripán ocupaba más su boca que las palabras.

-¡Llegaron a tiempo las chiquillas, el fuego recién está listo!

Martín agitó su mano e intentó decir algo, de todas maneras todos entendieron que saludó. Manuel besó en la boca a Marcela antes de que ella pudiera hablar.

-¡Tanto que le gusta dejar solo a su marido!

-Tan poco que mi marido me acompaña a la civilización.

Emma se aproximó vestida con un ajustado pantalón de cuero y una camiseta no menos ceñida.

-¡Vestida para matar! -alcanzó a decir Manuel antes de que su mujer lo censurara con un codazo.

Emma se aproximó a Martín y le acarició el brazo.

-¿Cómo has estado tú, Martín?

Martín se encogió de hombros por respuesta y sonrió con cierta melancolía. En ese momento era una pregunta delicada.

-¿Tiraremos la carne ya, Manolo? -preguntó Martín para cambiar el tema.

-Sería prudente.

Marcela se sentó entre Martín y Emma. No le gustaba la actitud de su hermana. No tenía ninguna responsabilidad ante Francisca y a Emma solo podía acusársele de un exceso de sentido de la oportunidad. Martín, por su parte, aunque intentaba ser jovial y hasta contó algunos chistes, no podía evitar estar algo taciturno.

–Martín no te da ni la hora –le dijo Marcela a su hermana en el baño.

–Contigo sentada al medio es harto difícil, Marcela.

–No está bien, Emma.

–Martín está separado y es un hombre grande que puede tomar sus propias decisiones.

–Sí sé, pero así y todo no está bien.

–¿Por qué no iba a estar bien?

Marcela terminó de verse al espejo y miró a su hermana directo a los ojos.

–Haz lo que quieras. No me corresponde meterme, pero creo que te vas a arrepentir. No sé por qué ni de qué, pero va a pasar algo terrible y tú vas a tener mucha de la culpa. No me preguntes por qué, pero lo sé.

Marcela salió del baño dejando a Emma con un escalofrío.

En su camino de regreso, Emma se encontró con don Jacinto sentado a la mesa de la cocina comiendo un plato del asado.

–Ya hicimos la primera parte, lo separamos de su mujer.

–Pero a mí, no me da ni la hora.

–Cuando se separa a un hombre de su mujer, no de la mujer con la que simplemente se casó, sino de la mujer que era su mujer desde el principio de los tiempos, las cosas son complicadas. Es gente que está junta hasta la muerte, incluso después de la muerte. Aunque estén separados ellos van a seguir juntos y nunca se van a alejar uno del otro en sus pensamientos ni en sus sueños. No es fácil, ha sido muy difícil, pero lo logré y le aseguro que no van a volver.

Emma era una mujer romántica, aunque con una torcida forma de romanticismo y no dejó de conmoverse un tanto ante las palabras de don Jacinto y sintió un poco de culpa.

–El amor es algo sobredimensionado por los poetas, algo que la mayoría nunca encuentra y que de los pocos que lo encuentran muchos lo pierden, tampoco es para tanto, señorita.

Emma no advirtió que don Jacinto estaba hablando de una manera muy diferente a como puede esperarse que lo haga un viejo que ha vivido siempre rodeado de más animales que gente.

–Esta noche todo va a ser diferente, se lo prometo, confíe en mí.

Don Jacinto sacó de su bolsillo un pequeño frasco con un líquido rojizo.

–Cuando vuelva a la mesa, usted va mezclar este líquido con su bebida y después va a esperar hasta la noche. Después de las doce va a tener lo que quiere, pero falta un pequeño ingrediente.

Don Jacinto abrió el pequeño frasco y tomó la mano de Ema, con un pequeño cuchillo le punzó el dedo índice y mezcló la gota de sangre con el líquido, luego cerró el pequeño frasco y lo agitó con fuerza para mezclarlo. Emma se dejó llevar y ni siquiera sintió el pinchazo. El viejo recuperó su acento campesino.

–Ahora vaya para afuera y le mezcla lo del frasquito con una copa de vino. No se preocupe por los demás, nadie se va a dar cuenta de lo que hace, patrona.

Emma se sentó a la mesa. Desde lejos don Jacinto la observaba y asentía con la cabeza en señal de que procediera. Ella tomó la copa de Martín de sus propias manos y él pareció no advertirlo, vertió el líquido en la copa y se la devolvió. Cuando miró a donde estaba el anciano, él ya había desaparecido.

LO MALO DE LOS SOMNÍFEROS es que hacen eternas las pesadillas. Eso pensaba Francisca en medio de un sueño químicamente inducido del que no podía despertar. Como si el dolor de la vigilia no fuera suficiente.

Martín apuró la copa que le sirvió Emma. La fría tarde de primavera impuso que la reunión continuara en el interior junto a la vieja estufa a leña y su calor suave. Afuera comenzó la lluvia como si se hubiera programado para la ocasión. Martín trajo otra de las botellas de bourbon que guardaba como un tesoro junto con el resto de su equipaje y les sirvió a todos un vaso en las rocas. Martín y Manuel sintieron como el líquido les producía ese calor que los amantes del buen whisky aprecian, mientras Marcela tosió y mezcló algo de Coca-cola en su vaso, entre los reproches de Martín y Manuel por echar a perder una bebida tan pura. Emma apenas sintió el sabor, esperando los resultados de su pócima. Pero no sucedía nada. La conversación giraba en torno de las anécdotas de juventud de los dos hombres, Marcela callaba en espera de escuchar alguna infidencia que ya no conociera. Le gustaba decir «¡no sabía eso!» y poner a su marido en aprietos, no eran verdaderos celos, sino más bien un juego. Manuel y Martín, sin embargo, eran bebedores con experiencia que ya sabían cómo no cometer infidencias mientras bebían. Finalmente, cansada de esperar por el secreto desconocido, Marcela se unió al diálogo sin esperar obtener información nueva que saciara su morbosa curiosidad.

–No vamos a revelar nada nuevo, amor.

–Lo que pasa es que sabes controlarte cuando bebes, Manolo, no que no tengas travesuras que contar.

–Son travesuras antiguas.

–Que te pille con travesuras nuevas.

Marcela se sentó en las piernas de Manuel y le besó tiernamente en los labios.

–¡Cómo cuentan plata delante de los pobres! –interrumpió Martín.

Marcela volvió a su sitio.

–¿Cómo está la Pancha?

–Estable, dentro de todo, creo. Hace una semana que no la veo, pero la última vez la noté algo menos agresiva.

–Qué lástima lo que pasó.

–Bueno, nadie está libre, después de todo nadie tiene la salud comprada.

–Yo leí que todo lo que nos pasa en esta vida es consecuencia de lo que hicimos en vidas anteriores, es la ley del karma –interrumpió Emma.

Martín miró a Emma directamente a los ojos y no era una mirada de seducción. Quería gritarle si sabía qué había hecho Francisca para merecer ni más ni menos que una vida de locura en que la realidad y la fantasía no se distinguirían hasta la muerte, cuando ya no se distinguen. Le hubiera gustado que le respondiera qué había hecho él para merecer su actual estado de soledad tan absoluta, que solo el alcohol lograba morigerar en algo, pero no demasiado tampoco. En cambio solo sonrió.

–En todo caso, qué sabe uno.

Entonces un pájaro negruzco se posó en la ventana y alzó su canto: «*tué-tué...*».

Manolo le dirigió una mirada seria y el pájaro, como si hubiese entendido, se fue.

–Por suerte la mama María está media sorda, que si no se pone a tirar agua bendita de puro escuchar el cantito del pájaro ese.

–Por suerte la mama María es la única que cree en esas cosas en esta casa –rió Marcela–, ¿desede cuándo te las das de racionalista? Este hombre se cree todas las supersticiones del campo.

–Cuando vivas más tiempo aquí, Marcela, les vas a dar al menos el beneficio de la duda. Yo creo casi cualquier cosa que me cuenten.

–«Y el cuervo dijo *nunca más*».

Todos miraron a Martín.

–Es un poema de Poe. Edgar Allan Poe:

*¡Oh, Profeta –dije– o duende!, mas profeta al fin, ya seas
Ave o diablo, ya te envía la tormenta, ya te veas
Por los ábregos barrido a esta playa, desolado
Pero intrépido, a este hogar
Por los males devastado, dime, dime, te lo imploro.
¿Llegaré jamás a hallar
Algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»¹.*

La recitación de Martín arrancó aplausos.

–¿Te sabes algo más? –preguntó Marcela.

–En Chile no tenemos cuervos porque no hay cuervos en el Hemisferio Sur.

–No mates la poesía con esas cosas, Manolo ¿o te dio susto?

Manuelapuró su bebida y se sonrió.

–Anoche me contabas de unas muertes relacionadas con esos pájaros.

Marcela se tomó la palabra.

–Fueron tres muertes en dos meses, la última fue el mes pasado y fue el cura del pueblo. No somos religiosos, pero tuvimos que ir a dos funerales ya que somos como las autoridades, ¿cómo como es que se llama el teniente?

–Halt, teniente Halt.

¹ E. Poe, «El cuervo». Traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde, 1887 En: <[http://es.wikisource.org/wiki/El_cuervo_\(T.Juan_Antonio_P%C3%A9rez_Bonalde\)](http://es.wikisource.org/wiki/El_cuervo_(T.Juan_Antonio_P%C3%A9rez_Bonalde))>.

–Ese. Andaba como loco, nadie sabía si eran muertes naturales u homicidios...

Emma escuchaba el relato de su hermana con mucho interés.

–¿Las muertes se relacionan con esos pájaros? ¿Con los brujos?

–El teniente estaba muy frustrado, se sentía superado...

Emma no escuchó nada más y ocurrió algo que acaso no hubiera ocurrido nunca antes: se sumió en sus propios pensamientos.

Martín, como buen amante del misterio. Escuchaba atentamente el relato de Marcela, mucho más detallado que aquel de su marido, quien tocaba estos temas con reticencia. De pronto su bebida cayó al suelo.

–No falta el tonto que la caga –se reprochó a sí mismo, mientras recogía el vaso. Pero cuando se dirigía a la cocina a buscar un trapo para limpiar cayó al suelo en cuatro patas.

–¿Estás curado, Martín?

–Parece y solo me tomé dos tragos, Manolo.

–¿Y el vinito del asado?

Mientras Manolo lo recogía para llevarlo al dormitorio, Emma consultó su reloj y vio que eran las doce menos cuarto. Recordó la promesa de que Martín sería suyo a la medianoche. En vez de sentir algún tipo de excitación sintió un vago escalofrío recorriendo su espalda.

Manolo volvió riendo del dormitorio de Martín.

–Hace casi veinte años que no veía a mi amigo así.

–No digas veinte años, di mucho tiempo, por favor, que me haces sentir una vieja.

–Como quiera, mi amor.

Entonces Emma que casi no había probado su primera bebida se levantó bruscamente.

–Yo me voy a acostar también.

–Harto fomes los invitados, mi amor, vamos a tener que invitar a otra gente. Son como la cenicienta.

La broma de Manuel pasó inadvertida para Emma. Entró en el baño y se puso sus prendas de dormir de satín blanco. Miró su reloj

y ya era la media noche cuando entró temblando a su dormitorio y para su alivio Martín no estaba allí.

Sin embargo, su alivio no duró más de un par de segundos. Cuando se preparaba para dormir sintió que unos brazos demasiado fuertes para ser agradables la tomaban por la cintura.

–¿Me esperabas?

Martín, desnudo, la dio vuelta con fuerza y ella vio en sus ojos un resplandor rojizo que nunca antes había notado. Entonces él la besó en la boca antes de que pudiera responder y con ese beso sometió su voluntad.

Martín gritaba sin ningún recato mientras la penetraba con una rudeza que finalmente terminó por excitarla y llevarla a un orgasmo como no solía sentir y que la obligó a emitir un grito que hizo que todos en la casa pusieran atención.

–Esta tarada se acostó con Martín ¡ya sabía yo que iba a pasar!

–Son gente adulta, Marcela, y a él nadie lo está obligando, además está separado.

Manuel parecía tener razón, pero Marcela no podía estar de acuerdo con él. No tenía ningún argumento para discutir, pero eso no la detuvo.

–Ella se está aprovechando de él.

–Pongamos los puntos sobre las íes. Martín no es un niño, tampoco es un tipo inocente que haya pasado su vida recluido. Él sabe lo que hace y tu hermana también. No es nuestro asunto.

–No entiendes, algo está muy mal.

–¿Qué puede estar mal?

–No sé, pero hay algo que está mal y no sé lo que es. Esto no debiera estar pasando, Manolo.

Manuel miró a su mujer e intentó simular que no sabía de lo que ella hablaba.

–Trata de dormir, en algún momento se tendrán que callar.

La potencia de Martín resultaba prodigiosa y Emma estaba complacida. De pronto él la sodomizó sin previa autorización y

ella sintió un ardor terrible que, lentamente se fue transformando en placer y que le dio un orgasmo más cuando ya había dejado de contarlos. Luego de la maratónica sesión, Martín se desplomó en la cama inconsciente, con los ojos abiertos, como si estuviera muerto.

Emma casi lanza un grito hasta que él cerró los ojos y se puso de lado a dormir un sueño normal. Nada le molestaba más que un hombre que se durmiera justo después del acto, pero la extraña mezcla de dolor y placer la había dejado a ella también exhausta

Francisca despertó por fin y estaba bañada en sudor. El médico le había indicado que llevara una agenda muy detallada o un diario, para que pudiera distinguir entre los sueños, los recuerdos, la realidad y sus fantasías. Intentaba hacerlo con ahínco, pero era una mujer más bien de acción y dedicarle tiempo a escribir sus experiencias a diario no era algo que se le diera con facilidad. El día anterior, lleno de sensaciones confusas, no había podido ser registrado y ver a Martín con Emma en su sueño había sido perturbador.

Tenía que ser un sueño. Aquella bestia que se acostó con Emma no podía ser Martín. Ese no era él. Martín solía detenerse en las caricias mucho tiempo y estar en la cama con él siempre era una experiencia dulce, sincrónica y no esa cuasi violación que había visto en la noche ¡pero siempre era tan difícil distinguir las cosas! Martín ya había sido infiel una vez ¿o no? Había que revisar el cuaderno y en él no encontró ningún registro del hecho. No había sido infiel, al menos no que ella hubiese sabido, que loca o no con los hombres nunca se sabe. Pero aquel era un recuerdo falso, de eso no había duda. Francisca buscó una página en blanco y bajo la fecha anotó: *Soñé que Martín estaba con Emma, pero fue un sueño, no es verdad.* Entonces guardó el cuaderno en su cartera y se dirigió a la ducha, eran las seis de la mañana y si salía a las siete y media podía estar en Calcupulli a eso del medio día. Antes llamó al departamento de él para ver si había vuelto y no obtuvo ninguna respuesta. También llamó a su celular y salió el clásico mensaje del celular apagado o

fuera del área de cobertura. Calcupulli era uno de los pocos sitios en el país que estaba fuera del área de cobertura.

Francisca empacó unas tres mudas de ropa gruesa pues siempre le daba frío en Calcupulli y luego de guardar en la maleta lo más imprescindible, la puso en el asiento trasero de la camioneta. Cuando cerró la portezuela, una anciana mapuche con todo y *tralilonco* o cintillo de plata, pañuelo en la cabeza y el pectoral *trapelacucha* estaba detrás de ella y le tomó delicadamente la mano.

–No vaya a Calcupulli, Panchita, su marido va a volver en un par de días, pero por lo que más quiera no vaya.

–¿Cómo es que me conoce?

–No vaya, Panchita, este no es un buen momento ni Calcupulli es el mejor lugar.

–Tengo que recuperar mi matrimonio, señora, cueste lo que cueste tengo que recuperarlo.

–Si va, no va a encontrar nada más que dolor y muerte, Panchita, no vaya.

Francisca se volvió para acomodar sus cosas y sentarse frente al volante.

–Tengo que ir, señora, yo...

Cuando se volvió la mujer ya no estaba ni había rastro de ella.

Francisca se quedó sentada sola frente al volante temiendo que era verdad lo que el médico le había dicho. Si llegaba a tener alucinaciones en tiempo presente las cosas se pondrían más graves. Esta era su primera vez.

Entró a la casa y disolvió unas gotas de Haldol en un vaso con agua mineral.

–Dios mío... estoy loca. Por fin estoy totalmente orate, demente. Pero hay tratamiento. La esquizofrenia es como la diabetes, no es curable, pero tratable. No es tan grave, es cuestión de tener disciplina.

Entonces tomó su cuaderno y anotó: *Primera alucinación con todo. No son solo voces ni imágenes, es una señora mapuche que me habla y me dices cosas. Se llama María Elena y es una chamán*

machi. No quiere que viaje a *Calcupulli*. No importa, voy a ir de todas maneras. Entonces sacó a *Señor Spock* de su cartera.

—¿Ve lo que pasa, señor lógico? Decidí que vamos a ser amigos, como con mis muñecas cuando niña. Después de la alucinación esto da lo mismo ¿nos vamos?

Francisca salió en su camioneta al sur. No recordó que la alucinación nunca le dijo su nombre ni que era una *machi*.

Martín observó el mar que se extendía frente a él con la indiferencia de sus millones de años. La vista del mar que usualmente disfrutaba, ahora resultaba dolorosa. Ahí estaba esa inmensidad gris y furiosa bajo la inusual lluvia primaveral. Emma había querido acompañarle, pero la culpa se lo había hecho imposible. Algún día tendría que volver a Santiago y trabajar para ganarse la vida.

Pero hoy no.

Hoy no quería saber de nada ni de nadie. En sus manos tenía el diario de Francisca y había repasado la última anotación mil veces. Hubiera querido poder acompañarla, pero ella había estado demasiado perdida en los recovecos de su mente resquebrajada.

Con ternura recordó aquel almuerzo en Calcupulli cuando ella se le apareció pidiendo otra oportunidad más ese día que había sido tan confuso.

Primero despertó en la cama de Emma sin saber cómo había llegado ahí. Luego las bromas de todos respecto de la escandalosa cópula que había durado varias horas y de la que tampoco tenía registro.

¡Había sido un tan día extraño!

Marcela con una expresión de reproche, como si hubiera sido ella la mujer engañada. Las risas discretas, pero notorias de las dos Marías y aquel terrible dolor de cabeza, que por sí mismo era inexplicable en relación con el alcohol bebido.

Frente a la ventana del hotel y mirando el mar, Martín bebió un trago de su vodka tónica. Creyó que nunca más probaría el bourbon, asociado a demasiados recuerdos tristes y extraños que, sin embargo,

no dejaban de evocarse a sí mismos. Ya no tenía ningún pudor en beber a solas.

Ya no importaba nada, solo había que sobrellevar el dolor de alguna manera.

El único que había parecido entenderle aquella mañana fue Manuel, quien organizó una excursión de pesca a un riachuelo cercano porque sabía que su mujer y su cuñada se aburrirían y les dejarían a solas. Martín no era tampoco un aficionado a la pesca, pero aceptó. Era la única manera de escapar.

Sentado en las rocas y con una caña de pescar prestada que no sabía manejar, Martín intentaba preguntarle a Manuel por la noche anterior. Pero la típica frase *no recuerdo nada* sonaba al cliché de una excusa usada solo por los adolescentes y que es normalmente mentira.

–No recuerdo nada, Manolo.

En su perplejidad no pudo articular siquiera una forma distinta de la frase en cuestión.

–De verdad. No recuerdo nada más desde que se me cayó el trago en la galería. Después simplemente amanezco sin ropa en el dormitorio de Emma.

Manuel contempló su caña de pescar.

–Te creo, además ustedes son gente adulta.

–No me estoy excusando, de verdad te digo que no tengo recuerdo alguno de...

Manuel recogió el sedal y dejó la caña de pescar a un lado.

–Si vas a hablar tanto no tiene sentido tratar de pescar algo.

Sacó una cajetilla de su bolsillo y le ofreció un cigarrillo a Martín.

–Te creo. Te vi casi desmayarte luego de apenas un par de copas. Vi como ibas cayendo en un estado de sopor muy diferente a la curadera típica. No necesitas darme explicaciones, yo podría darte explicaciones a ti, pero la verdad es que no quiero. Son temas de los que no me gusta hablar y de los que no creo que quieras escuchar.

Martín aspiró una bocanada de su cigarrillo y finalmente rió.

–No me vas a salir con las leyendas locales ¿o sí?

–¡Es la explicación que *le tenemos* en la zona, no más pues! –Sonrió imitando el modo de hablar de los lugareños.

–No puedo creer eso.

–Entonces no tengo otra explicación que darte. En todo caso no me gusta lo que hizo mi cuñada.

–¿No creerás además que fue ella?

–En su cama terminaste ¿o no?

–Esas cosas son mitos.

–Bueno ya, son mitos.

Necesariamente tenían que serlo. Tras aquella noche, solo un par de semanas después, Martín había llamado a Emma y habían comenzado a salir juntos. Ella no había cambiado mucho desde sus años de juventud. Todavía era una princesa mimada. Martín atribuía su recién desarrollado encariñamiento por ella a la soledad y nada más. Lo que había insinuado Manuel aquel día junto al río no podían ser más que las supersticiones de un lugareño a quien toda la educación del mundo no le iba a quitar sus creencias ancestrales. Esas cosas no existen. Leer a Lovecraft está muy bien, pero creérselo es cosa de idiotas.

Martín salió de su habitación y una pareja de niños jugaba por los pasillos. Tenían los cabellos rojos y los rostros pecosos. La madre salió de una de las habitaciones y los niños comenzaron a pedir visitar una serie de lugares a los que no podrían ir debido a la lluvia. La mujer se disculpó ante él por la excesiva energía de los niños y Martín los absolvió con una sonrisa. Recordó el rojo furioso natural de Francisca y que sus hijos tal vez se hubieran visto muy parecidos a los que se alejaban con alegría. Sintió una punzada en el corazón y se preguntó cuánto tiempo demoraría en dejar de sentir esas cosas.

Martín y Manuel volvieron de la pesca sin botín alguno y lo suficientemente temprano para almorzar. Cuando se acercaron a la

casa, la camioneta blanca con el logotipo de la empresa de Martín y Francisca los abrumó a ambos.

–Espero que no haya un crimen en mi casa.

–Lo peor es que sería conmigo que se acriminarían.

–No te envidio.

Martín entró a la casa y en el vestíbulo estaba Francisca, de pie. Manuel se limitó a ondear su mano, pero para ella él fue casi invisible. Pasando por el lado de ella se escabulló al interior de la casa.

–Hola, Martín.

–¿Qué haces aquí?

–Siguiéndote ajena a cualquier dignidad ¿me has extrañado?

–Desde hace como un año.

–¿Me puedes perdonar?

–Puedo perdonarte, pero no tienes la culpa. Puedo seguir amándote, pero lo que no puedo es soportarte.

Francisca cayó sentada en un sillón.

–¿Me he convertido en una bruja tan terrible? No contestes, sé que sí. No sabes lo confuso que es todo. No distingo entre los recuerdos, los sueños y mis fantasías, así que no puedo saber qué ha pasado en realidad. Martín, voy a creer todo lo que tú me digas, si me dices que ahora estoy sentada en el lomo de un elefante y no en un sillón te voy a creer.

–Es un sillón, Pancha.

–Gracias a Dios ¿te imaginas fuera un elefante y yo no me diera cuenta?

Él sonrió. Aquel sentido del humor había sido lo que le había cautivado en primer lugar, antes que todo lo demás. Antes que los cabellos rojos y que esos impresionantes ojos verdes. Las pecas en su rostro dibujaron una sonrisa.

–¿Hay esperanza entonces, Martín?

No podía dejar de reconocer ante sí mismo más que ante ella que su ausencia había sido la desolación misma, por mucho que ya no le pareciera aceptable una dependencia tan grande de algo tan volátil

como otro ser humano. Ahí estaba ella con su corazón en las manos, entregándose con la candidez de una niña. Y ella no era ninguna niña pequeña, antes era más bien una mujer formidable que aun en su locura no dejaba de serlo. La respuesta fue tomarla entre sus brazos y sentir su perfume mezclado con su olor natural, una mezcla más seductora que cualquier otro filtro mágico.

Aquel día fue como si nada hubiera pasado entre ellos. Francisca era la misma de siempre y almorzó con todos los demás, a excepción de Emma, quien curiosamente se sintió muy mal para comer ese día. Marcela estaba especialmente feliz. Le parecía que se había reparado algo que nunca debió romperse, pero aún sentía una ligera angustia sorda.

La noche fue como si nunca se hubiese separado y de no ser porque no bebió ni una copa por su medicación, todo fluía como si nada malo hubiera sucedido nunca.

Emma, por su puesto no podía dormir. La vieja casona era grande pero la madera no era un buen aislante del sonido, por lo que cada tanto escuchaba las risas que venían desde la galería. Entonces llamaron a su puerta.

–Pasa.

Marcela entró llevando una taza de té y un bourbon en la otra.

–¿Cuál quieres?

–¿Pueden ser los dos?

Marcela dejó las bebidas en el velador.

–Bueno, Emma, yo sabía que iba a pasar algo así.

–Ahora eres adivina.

–Si hay una pareja en que son tal para cual, son ellos.

–¡Ahórrame el discurso!

Marcela le acarició el hombro a su hermana y la dejó sola. Ella tomó un pequeño sorbo del bourbon y luego siguió con el té. Emma siempre supo que Marcela tenía razón ¿pero a quién le importaba? Entonces deseó con todas sus fuerzas que Francisca muriera. Entonces un pájaro negruzco, tal vez el mismo de la noche anterior se paró junto a su ventana y graznó: «*tué–tué...*».

Martín y Francisca se acostaron tarde esa noche, pero con muchas energías como para reconciliarse por un par de horas. Sin contar la noche anterior que él no recordaba, hacía mucho que ninguno de los dos disfrutaba de tales placeres. La primera vez se entregaron con apuro, como con la nostalgia que tenía el uno por el cuerpo del otro. Las veces siguientes lo hicieron con elaborados juegos de caricias. Martín sintió como si ese cuerpo fuera su lugar en el mundo y más que cualquier palabra grandilocuente para describir lo que sentía, en su mente solo afloró una frase simple: *estoy en mi casa, por fin*.

Luego se durmieron profundamente. Tan profundamente que no escucharon el graznido de un pájaro negruzco en la ventana.

Francisca se sentó en la cama y caminó fuera de la casa. Entonces muchos pájaros se le abalanzaron encima.

Marcela se despertó y escuchó un ruido extraño. Trató de despertar a su marido, pero ello era una tarea muy difícil. Entonces volvió a dormirse pensando que no era nada.

Emma, por su parte, por fin se había dormido. Soñaba que paseaba por el campo sombrío y entonces la figura de don Jacinto apareció detrás de ella.

–Si quiere que todo resulte como quiere no se debe resistir.

–¿De qué me habla? El volvió con su mujer.

–Nosotros ya arreglamos eso.

–¿Ustedes? ¿Quiénes son ustedes?

Las fuertes manos de Martín la sacaron bruscamente de su sueño. Esta vez, aunque fue más sigiloso, prácticamente la violó y luego la arrojó sobre la cama para irse casi de inmediato. Entonces un pensamiento aterrador surgió en Emma: ese no era Martín. Pero era demasiado aterrador mantener un pensamiento como ese, así que se cubrió completamente con la sábana para esperar el nuevo día.

Martín llegó muy alegre a desayunar.

–Parece que Francisca se levantó temprano.

Manuel y Marcela se miraron.

–Pensábamos que estaba contigo.

El aterrorizado grito de María Segunda fue escuchado hasta por su casi sorda madre. Cuando fueron a ver, a pocos metros de la casa, se encontraba un cadáver reseco con una enorme melena roja al que le habían arrancado los ojos.

En Valparaíso Martín recordaba las palabras del teniente Halt, que le habló de otras muertes similares en la zona. Pese a su vigor y entusiasmo juveniles ya había aprendido que estas muertes estaban fuera de toda jurisdicción policial por el momento. Pasó una semana para poder identificar positivamente al cadáver y durante toda esa semana, que se hizo eterna, Martín mantuvo la vana esperanza de que se tratase de otra persona.

Los padres de ella movieron cielo mar y tierra y hablaron con todas las autoridades posibles. Un equipo de criminólogos expertos llegó de Santiago para realizar diligencias inútiles. Culparon a Martín, perdonaron a Martín. La enterraron en un ataúd que permaneció cerrado durante el funeral al que asistieron muchas personas. La prensa sensacionalista fue la única que cubrió el caso dándole un par de portadas, los ribetes ocultistas del hecho hicieron que la prensa seria se mantuviera alejada.

Martín recorría todos los bares de Valparaíso y Viña del Mar alcoholizándose, hasta que fue expulsado del tradicional Bar Inglés.

—Señor, por favor, soy el administrador del bar, le ruego que pague su cuenta y se retire.

Dejó un billete más grande que el total y se disculpó por las molestias sin esperar el cambio. Era la primera vez en su vida que lo echaban de algún lugar.

Martín se fue a buscar su automóvil, pero una suerte de voz interior socrática le advirtió que era más prudente tomar un taxi. Esa misma voz le advertía que dos hombres sospechosos le miraban y que no estaba en condiciones de resistir el ataque de uno solo de ellos. Los hombres se acercaban y para su fortuna un taxi paró a su lado. Él lo abordó y los hombres le miraron alejarse.

–Gracias, Panchita –pensó, y se sorprendió de que el pensamiento mágico se fuera apoderando de él. Al mismo tiempo vio su futuro como indigente y no le gustó. Era hora de parar.

Pero su tristeza se había vuelto enfermedad.

Estaba obviamente deprimido así que era el momento de visitar al médico. Al que fuera el doctor de Francisca hasta antes de que creyera en el complot.

Algo, sin embargo, le hacía querer alejarse lo más que pudiera de Santiago. No era tan solo la casa llena de memorias, ni los lugares en los que solían estar juntos Francisca y él. Si así fuera ¿por qué recorrer Valparaíso que era el lugar preferido de ella? ¿Por qué comer o intentar comer en su restaurante preferido? Lo que detestaba de Santiago era la sórdida necesidad que sentía de llamar a Emma. Su compañía se había vuelto más detestable que la soledad misma y aún así la llamaba casi a diario cuando se encontraba en la ciudad. Valparaíso había sido más bien un escape de ella que del propio dolor. En la costa podía procesarlo todo a solas.

De nuevo Manuel le había sorprendido.

Se había encargado de hacer terminar los proyectos que estaban en construcción y de rechazar aquellos proyectos nuevos. Si no hubiera sido por él no hubiera podido escaparse de todo. Hasta Elcira parecía haber cedido a una tregua unilateral. Martín hubiera preferido que ella renunciara. Sabía que su indulgencia no era otra cosa que lástima.

Manuel daba la impresión de sentirse responsable. Como si de alguna manera todo hubiera sido culpa suya. No había vuelto a darle sus extravagantes explicaciones campesinas y su única recomendación había sido que tratara de alejarse de Emma.

Ella, por su parte, no estaba feliz.

Marcela le había retirado casi el saludo. No había mediado ninguna discusión y cuando se veían Marcela aún sonreía. Pero había en ella un reproche silencioso, un no dicho: *sé que todo es culpa tuya ¿cómo pudiste?* Y ella también sabía, pese a que no lo comprendía, que era verdad, así que también trataba de evitarla. Los hombres

que la cortejaban se habían desvanecido y algo en su rostro lo hacía menos bello, aunque en rigor nada o casi nada había cambiado en él.

Pero Emma no había deseado la muerte de Francisca salvo por unos segundos. Ella solo quería robarle un marido que ahora se le antojaba zozco, siempre deprimido, triste y taciturno y ella no tenía un carácter demasiado afín a dichos padeceres.

Ella quería al hombre que siempre la sacara a bailar o a comer, más a bailar que a comer, porque comer mucho engorda. Quería al tipo bromista y de buen humor que alguna vez había sido Martín ¿por qué no era con ella como había sido con Francisca? Parecía que la parte divertida de él se hubiera muerto con ella y que ahora solo había quedado este tipo adusto, con dificultad para entender las bromas e irritantemente profundo al que, como corolario, no se le podía hacer reproche alguno porque estaba de luto.

Martín se limitaba a ir a su casa y hablar un poco, muy poco, hablaba con ella como si no quisiera hacerlo y estaba con ella como si no quisiera estar.

–*Memento mori...*

–¿Qué es eso?

–Una frase que le decían en Roma a los oficiales victoriosos para que no se creyeran dioses.

–¿Qué significa?

–*Recuerda que has de morir.* Es casi un consuelo para mí ahora.

–Pero hablemos de cosas alegres.

Entonces Martín se callaba y respondía con monosílabos a todos los comentarios de Emma, a veces solo con suspiros u otros sonidos, entonces ella hablaba más y más como si necesitara llenar el espacio con palabras, pero el espacio no se llenaba. Hubiera querido golpearle, pero no podía.

Entonces lo besaba.

Lo besaba para compartir algo con él y él respondía los besos con desgana.

Finalmente hacían el amor.

No. Lo que hacían era tener una sesión de sexo maquinal y desesperada que dejaba todo con un sabor más amargo que antes.

A él no le importaba ella ni nunca le importó. Entonces ella se preguntaba por qué venía con ella y aparecía en su mente el frasquito que le dio aquel día don Jacinto, quien también, aunque en sueños, le había enseñado a romper el hechizo. Solo había que resistirse una vez.

Pero al parecer el hechizo funcionaba en ambos sentidos así que tampoco ella podía resistirse.

6

RAQUEL SE DESPERTÓ esa mañana terriblemente molesta.

–No sé tú, abuela, pero yo tengo que descansar. Tengo que trabajar todos los días ¿sabes?

Si Raquel no hubiese estado sola, la imagen hubiera sido menos alarmante. Allí estaba recién levantada discutiendo con alguien que no estaba ahí. O que al menos no parecía estar ahí.

Raquel se metió a la ducha y se vistió para lucir despampanante. De hecho ella siempre lucía despampanante. Su trabajo la obligaba a llevar atuendos sobrios y un maquillaje equilibrado.

La abuela María Elena había hecho una de sus molestas apariciones en sueños.

Raquel y María Elena habían sido muy unidas y la muerte de la anciana no había roto ese vínculo.

Ellas eran especiales y un día la abuela se había llevado a Raquel al campo para que subiera a la escalera ritual o *rehue*, Raquel bebiera el licor del canelo; después había vuelto a la capital, a la casa de sus padres, para seguir estudiando en el colegio como todo el mundo. Solo que ahora ella era una *machi*, heredera de una antigua tradición de chamanes. Ese año, la abuela María Elena había muerto con la satisfacción de haber traspasado su legado.

Juan Pablo Millar y su mujer María Rosa Fuentes Curivil habían dejado sus tierras del sur y ahora vivían en la capital en donde su pequeño mercadito de barrio se transformó en un negocio próspero que les permitió enviar a su inteligente hija a la universidad, siendo la primera de su familia en lograr tal honor.

Estudió medicina y se graduó con honores y esa noche tuvo la primera discusión con la abuela.

–La medicina del *huinca* no vale.

Raquel estaba enfurecida. Los años de estudio y las noches sin dormir como interna no merecían que llegara su abuela a decirle que no valía la medicina del hombre blanco. Antes de que pudiera responder, la señora habló de nuevo.

–No dije que fuera mala, si yo también tomé sus remedios. Pero no vale, cura pero no sana. Tú sabes más que eso hijita, yo te di más que eso, tú eres mi niñita y la heredera, que no se te olvide.

Cada cierto tiempo la señora aparecía y tenían esta misma discusión.

Raquel era más bien alta y sus apellidos no revelaban su origen. Aunque el apellido Millar era originalmente Millaray y hubiera podido ingresar a la universidad con la beca indígena, solo la pidió una vez aceptada para solventar la colegiatura y ayudar a la familia.

Con el tiempo se había transformado en una prestigiosa oftalmóloga y su abuela aparecía cada vez menos. Pero la última vez su mensaje fue algo más alarmante.

–Llegó la hora, mi hijita, de probar que es digna de su herencia.

–¿No lo he probado? ¿No soy una mujer que cura? Les he devuelto la vista a los ciegos.

–Y todos nosotros estamos orgullosos de ti. Pero esperamos más, esperábamos este momento hace muchos años. Ahora acuérdesse de lo que yo le enseñé. Un hombre va a ir a verte. Un *huinca*, pero un hombre bueno. Se llama Martín y es viudo.

Entonces fue que se despertó.

Los ancestros no podían pedirle más en cuanto a ser una mujer que cura.

Poco antes de salir se paró frente a la vitrina en la que conservaba los recuerdos de la abuela. Recordó sus casos en Emergencias y pensó que tal vez solo en esa época, antes de ser oculista, había salvado más vidas que las que había salvado la abuela en toda su vida.

Recordaba a la gente que iba a verla los fines de semana cuando la casa de sus padres se transformaba en consultorio y recordó como los pacientes de la abuela fueron sus primeros pacientes, entre ellos muchos *huincas* a los que la abuela trataba igual, pero a quienes ella cobraba más caro.

Entonces se disculpó en silencio por haber tenido un pensamiento tan pretencioso. Muchas ancianas y ancianos se habían cuidado con la abuela y habían vivido cerca de cien años.

Cuando ella murió la gente quería que la niña, como le decían entonces, los atendiera. Pero había universidad y futuro. Después podría atenderles tanto como quisiera. De todas maneras ella les recetaba las hierbas a escondidas, hasta que se acabaron las hierbas y no era tan fácil ir al sur a recolectarlas. Ahora tenía una buena porción de ellas y las recetaba como *medicinas alternativas*.

Pero ella sabía que la de la abuela era la verdadera medicina tradicional ¿qué más podía querer la abuela? Lo que pasaba es que la vieja no iba a parar de molestar por una nimiedad tan simple como estar muerta.

Eso tenía que ser todo.

Raquel se detuvo a tomar su desayuno en la cafetería de siempre en donde a la doctora le servían simplemente lo de siempre. Entonces, mientras tomaba su café sucedió:

Se desmayó.

En realidad no se desmayó, entró en comunicación con los espíritus, pero para entender eso hay que formar parte de otra visión del mundo.

Hacía muchos años que no le pasaba algo semejante. De hecho solo le había pasado cuando tomó el licor de canelo y unos pocos días después.

Entonces estaba frente a su abuela.

–Deje de joder, señora, ¿quiere?

Al lado de su abuela vio una presencia ante quien no se atrevía a discutir, parecía estar hecho de pura luz.

–La misión de la *machi* no es solo la medicina –dijo, pero en realidad no lo dijo, sino que lo dio a entender de una manera aún más clara.

–¿Está mejor, doctora?

Raquel se vio rodeada de personas preocupadas, pensó en decirles «no pasa nada, solo que el *Newén* quería hablar conmigo», pero solo dijo que estaba bien pues no era el momento de citar a un espíritu ancestral, se puso de pie y pidió la cuenta de su desayuno. No quisieron cobrarle.

–Abuela, es mi cafetería preferida y desayuno ahí todas las mañanas ¿podrían contactarme en otro lado? Mi casa por ejemplo. Cuando no haya nadie en lo posible ¿puede ser?

Raquel se sentó en su escritorio y pidió unos minutos para empezar. No estaba cansada por haber caído en trance. Estaba cansada porque el *Newén* le recordó que no solo la medicina era el rol de la *machi*.

Ella sabía cuál era el otro.

Martín se quedaba seguido en casa de Emma.

Ella hubiera preferido que su hermana fuera su amiga de nuevo, pues Martín apenas sí le dirigía la palabra entre las sesiones sexuales. El silencio se había vuelto su nueva característica. Cosa que había llamado la atención de su jefe y ahora mejor *amiga*: Ítalo.

–Tan callada que te has vuelto, mujer, eso es una cosa rara.

–¿Acaso no puede ser que no hable?

–No.

Emma se sonrió.

–Cuéntame, qué pasa.

–Hice algo malo.

–Yo hice mil cosas malas, y hablo de este fin de semana nada más.

–Tú no has matado a nadie, Ítalo.

–De amor y de placer...

Entonces fue Ítalo el que se quedó callado y miró con espanto a Emma.

–¡Tú me estás jodiendo! Es una broma, un chiste.

–No es que le haya disparado a alguien o algo así...

Ítalo escuchó el relato con el más vivo interés, se mordió sus preciadas uñas, sin romperlas, claro. Y se acuclilló en uno de los sillones de su oficina durante todo el relato.

–Es que yo no sabía.

–¿No habías escuchado nunca de los *chonchones*?

–¿*Chonchones*?

–En mi tierra les dicen así, en otros lados *tué-tués*.

–Pero pensé que era mentira ¿eres del campo?

–Si le dices a alguien, te juro que te despido ¿no ves que quiero mantener una imagen sofisticada? Soy del campo, de un pueblito que se llama... ¿no le vas a decir a nadie?

–No, Ítalo.

–Achao.

–¿Eres chilote?

–De la isla de Chiloé a mucha honra, pero no le digas a nadie. En realidad no de la Isla Grande, sino de una isla que se llama Quinchao. En una parte del archipiélago.

–Allá hay varias leyendas...

–¡Leyendas van a ser! En Santiago son leyendas, allá son verdad. Y los *chonchones* no son la mejor de todas.

–Yo creía que eran leyendas, pero alguien murió.

–Pero tú no sabías, además, así de ver algo raro, yo nunca vi nada.

–Pero dices que no son leyendas.

–La verdad, Emma, yo no me atrevería a decir si son verdad o mentira. Uno siempre escucha historias, no así como algo que le pasó a un amigo de mi amigo, sino que a un amigo directamente.

–Para mí sería la historia que le pasó al amigo de mi amigo.

–Es que tú no eres del sur ¿pero no puede ser todo coincidencia?

–¿Puedo fumar?

Ítalo abrió todas las ventanas de su oficina de par en par. Él no fumaba y fumar en su presencia estaba estrictamente prohibido.

La apertura de las ventanas era un gesto de amistad y complicidad extremas que no se ganaba fácilmente.

–La Pancha murió, Ítalo. Murió de una manera muy extraña.

–¿Y ahora tú te estás tirando al viudo?

–Sí.

–¿No te sientes culpable?

–¡Pero qué culpable ni qué nada! Siento que ya no me gusta y quiero dejarlo, pero no puedo, Ítalo, creo que nos amarraron de una manera rara.

El doctor Andrade saludó a Martín.

–Supe lo de su mujer.

Esas palabras daban a entender que el doctor Andrade ya sabía el motivo de la visita. Martín contó toda su historia. El doctor dejó de tomar nota y se limitó a escuchar.

Ya había escuchado algo así una vez, hacía mucho tiempo, en el hospital psiquiátrico, cuando hacía la especialidad.

En aquel entonces habían internado a una mujer con supuestas alucinaciones. Ella decía que debía luchar contra los *chonchones*, que en realidad eran espíritus malignos. Resultó que la mujer tenía estas visiones en medio de trances místicos que más tarde fueron reconocidos por su comunidad.

De ello hacía treinta años, cuando Martín contaba con cinco.

Nunca más se había vuelto a topar con un caso semejante. Pero el solo hecho de encontrar en una mujer una suerte de «locura» que en otra sociedad no era sino el valuarte de la comunidad, le había dado una visión un tanto heterodoxa en relación a la de sus pares.

Por otro lado, el paciente narraba las explicaciones de su amigo Manuel con desprecio y compasión por el *pobre campesino al fin y al cabo*.

El doctor pensaba de otra manera. La paciente del psiquiátrico había hecho que se interesara en el tema de la medicina ancestral mapuche y había publicado un par de artículos en colaboración con una doctora de origen mapuche.

–Usted está deprimido y no es raro, con lo que ha pasado. No estoy seguro de recetarle un antidepresivo.

–Yo quisiera doctor.

–¿Qué opinión tiene de la medicina alternativa?

–¿Doctor?

–Tengo una colega que quiero que vea, es ella doctora en medicina y ha hecho estudios sobre medicina ancestral, prefiero ese nombre a medicina alternativa.

–No creo mucho en ello, doctor.

–No se trata de creer o no, ella ha descubierto compuestos naturales que sí funcionan y que seguramente darán lugar a nuevos medicamentos en el futuro, en uno muy próximo...

A Martín siempre le había parecido una charlatanería esa clase de medicina, escuchó, pero sin realmente poner atención.

UN PÁJARO NEGRUZCO, ceniciento estaba parado frente a la ventana. Se suponía que era un pájaro brujo, tal vez esos pájaros fueran los responsables de la muerte de Francisca. Pero ahí estaba, todo negro mirándolo desde la ventana.

-¿Qué tragedia vienes a profetizar ahora?

Sí Martín hubiera tenido algo de su antiguo sentido del humor, se hubiera reído de sí mismo por estar hablando con ese pajarraco. En su actual estado, simplemente se sintió ridículo.

-Pajarraco de mierda... -se limitó a murmurar.

Pareció que el pajarraco le hubiera escuchado, pues inmediatamente comenzó a graznar su peculiar canto y pronto había diez pájaros observándole, se hubiera podido decir que en forma desafiante. Por toda respuesta obtuvieron una mirada queda, que pareció agitarles aún más, pues su desasosegante canto *tué-tué* fue entonado a coro por todos ellos.

Martín cerró la cortina y puso la radio. Una vieja canción de *Led Zeppelin* pareció ser remedio suficiente, pues les escuchó alzar el vuelo. Martín pensó que los brujos odian el buen rock, pero el tampoco tenía el más roquero de los ánimos. Por ello se levantó a ver qué podía encontrar entre todos los discos de su casa, para descubrir que todos o al menos todos los que alcanzó a ver eran de Francisca. Ella siempre había sido la DJ de la familia.

Trató de comprender por qué había vuelto a la casa. El departamento era cómodo ¿o no lo era? No era suyo, era un departamento construido en serie por una constructora cualquiera. Era funcional,

grato, pero no era una extensión de sí mismo como alguna vez lo había sido su casa, claro que la casa tampoco era una mera extensión de sí, había sido construida con su estética, pero para satisfacer las necesidades de otra persona. La casa era la extensión de un nosotros que ahora correspondía a una parte muerta de sí mismo.

Ya no quería estar allí, pero tampoco quería irse. Era como el aspecto perdido del camino a Calcupulli. No existía, pero necesitaba que existiese. No podía traer a Emma a la casa. No por alguna sensación de infidelidad, sino porque ella simplemente no calzaba ahí. Era como un objeto fuera de lugar, una fuente interior eléctrica de plástico, un patito de loza, o una imagen de la Virgen de algo en la que no creía.

No podía irse, pero podía salir, podía ir a ver a Emma y sacarse las ganas que no tenía y penetrarla solo para combatir el aburrimiento.

Tomó una botella de vodka del sofisticado bar y partió sin avisar. Por alguna razón extraña, cada vez que iba la encontraba en casa así que no había que llamarla por teléfono.

Cuando salió al jardín volvió a escucharles.

El canto *tué-tué* se escuchaba como si lo cantaran voces del infierno. Los pájaros se acercaron a él. Parecían pequeños kamikazes que se lanzaran en picada como queriendo explotar sobre él, para al final formar un pequeño torbellino a su alrededor... se hubiera dicho que también producían un leve resplandor.

Martín observó la escena asombrado por el extraño comportamiento de las aves, pero al cabo de unos minutos, comenzaron a serle sumamente desagradables. Por ello finalmente lanzó un botellazo hacia adelante, hacia el omnipresente centro de la bandada que hirió a un pájaro en la cabeza. Sorprendentemente, el pájaro se recuperó para huir volando junto a todos sus secuaces, mientras la botella también volaba tras ellos en un decidido, pero inútil intento de alcanzarlos, para finalmente caer en el suelo haciéndose mil pedazos.

—¡Mierda! A ver si me pagan el maldito trago.

Mas tarde, mientras el Alfa Romeo se deslizaba suavemente por el camino de ciudad para el que sí había sido diseñado, Martín se dio

verdadera cuenta de que había vivido una experiencia aterradora sin el más mínimo de los temores. Esos pajarracos se parecían demasiado a los de las leyendas de Calcupulli como para ignorarlas. Cualquiera otra persona se hubiera muerto de espanto ante tan extraño comportamiento. A él, sin embargo, no había hecho más que enfadarle al punto de destrozar una botella de buen vodka.

Se suponía que eran capaces de matar, de causar males... claro que bien podía atribuirse la conducta extraña de las aves al cambio climático, al campo magnético, a alguna cosa que no sabía. Bien podía tratarse simplemente de una bandada de pájaros histéricos, tan histéricos como él, que derramaba el licor de pura furia. Porque no sentía nada más que una mezcla de tristeza con furia que hacía imposible que temiera a algo, pues aquello más temido ya había ocurrido. Hubiera querido tener ochenta años para que la muerte fuera todavía más una certeza. Suicidarse no iba con él simplemente porque lo consideraba antiestético y mal que mal Martín era un arquitecto y para él la estética lo era todo. Tendría que conformarse con vivir lo que le restara de vida como un anacoreta que de cuando en cuando se coge a Emma ¿de dónde la necesidad de cogerse a Emma?

–Martín viene para acá –sentenció Emma a su amigo Ítalo quien de pronto se puso pálido, si es que no verde.

Una comunicación telepática entre amantes suele ser el signo de una relación duradera, pero la comunicación entre Emma y Martín era para poner los pelos de punta.

–No quiero tocar el violín –fue la respuesta de Ítalo para zafarse de la casa de su amiga.

–Espera a que llegue para irte, que no quiero quedarme sola.

La mirada de hastío en el rostro de Emma mezclada con unas briznas de miedo resultaba conmovedoramente autoritaria.

–¿Por qué sigues con ese tipo? Es tan obvio que no te quiere como el hecho de que tú tampoco a él. No eres fea, no tienes que conformarte con algo así. Ya te divertiste, lo pasaste bien, pero ahora estás sufriendo.

–No estoy sufriendo.

–Eres demasiado fiel a una relación tan superflua. No ves a nadie más.

–¿Qué sabes tú?

–¿Ves a alguien más?

–No...

La locuacidad de Emma se había esfumado y un hombre como Ítalo necesitaba de una mujer que hiciera ruido para no tener que soportar el silencio de su propia cabeza. Emma se había vuelto silenciosa. Ya no era una compañera interesante y la verdad daban ganas de dejar de verla, pero parecía una canallada dejar a una amiga que sufre, sobre todo si sufre de algo tan terrible. Ítalo miró a la taciturna Emma un momento.

–¿Qué hiciste en el sur?

–Nada.

–Ese don Jacinto, allá en Calcupulli. Mírate cómo estás ¡ya ni hablas, ni haces bromas, ni sales a ninguna parte! Es como si un manto gris te hubiera caído encima, corazón –Ítalo parecía una verdadera diva cuando decía *manto gris*. Se llevaba la palma de la mano al pecho e inclinaba la cabeza hacia atrás como una actriz de la era dorada del cine–. Ese Martín está bien guapo, pero es más lúgubre que el *Largo* ese de *Los Locos Adams*, si yo estuviera con un tipo así, me vuelvo heterosexual inmediatamente.

–Se le acaba de morir la mujer.

–*Se le acaba de morir la mujer* –repitió Ítalo exactamente en el mismo tono–, y tú tienes que cogerte precisamente al tipo más deprimido de todos. Eres bonita, Emma, no tienes que buscar carroña deprimida.

–Yo sé... pero no puedo dejarlo.

–A ti no más se te ocurre meterte con brujos.

–Eso no tiene nada que ver.

–No sé, yo no creo en brujos pero...

El terrible graznido *tué-tué* se escuchó en la ventana.

–¡La concha de mi ma...! ¡Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana!

Ítalo estaba paralizado, era la primera vez que escuchaba personalmente el canto de un *chonchón*, sin embargo, los cuentos de los viejos de su tierra le habían enseñado bien a reconocerlo, así como se sabía también el inútil y folclórico conjuro para alejarlos. Entonces sonó el timbre. Acaso el *chonchón* hubiera tomado la forma humana para venir a sembrar desgracia, pero cuando Emma abrió la puerta, la figura cansina de Martín apareció y para Ítalo fue lo más tranquilizador del mundo. Tuvo ganas de darle un beso.

–¡Gracias a Dios eras tú!

Martín era estrictamente heterosexual y el efusivo abrazo de Ítalo le incomodó un poco.

–Hola, Ítalo.

–Pensé que era uno de esos pájaros infames ¡martes hoy, martes mañana, martes toda la semana!

–No sé cómo un conjuro infantil como ese puede alejar a brujos tan poderosos.

–No te rías.

El temor de Ítalo lo hacía verse tan ridículo que era imposible evitar reír, incluso para Martín.

–Te hubiera dado un infarto si te hubiera pasado a ti lo que me pasó antes de venir...

Emma e Ítalo escucharon el relato de Martín e Ítalo ahora no quería abandonar el departamento de Emma pues le daba un miedo inconfesable quedarse solo. Emma estaba visiblemente incómoda y no cesaba de tirarle indirectas para que se fuera.

–Emma, ahí afuera anda un pájaro demoníaco que a lo mejor me sigue a mi casa y me come –el miedo inconfesable rápidamente se transformó en un terror sin pudor.

–Ahora le tenemos miedo al pájaro –Martín no pudo evitar el chiste de mal gusto. En otras circunstancias Ítalo se hubiera retirado «indignada», pero ahora no le costó hacerse el desentendido.

–Vayan a dejarme.

La orden dejaba en claro que Ítalo no se iría a no ser acompañado o a la fuerza, y hubiera sido necesaria mucha fuerza. Martín no se encontraba en el estado más paciente que digamos.

–Ya, niñita, vamos a dejarte ¿me acompañas Emma?

–Pero no te burles de Ítalo.

–Perdón, Ítalo.

–Te perdono, pero anda a dejarme.

El Alfa Romeo cruzaba las calles seguido de una bandada de pájaros grisáceos que Ítalo no dejaba de vigilar.

–No sé como no te dan miedo, Martín.

Martín se encogió de hombros.

–Por qué habría de tener miedo...

–Podrían hacerte algo.

–No hay nada que puedan hacerme, yo ya no tengo absolutamente nada que perder, Ítalo, no pueden hacerme nada, al menos nada que realmente me importe.

De no haber sabido que podía haber recibido un puñetazo en la cara, Ítalo hubiera abrazado a Martín. Había algo infinitamente conmovedor en su valor triste. Por un momento creyó comprender lo que Emma sentía por este hombre tan bellamente desventurado, sin embargo, toda su emotividad desapareció en cuanto vio el rostro insensible de su mejor amiga, o tal vez su otrora mejor amiga. Emma había dejado pasar el comentario de Martín sin una pizca de ternura ¿por qué no le había acariciado el rostro o el pelo? Ítalo comprendió entonces que esa mujer estaba sola porque no era capaz de dar. Quería echarla del trabajo y no volver a verla nunca más, pero el graznido del *tué-tué* le hizo olvidar esas determinaciones.

Ítalo obligó a que le acompañaran a la casa. Preparó un Tom Collins para Martín y un kir royal para Emma y otro para él. Martín consideró muy de su agrado el coctel y entonces Ítalo volvió a agradecerle. Eran demasiados días tomando vodka tonic. Entonces Ítalo trajo un pequeño cuenco de greda convertido en improvisado

brasero y sobre él arrojó el contenido de un sobre con la imagen de un santo. Mientras quemaba el sahumero, Ítalo rezaba con devoción.

—¡Oh Señor! Por intercesión de San Cipriano, suplico que a aquellos que estén ligados con hechizos, embrujos y poseídos del maligno, con tu infinito poder, los desates, los desembrujes, para que el lobo rabioso no tenga dominio sobre los presentes, para que todo aquello que fue atado sea por ti desatado. San Cipriano, ruego por tu intercesión, preservarme de todos los maleficios y perfidias de Lucifer. Cuida la palabra, vista y pensamiento mío. Que sean llenos de confusión los que atenten contra mi vida. Que todos mis enemigos sean confundidos y alejados. Mantenme triunfante sobre ellos eternamente. Así Sea.

Ítalo rezaba con una devoción inusitada, y aunque la oración venía impresa en la bolsita del sahumero, se notaba que Ítalo se la sabía de memoria. Luego hizo que todos se tomaran de las manos y rezaran tres padrenuestros y tres aves. La imperiosidad con la que Ítalo ordenaba las oraciones hizo que el agnóstico Martín se uniera a ellas. Al terminar la última avemaría, una extraña sensación de repulsión se apoderó de la mano que tomaba la de Emma.

—Ya estamos todos protegidos por san Cipriano.

—¿Y este san Cipriano...?

—Combate todas las iniquidades cometidas con ayuda del maligno.

Solo después de toda la seguidilla de rituales Ítalo dejó que la pareja se marchara. Martín miró a Emma y realmente sintió que no quería llevarla a la cama.

—¿Te parece si vamos a algún lugar?

En el bar pidieron un par de fajitas y un par de tragos que no estaban tan buenos como aquellos que Ítalo les había dado en su casa, pero que aún así era alcohol. Martín y Emma se miraban y comprendían que no tenían absolutamente nada en común excepto el haberse conocido desde hacía mucho tiempo. Emma hablaba de su trabajo y Martín respondía con sucesivos ‘ajás’ que no conseguían disimular su desinterés. La comida y las bebidas se agotaron con

rapidez y volvieron al departamento de ella. Martín hubiera querido dejarla en la puerta. No sentía el más mínimo deseo por esa mujer que se le antojaba tan indiferente como una piedra en un camino de ripio. Quería irse, pero había cierta falta de estética en un gesto de una descortesía de tal naturaleza. Acaso debiera de perpetrar el coito por mero decoro y él era especialmente sensible a eso del decoro y por ello fue que finalmente se llevó a Emma a la cama, con el convencimiento de que no volvería a llamarla nunca jamás en la vida.

Varias horas después, casi al amanecer del domingo, Martín conducía hacia su casa luego de otra sesión maratónica de sexo. Solo con Emma lograba esas impresionantes hazañas que parecían de ficción, sin embargo, aunque hubiera sido de la clase de hombres que se vanagloriaba ante los demás de sus hazañas sexuales ¿cómo hablar de una sexualidad completamente desprovista de placer y, sin embargo, adictiva?

Material para el doctor Andrade.

La recomendación acerca de las medicinas alternativas le había alejado de la consulta del psiquiatra. Hubiera cambiado de médico, pero Andrade tenía la facultad de ganarse la confianza de Martín. Lo había conocido como profesor y su interesante clase le hacía sentir que era una suerte de alumno más que un paciente. La sola palabra paciente le hubiera resultado odiosa.

Por ello fue que Andrade escuchó a Martín reír acerca de los malditos pajarracos negros, así como le escuchó volver a recitar *El Cuervo* de Poe, de memoria y volver a reír de la cobardía de Ítalo.

El doctor, sin embargo no reía y se mostraba preocupado.

-Quiero insistir en que visite a mi colega.

-¿Me va dar hierbas?

-Ignoro lo que haga.

-¿No puede darme usted alguna pastilla para algo?

-Podría, pero usted abusa del alcohol.

-Solo lo uso, no abuso.

-Lo expulsaron de un bar, Martín...

LAS OFICINAS DE LA CONSTRUCTORA estaban algo más desiertas que de costumbre. Los empleados estables habían renunciado cuando cayeron en cuenta de que la empresa paralizaba lenta pero sostenidamente sus actividades. Solo la señora Elcira continuaba vigilante en su puesto de secretaria y Manuel en la oficina de la gerencia.

Marcela había debido ocuparse del campo.

Nunca le habían agradado las faenas, pero sabía que podía llegar el día en que ella debiera asumir el mando, así que en los once años de matrimonio con Manuel se había ido interiorizando.

Lo odiaba a no ser por los largos paseos a caballo. La camioneta era demasiado rápida para vigilar el trabajo y los caballos proporcionaban un medio de transporte eficiente.

—Que te vean que vigilas, así nadie se roba nada —había dicho alguna vez Manuel.

Lo peor eran las lecherías. Las terribles ordeñadoras automáticas le quitaban a la vida campestre lo poco que tenía de poético a los ojos de Marcela. Ella había aprendido a operarlas aunque en realidad solo para supervisar que los operarios lo hicieran bien.

Manuel manejaba la empresa de Martín. Era demasiado, pero Marcela sentía que tanto ella como él habían sido culpables de la muerte de Francisca y, aunque hubiese preferido encargarse ella misma de la constructora en Santiago, no tenía la menor idea de cómo manejar esa clase de negocio, así que estaba obligada a un trabajo que consistía en levantarse temprano exclusivamente para vigilar y para mirar como otros trabajaban. Ella solo debía entenderse con

don Juan, el capataz que era hijo a su vez del don Juan que había sido capataz del anterior don Manuel. Era un mundo que no había cambiado en generaciones y que no pensaba hacerlo. Ella solo aspiraba a que un posible hijo que no se llamara Manuel vendiera la propiedad y se dedicara a cualquier otra cosa en cualquier otra parte.

Mientras miraba la lechería, se imaginaba que Manuel le estaría acaso siendo infiel en Santiago y lo aceptaba con estoicismo.

Todas las mañanas se miraba al espejo con los pantalones y las botas de montar. La ropa al menos le quedaba bien, su figura se estilizaba y necesitaba hasta el más banal estímulo para el ánimo.

En las tardes se sentaba en silencio en la cocina mientras María Segunda le preparaba una taza de café en la cafetera eléctrica que había comprado en Santiago y que a la pobre María tanto le costó aprender a manejar antes de lograr un capuchino decente que además era exclusivo para los patrones, pues ella y su madre seguirían fieles a la yerba mate hasta la muerte.

La culpa de Marcela, sin embargo, era la culpa del cómplice y no la del malhechor. Atribuía su complicidad a una mezcla entre negligencia e impotencia ante las travesuras de su hermana. No tenía elementos para acusar a Emma de nada, pero tenía la certeza de que ella era la responsable de todo. Hubiera querido que Emma se dedicara al trabajo que ella hacía con desgano, pero ello hubiera significado la ruina, una noche, sin embargo, mientras estaba en la cocina, se le ocurrió que Emma debería cuando menos venir a Calcupulli a hacerle compañía y compartir con ella esa vida ajena a teatros, tiendas, cines y restaurantes, aunque para eso se requiriera de cierta dosis de perdón.

Martín dormía como una piedra cuando sonó el teléfono y era imposible que lo contestara. El teléfono estaba en el velador de su lado y Emma debió levantarse y rodear la cama para llegar a contestarlo.

—Aló ¡Marcela!

Su hermana la invitaba a pasar sus vacaciones en Calcupulli. Emma vería lo que podría hacer al respecto. En un extraño enlace

de culpas tampoco podía negarse y –aunque la sola perspectiva de volver a visitar Calcupulli le erizaba la piel y la sola presencia de don Jacinto le pudiera provocar un paro cardíaco– la idea de alejarse de Martín resultaba de pronto singularmente atractiva.

La señora Elcira preguntaba por su incierto destino, cuando ya se había hecho de noche, y el enigmático canto del *tué-tué* ensombreció el rostro de Manuel.

–Le aseguro que nos ocuparemos de usted.

Elcira caminó tranquila, pues pensaba que don Martín –transformado ahora en el pobre don Martín– no le permitiría acabar en la pobreza, aunque era una perspectiva exagerada. Tenía ya cerca de sesenta y cinco años y una pensión no tan escasa. Había trabajado para la empresa del padre de Francisca y ella se la había llevado a su propia compañía, luego de conseguirle aquella jubilación anticipada. Cuando la empresa se cerrara, ella tendría que quedarse en su casa tejiendo. Más que la estrechez económica, le asustaban el aburrimiento y la soledad.

El extraño pájaro cantó más cerca, pero ella no le prestó atención.

El capitán Halt, flamante capitán, disfrutaba de un almuerzo con el general Halt y con el otro general Halt. Se trataba de una comida familiar e institucional, y eso porque en la familia Halt la diferencia entre familia y policía uniformada era leve y el club de oficiales era para ellos la extensión de su casa.

–Pues yo recuerdo cosas extrañas –dijo el primer general Halt, quien era el padre del capitán.

–También yo –dijo el segundo general Halt, que era hermano del primer general y por ende tío del capitán–; en los campos suceden cosas raras, muy raras. No siempre, de vez en cuando... casi nunca muere nadie.

–En Calcupulli murieron cuatro personas: tres en el pueblo y otro en las cercanías.

–Todos en la institución saben perfectamente que pasan ese tipo de cosas en los campos, nadie te culpa y te ascendieron a capitán, yo

lo dejaría hasta ahí –el segundo general Halt comía sus pastas con un arte que le permitía no manchar su uniforme.

–¿Y nadie investiga?

–Somos policías, no magos.

–Pero debiera haber una explicación razonable...

El segundo general se limpió la boca bebió un sorbo de su copa y carraspeó interrumpiendo al capitán.

–Cuando me tocó servir en el sur, existía un hombre que en ese tiempo debió de tener treinta años, complexión media y estatura media para esos días. El hombre fue acusado de robar ganado y al acercarnos huyó a caballo, por lo que nos dimos a su persecución, a caballo también ¡todo un espagueti western! Al llegar a unos barrancos de la zona, el hombre no detuvo su montura y saltaron desde una altura que estimamos de al menos cuarenta metros. Al día siguiente, el hombre no fue encontrado.

El general sorbió su copa y comió un bocado mientras esperaban que continuara su relato.

–A los dos o tres meses el hombre apareció en el pueblo como si nada y se paseó por el frente de la tenencia.

–¿Y qué hicieron?

–Nada. Las cabezas de ganado aparecieron muertas así que nadie lo buscaba, al poco tiempo me asignaron a otra parte.

–Pero no murió gente...

–El hombre que hizo la denuncia, murió aquejado de terribles dolores al poco tiempo...

El capitán estaba más tarde en su oficina pensando en otros asuntos. Hubiera sepultado los hechos de Calcupulli entre los recuerdos anecdóticos de no haber recibido la visita de alguien de la policía civil.

–Soy el inspector Azkárate, capitán.

Que la policía civil y la uniformada no se llevaban muy bien no era un secreto y recibir a un integrante de la otra policía era siempre una molestia.

–Mucho gusto –mintió Halt.

Una mujer había sido encontrada muerta cerca de su propia casa. Su nombre era Elcira García y pasaba de los sesenta. La descripción era demasiado similar a los muertos reportados por Halt en la localidad de Calcupulli. Halt escuchaba al policía civil con más atención de la que ningún policía uniformado volvería a poner jamás en un policía civil. Halt cooperó con todo lo que sabía y que no era mucho más que lo que había escrito en sus informes, aunque incluso la más remota posibilidad de que la policía civil resuelva un caso originalmente suyo es lo peor que un carabinero puede soportar.

Ir a otro funeral fue banal para Martín. Como la señora Elcira había sido empleada en la empresa del padre de Francisca, él también estaba allí. Aparte de ellos y de algunas personas de la ya disuelta constructora no había demasiadas personas. La señora Elcira no había tenido hijos y al parecer nunca se había casado tampoco, aunque un hombre mayor parecía desconsolado a lo lejos. Los padres de Francisca no se acercaron a Martín, quien lucía un rostro sin afeitar y un abatimiento que no era nuevo, pero que se veía bien en el funeral de una mujer por la que nadie sentía una pena excesiva.

Martín y sus suegros nunca se habían llevado demasiado bien y la muerte de Francisca no ayudó. Ellos creían firmemente que la inestabilidad mental de su hija se debía al mal comportamiento de él. Por ello solo se dieron una pequeña venia.

La muerte de la señora Elcira cerraba las operaciones de la constructora. El último proyecto había sido inaugurado, y ya no sería necesario despedirla o asignarle una tarea en alguna otra parte.

Manuel no había querido ir al funeral y se alojaba en la casa de Martín por una noche, antes de volver a Calcupulli. Antes se había alojado en un hotel, porque la tristeza de su amigo era agotadora. Martín se acercó al bar y se preparó un vodka tónica y llenó un vaso de bourbon para su amigo.

—Antes no me molestaba beber contigo, Martín, pero creo que bebes mucho.

–Lo sé.

–¿Y qué piensas hacer al respecto?

Martín se encogió de hombros y se sentó en un sillón. Manuel no pudo sino beber su whisky.

–Tengo que volver a Calcupulli, Martín, todas tus cosas están en orden.

–No puedo estarte más agradecido.

–¿Qué va a pasar ahora?

–Nada. Por algún tiempo no va a pasar nada, tal vez haga un viaje.

–Te haría bien.

–Tal vez no vuelva.

–Espero que no sea el caso, pero lo entendería.

–En todo caso, lo más probable es que me eche a beber hasta quedar inconsciente para luego empezar de nuevo. Lo más probable es que no haga nada nunca más, que me tome algunos antidepresivos para que Francisca se me olvide, o que me siga jodiendo a tu puta cuñada porque simplemente no tengo nada mejor que hacer. No quise ofender a tu cuñada.

–Podrías pasar unos días con Marcela y conmigo en el pueblo.

–Manuel, no te ofendas, pero creo que visitar tu casa es algo que no volveré a hacer nunca, sabes que te considero mi mejor amigo, pero no me pidas que vuelva a ese pueblo.

La nueva costumbre de Martín de sentarse en silencio mirando a un punto fijo delante de él era angustiante. No había ninguna excusa para irse hasta el día siguiente y la perspectiva de pasar el resto de las horas al lado de tan taciturno personaje resultaba deprimente.

–No tienes que quedarte, sé que no soy la más grata de las compañías –adivinó Martín, haciendo imposible pensar en cualquier excusa para huir de ahí. Por ello, el sonido del timbre fue la música más bella que Manuel pudo oír.

–Tocan el timbre –dijo de manera redundante y se apresuró a abrir la puerta.

El capitán Halt llegó vestido de civil a la casa de Martín. A Martín le tomó algunos minutos saber de quién se trataba.

–¿Teniente?

–Capitán.

Martín escuchó a Halt. Tenía prácticamente las mismas preguntas que alguna vez hizo en Calcupulli y Manuel casi las mismas respuestas. De pronto Martín interrumpió.

–Los malditos pájaros ¿cómo se llaman? Nunca jamás tuve nada que ver con eso. El otro día una bandada se puso a volar alrededor mío, les arrojé una botella de Absolut, creo que le pegué a uno y después ese mismo día, en la casa de Emma...

Manuel no sabía lo que había pasado y se mostró intrigado, tal vez hasta asustado. Halt pidió la dirección de Emma por mera deferencia, pues ya la había anotado en el pueblo.

–Martín –preguntó Halt–. ¿Recuerda haber escuchado o visto pájaros así antes?

–¿Acaso se fija uno en pájaros, teniente? Perdón, capitán.

Finalmente Halt se despidió.

–Ya me habían preguntado algo los de investigaciones –dijo Martín–; supongo que tú crees en tus brujos y que nada va a descubrir la policía.

–No es negocio de la policía.

Todas las creencias locales de Manuel no hacían nada más que irritar a Martín. Pensaba que, incluso si existieran fuerzas del mal acechando en los rincones y vericuetos de la oscuridad, no había razón alguna para que tales fuerzas le acecharan precisamente a él y a los suyos, sin embargo, era la primera vez que recordaba el episodio de los pájaros y hasta él mismo debía admitir que era extraño. Pensó que tal vez sería bueno visitar a la doctora que el doctor Andrade le recomendó, y casi se lo comentó a Manuel, pero una suerte de tozudez le invadió de pronto y no quiso dar el brazo a torcer frente a su amigo, quien a estas alturas ya calificaba como a un simple supersticioso.

–Tengo hambre –fue todo lo que salió de sus labios, y decidieron salir a comer fuera. Hacía demasiado tiempo que no había comida en la casa de Martín.

Si Halt había tenido alguna sospecha sobre Martín, la sospecha se había desvanecido. El capitán era joven, pero tenía el instinto policial en sus genes y era imposible pensarle siquiera en otra profesión. Hubiera querido ir a ver a Emma de inmediato, pero era tarde y su investigación era privada, casi contra el reglamento. Debía ser sutil pues, no mediando un ilícito, en este asunto carecía de autoridad, pero su curiosidad era mucho más fuerte. Tenía la tarjeta de Azkárate en su bolsillo y estaba tentado de llamarle, pese a que sabía que no había descubierto nada. La policía civil era eminentemente urbana y no tenía como misión hacer soberanía en lugares inhóspitos o pueblos pequeños como Calcupulli. En esos lugares solo existía la policía uniformada, pero ahora que las cosas estaban ocurriendo en la ciudad, tal vez la policía civil asignara más hombres, recursos y presupuesto.

¿Qué pasaba si llamaba a Azkárate? Tal vez no quisiera cooperar. Si eso ocurría era porque la policía civil estaba tras algo y no quería compartir el crédito con Carabineros, en cambio, si cooperaba, eso quería decir que la policía civil abandonaría pronto la investigación.

El número de teléfono que estaba registrado en la tarjeta no contestó. Por ello llamó al teléfono de información de la policía civil, en donde le dijeron simplemente que no había en todo el país ningún inspector ni detective Azkárate.

Alguien había acudido haciéndose pasar por un funcionario de Investigaciones para sacarle información.

Halt detuvo su automóvil enfurecido.

–¡Por la misma mierda!

No solo no había podido resolver un caso sino que además lo habían engañado. En ese momento encendió un cigarrillo y se puso a fumar cuando sonó el teléfono celular.

–Aló, amor, hoy es viernes y quedamos de salir...

La respuesta fueron simples «ajás» y enfiló su auto en dirección de la casa de su prometida. Esa noche, ella lo sentiría algo distante. Mientras un pájaro grisáceo volaba casi a la misma velocidad que su automóvil graznando *tué-tué*.

QUE FUERA MARTÍN QUIEN LE ABRIERA la puerta en el departamento de Emma bien podía ser sospechoso, sin embargo, no había en él la menor traza de asombro ni inquietud, a no ser por la misma amargura que irradiaba en su casa. Era mediodía y él se retiraba. Por ello fue breve, aunque amable con el policía y le dejó a solas con ella.

Halt no tenía la autoridad para interrogarla como hubiera querido y por ello iba a limitarse a una mera entrevista, pero a la segunda pregunta Emma rompió en lágrimas.

—¡Yo tengo la culpa de todo!

Lo que Emma contaba era demasiado increíble y recordaba a las cosas que decían Manuel, su tío y la mama María. Por ello Halt simplemente escuchó todo lo que ella tenía que decir entre sollozos. Una sola cosa de todo lo que ella decía llamó su atención: don Jacinto. Era la primera vez que surgía un nombre ligado a las brujerías. De pronto Emma tomó una maleta y Halt la ayudó a guardarla en el auto, partía para Calcupulli a acompañar a su hermana, aunque no tenía ganas de volver a esa casa.

Halt observó como el automóvil partía y pensó que Emma era una mujer hermosa a quien en otras circunstancias hubiera cortejado, pese a que era algo mayor y a que él iba a casarse. Se imaginó el sexo depresivo que tendrían Martín y ella y pensó que él podía hacerlo mejor de todas maneras y sin necesidad de pociones milagrosas preparadas por brujos.

Hasta este punto la investigación de Halt había sido extraoficial y al borde de la ilegalidad. Más que nada ansiaba ponerse su uniforme

verde para poder investigar a sus anchas, pese a que había mostrado un gran talento diplomático hasta ahora. Cuando el automóvil de Emma por fin desapareció, Halt pensó que ya era el momento de volver oficial su investigación. Tenía a un falso detective y un nombre en Calcupulli y, aunque era solo un nombre de pila, en un lugar tan poco poblado como aquel eso era más que suficiente.

El supuesto inspector Azkárate había firmado el libro de visitas y había enseñado su placa en la entrada del cuartel antes de hablar con él. A las diez de la mañana el fax que certificaba la inexistencia de un funcionario con ese nombre y rango era recibido en su oficina y los antecedentes estaban listos para pasar a fiscalía, en donde los abogados se harían cargo de todos los detalles jurídicos.

Halt almorzó nuevamente con los generales de la familia, pero en contra de lo que él esperaba no se mostraron felices.

—Hijo, hay cosas que no se investigan, que no corresponden a la competencia de un carabinero.

—¿No corresponde investigar homicidios?

—Un homicidio consiste en un ser humano matando a un ser humano. Si un león mata a un ser humano no es un homicidio.

—¿Acaso crees que no se trata de seres humanos?

El tío del capitán tosió.

—Víctor, eres capitán, estás por casarte y tienes una promisoría carrera por delante ¿cuál es el afán de perseguir a seres de la oscuridad? Nosotros estamos para meter delincuentes tras las rejas.

—Eso es lo que quiero hacer.

—Pero eso no es lo que estás haciendo. Si mantienes los ojos abiertos y el arma de servicio cargada no debiera de pasarte nada, pero ¿y si no caen cuando les disparas?

El capitán se impacientó ante su padre y su tío.

—¡Estamos hablando de delincuentes! Gente que mata con algún tipo de veneno que no deja huellas y que les saca los ojos a sus víctimas ¡eso es todo!

–Esto pasa hace demasiado tiempo, pero pasa poco, es esporádico y discreto. Pasa desde antes de que nacióramos, desde mucho antes que nuestros padres nacieran...

–¿Me estás diciendo que alguien viene haciendo esto desde hace más de cien años?

–Hay registros, archivos...

–Anales incluso –interrumpió el tío–, puede ser materia de historiadores, en todo caso no lo es de investigaciones policiales.

–Alguna secta secreta que ahora va a salir a la luz.

El padre de Víctor se movió en su silla.

–Ya es suficientemente malo que seas policía como para que además te metas con fuerzas ocultas.

–Pensé que estabas orgulloso de mí.

–Y lo estoy, pero sé que este es un trabajo peligroso y hubiera preferido que estudiaras otra profesión, pero era imposible. Acepto que seas policía, pero no acepto que pelees en contra de cosas para las que no se te entrenó.

–¿De qué estás hablando?

–Si supiera de lo que hablo estaría algo más tranquilo. Hijo, deja esas muertes, es una orden. Esta noche quiero que tú y tu novia cenén en la casa por que tu mamá quiere verte y también es una orden.

–Papá, seguiré tu orden a no ser que llegue otra orden de la fiscalía. La segunda orden será cumplida de todas maneras.

Esa noche, poco antes de que llegara su hijo, el general Halt hizo algunas llamadas. Cuando colgó el teléfono por última vez, Víctor entró de la mano de su novia Isabel.

Algo despertó lleno de angustia a Martín, por más que lo intentó no pudo –o no quiso– recordar su sueño. Hubiera querido ir donde Emma y hubiera sido la primera vez que iba donde ella solo por querer estar con alguien, pero ella había partido a Calcupulli y era muy difícil que Martín volviese a ese lugar alguna vez, aunque el hombre que había probado ser el más leal de sus amigos estuviera allí.

Por primera vez desde la muerte de Francisca le invadía una sensación que tardaba en identificar y que alguna vez hubo de sentir, pues no le era del todo desconocida. Se levantó en medio de la noche y recorrió la casa, prometiéndose por enésima vez venderla cuanto antes, finalmente llegó al cuarto en el que solía estar su colección de *memorabilia* de ciencia ficción.

La colección se encontraba ahora en cajas de cartón cerradas que habían venido del departamento en el que se había refugiado cuando los problemas con su mujer se hicieron insoportables. Las cajas no habían vuelto a ser abiertas desde la última vez que habían salido de su sala de exhibición. Por un momento pensó en volver a armar la muestra, pero aquello que alguna vez le apasionó al punto de no temer al ridículo, ahora le era absolutamente indiferente, tan indiferente como todo lo demás.

Martín se preguntó si alguna vez volvería a trabajar siquiera. Tenía dinero suficiente como para vivir algunos años y si se administraba con austeridad, probablemente toda una vida, aunque sin demasiados lujos. Caminó hacia su estudio y comenzó a trazar líneas en una croquera con la esperanza de que se transformasen en alguna cosa digna de ser construida o al menos en alguna cosa digna de ser perfeccionada para que en algún momento diera lugar a un plano de un edificio, a su bosquejo siquiera.

Nada ocurrió.

¿Iba a consistir la existencia en esta constante apatía? Hubiera podido responder que sí, pero algo le había despertado sudoroso en medio de la noche y le había provocado angustia y la angustia, para él y en un momento como este era algo bueno y hasta el propio Martín estaba rudimentariamente consciente de ello.

Recordar lo que había soñado se volvía un imperativo vital. En algún lugar de su mente, sepultada en lo más profundo de su inconsciente existía alguna extraña razón para seguir viviendo. Si solo fuera posible recordar.

Martín y su inconsciente habían tenido alguna vez una relación amigable y más o menos fluida. Ciertamente es que se mantenía un cierto infantilismo en su manera de ser, una forma de mantener fresca esa cualidad que la mayoría de los adultos pierden y que los artistas conservan, de ello dependía su éxito y, siendo más precisos, su sustento. Martín se enfrentó a la croquera con el lápiz de carbón blando, ese que puede moverse casi al mismo ritmo del pensamiento y entonces una figura comenzó a aflorar: era el rostro de Francisca que desde ultratumba parecía mirarle.

El agotamiento le venció en el sofá y entonces se volvió a dormir.

Se vio de pie, en su estudio y entonces Francisca entró caminando por la puerta como si nunca hubiera muerto. Martín se volvió hacia ella.

—¿Por qué me abandonaste primero en la locura y luego con la muerte?

—Nunca hubiese querido hacerlo. ¿Cómo es dónde estás?

—No estoy en ninguna parte, estoy como en medio de un camino. Hay voces de gente que quiere que haga cosas y todo está muy oscuro.

—¿Tienes miedo?

Francisca se encogió de hombros.

—Más bien algo así como agotamiento, pero me han hecho bien tus palabras. Tu calor.

Martín sentía una suerte de calor recorriendo su cuerpo y era una sensación al mismo tiempo grata e infinitamente triste. De alguna manera parecía reconfortarles a ambos.

—Quisiera volver a besarte.

Cuando iban a juntar sus labios, un ave se interpuso entre ellos y se llevó a Francisca lejos, se escuchó que graznaba *tué-tué*.

Se despertó con sobresalto, desde la ventana, un pájaro negro graznaba como había escuchado en su sueño, pero en cuanto él miró por la ventana, el pájaro se alejó con un sonoro aleteo.

Las palabras permanecerían borrosas. Por eso, capturar la imagen del segundo sueño se volvió el siguiente imperativo. El carboncillo recorría el papel, vertiginoso, intentando atrapar la figura. Francis-

ca apareció vestida con aquel camión de raso celeste que tanto le gustaba, aunque el dibujo era en blanco y negro. Ese camión era el que tenía puesto cuando murió. Por ello era una imagen que hubiera querido olvidar.

Mientras dibujaba un pájaro negro se paró otra vez en la ventana y comenzó nuevamente a graznar en su forma desentonada. Martín dejó el carboncillo un momento y se acercó a la ventana mientras que el ave le observaba y graznaba, como si fuera el cuervo de Poe que quería decirle *nunca más*.

El ave y Martín se miraron con determinación. Se diría que el ave tenía sentimientos casi humanos y que trataba de quebrarle la voluntad, como si de un juego de póker o de una batalla se tratara, pero Martín permaneció tan firme que el ave tuvo que emprender el vuelo.

Volver a la consulta de doctor Andrade era algo difícil de evaluar como positivo. Hojeaba un libro de Artaud de la envidiable biblioteca del doctor. Alguna vez pensó que aquella biblioteca estaba solo para impresionar, pero que funcionaba para ese fin. La mirada de Martín se paseó por la consulta como si fuese a encontrar en algún lugar de la pequeña sala de espera alguna suerte de respuesta. Luego habló de todo sin hilar demasiado bien; las experiencias eran confusas.

–Usted podría estar en peligro, Martín...

Por un segundo que duró la eternidad, Martín creyó que por fin iban a entrar dos gigantescos enfermeros psiquiátricos que le pondrían una camisa de fuerza y que se lo llevarían para siempre de la sociedad de los hombres y mujeres sanos. Martín pensó que se trataba de un peligro debidamente tipificado en el DSM IV, que es la biblia que define la diferencia entre la cordura y la locura en todo el mundo. Se había familiarizado con su existencia –aunque no era un iniciado digno de tener el volumen en sus manos– durante la enfermedad de su mujer. Sin duda su delirio estaba tipificado, archivado, catalogado... no podía imaginar que Andrade hablaba de otra clase de peligro.

–¿Por qué? –Preguntó Martín con cautela, luego de que el segundo eterno por fin terminó.

Sin duda –creía –padecía de un trastorno unánimemente sancionado por la comunidad de la salud mental de todo el mundo. Se le escapó una sonrisa al pensar que miles de psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas o *‘psicologuesea’* se reunirían para contemplarlo como a un espécimen de estudio en una suerte de jaula de cristal, bueno, después de todo tal vez hasta fuera divertido.

–Sí, los malditos pájaros me persiguen a mí y a la gente que conozco... –recordó los rituales de Ítalo, que no podían ser sino el resultado de los temores supersticiosos de un cobarde, la botella de vodka y todo lo demás.

Pero los enormes enfermeros de blanco no entraron.

Su presencia hubiera sido tranquilizadora, mal que mal, la perspectiva de pasar el resto de sus días en un psiquiátrico hasta se había hecho deseable en los pocos segundos en que alcanzó a imaginarla.

–No creo que nuestra relación sea provechosa, Martín.

El médico quería negarse a tratarlo más. Luego del delirante relato que era obviamente el síntoma de una patología, el médico le decía que iba a dejar de atenderlo. Martín no sabía si esto era porque era un loco irremediable.

–Existe un diagnóstico para su condición, pero no soy quien para dar ese diagnóstico, alguna vez le di la tarjeta de una colega –el doctor Andrade abrió su escritorio y le entregó la tarjeta de Raquel una vez más– quisiera que esta vez acuda.

Martín se quedó observando perplejo al doctor Andrade.

–No veo como la medicina no tradicional...

–La medicina no tradicional es esta, Martín, esta que vivimos usted y yo en este momento. Este tipo de medicina no fue beneficiosa para los pacientes sino desde la década del cincuenta, antiguamente nos llamaban matasanos y con razón. Los médicos de antaño eran médicos integrales, holísticos...

La palabra «holísticos» era una cacofonía en el oído de Martín. Miraba al doctor Andrade como si le escuchara con interés, y disimulaba magistralmente su confusión, pero ya no confiaba en él. Acaso Francisca hubiera hecho bien en desconfiar de tan curioso personaje que le recomendaba la visita a una bruja, que por muy titulada de la facultad de medicina que fuera seguía siendo una bruja, o una mera curiosidad científica en el mejor de los casos.

El Martín de hace un año atrás hubiera acudido encantado, solo por la novedad y la posibilidad de descubrir algo de verdadera magia. El antiguo Martín tenía una colección de juguetes y se había aprendido de memoria *El Cuervo* de Poe y hasta era un poco infantil.

El Martín del presente miraba con compasión cómo su propio psiquiatra recurría a explicaciones banales. Enclaustrado en un nihilismo que se le había transformado en la única visión de mundo posible, contemplaba a su terapeuta hablar de explicaciones alternativas para cuestiones que ya no necesitaban explicación.

Francisca estaba muerta y se le aparecía en sueños simplemente porque la extrañaba. La única cura que necesitaba era en contra de ese sentimiento de echar en falta a alguien que simplemente ha dejado de existir y que no volverá nunca, ni en el cielo de los cristianos, ni en el último día de los musulmanes y los judíos. Las cosas simplemente carecen de sentido y no existe ninguna forma de justicia inmanente... aunque su rostro pareciera atento a las palabras de su desacreditado terapeuta.

Cuando el doctor Andrade hubo terminado, Martín sonrió con condescendencia. Su rostro, que aún conservaba los rasgos de un Martín anterior menos escéptico, le dio al doctor Andrade un gesto que aparentaba estar agradecido.

Salió de la consulta y como ya no tenía absolutamente nada que hacer caminó por la calle sin rumbo. Quiso beber algo más fuerte que café. La avenida El Bosque era demasiado estirada como para permitirse beber algo que no fuera café a esa hora de la tarde. Los que en la noche se convertirían en bares de *happy hour* para ofici-

nistas desesperados de aburrimiento eran, a esas horas, cafés para damas que tomaban el té o bien oficinas alternativas para ejecutivos armados de laptops que querían trabajar en un aire distinto. Beber otra cosa no se veía bien, pero Martín solo se dio cuenta de ello mientras todos observaban como bebía su Tom Collins. Mirando a su alrededor con indiferencia, decidió que el alcohol era el único medicamento que necesitaba y que era suficiente de terapias para él.

LAS ESPADAS SE CRUZARON en lo alto y el capitán Halt caminó con Isabel desde el altar hasta la salida de la iglesia. Mendelssohn, que había sonado frenético en su Marcha Nupcial, era reemplazado por un suave Avemaría. Caminar bajo la bóveda de acero le parecía algo un tanto peligroso a Isabel, sin embargo, era algo que debía aceptar si quería casarse con un hombre que luciera botones de plata.

La fiesta obviamente se celebró en el Club de Carabineros y casi todos los invitados del novio lucían uniformes de gala. Era aterrador para alguien que tuviera problemas con la ley, anticuado para alguien con ideas medianamente modernas, pero distinguido como solo las instituciones armadas saben serlo.

–Quiero ahora que hable don Sebastián –dijo el padre de la novia.

Para el general Halt fue difícil saber por unos instantes que don Sebastián era él. La mayoría de la gente se refería a él como mi general, su hijo le llamaba así o algunas veces papá, y su mujer y sus amigos cercanos simplemente Sebastián.

–Mi general –aclaró el padre de la novia, como si se hubiera dado cuenta de que su consuegro no estaba habituado al trato civil.

El general trataba de disimular su preocupación. Su influencia no era demasiada entre los fiscales y las llamadas que había hecho unos días antes no habían sido demasiado efectivas. Con aplomo sonrió y deseó muchos años de felicidad y prosperidad a la joven pareja, sin embargo, temía por la vida de su hijo más que si hubiera sido asignado a una misión encubierta entre narcotraficantes.

Por ello el general estuvo poco locuaz durante la fiesta y se retiró poco después de la escapada tradicional de los novios y apenas finalizaron los ritos nupciales.

Cuando el cabo Palma, de la tenencia de Calcupulli recibió el llamado del general Halt, se cuadró y saludó aunque el general no podía verle por el teléfono. La tenencia había quedado sin teniente y el cabo estaba a cargo. Calcupulli no era una localidad demasiado conflictiva, por lo que cabía esperar alguna demora antes de que algún teniente tomara el mando. El cabo había vivido demasiado tiempo en la zona como para saber que acerca de las muertes no debía investigar, sin embargo, la llamada de un general era algo sumamente excepcional para alguien como él. Estimulado, puso a los dos cabos segundos y al carabinero segundo a su cargo –toda la autoridad del pueblo– de cabeza a investigar las muertes que en el pueblo habían cesado ya hacía meses.

El único furgón institucional en funcionamiento –el otro no funcionaba– recorrió los horribles caminos en busca de alguna referencia acerca del hombre conocido como don Jacinto. Poca gente habló y la que lo hizo dijo cosas extrañas que llenaron de pavor al cabo primero Palma, quien si bien había sido un policía heroico, había perdido gran parte de su valor y aumentado mucho su superstición. Don Jacinto vivía en los lindes de la propiedad de Manuel, era un lugar apenas accesible y cercano al cerro que daba al pueblo su nombre infame. Palma hubiera querido ir a la iglesia a pedir las bendiciones del difunto padre Domínguez, pero el anciano sacerdote había sido reemplazado por un cura que decía misa los sábados, pues los domingos la decía en una parroquia que estaba en un pueblo más grande, mientras que en la semana se daba a veces la molestia de ir a los lugares aún más pequeños. La verdad era que el cabo primero hubiera querido acompañarse del sacerdote itinerante, pero el cura, ya para la época de la muerte de su antecesor, le había reprendido por su supersticiosa solicitud y le había dado por toda protección

unos escapularios y unos rosarios benditos que Palma repartió entre sus subalternos y que solo el carabinero segundo rechazó, puesto que era evangélico y su fe le impedía portar imágenes católicas.

Así, armado de símbolos y de las subametralladoras que casi se oxidaban en la tenencia, Palma fue a ver a don Jacinto.

El anciano le recibió con displicencia al mismo tiempo que con algo de intriga. Palma lo interrogó con moderada severidad, pues temía ofender al viejo mediero. El viejo no dijo nada, hasta que el nombre de Emma surgió en la conversación.

—La señorita Emma es la cuñada de mi patrón —se limitó a afirmar.

Palma no pudo sonsacarle nada más y en realidad no sabía muy bien qué más preguntar. Así fue que se retiró frustrado al mando de su pequeño pelotón e informó —contra la costumbre de seguir la cadena de mando y solo porque tenía órdenes estrictas— directamente al general de sus pesquisas, quien desde la capital parecía decepcionado, aunque no sorprendido y ordenó que remitiera los datos a su hijo.

Marcela se levantaba pasado el mediodía desde el regreso de su marido. Entonces trataba a su hermana con mucha menos consideración de la que trataba a las dos Marías y la transformaba en una suerte de sirvienta, sin que ella se atreviese a protestar. Salvo por las pocas veces que se atrevía a mirar al cerro, la estaba con su hermana la había tranquilizado, sentía que expiaba la muerte de Francisca que de alguna manera comprendía que era su culpa, pero la noche en que se encontró a don Jacinto en la cocina se sobresaltó.

—Yo esperaba que fuera discreta, señorita —Emma no pudo evitar temblar ante la vista del hombre que se había transformado en la imagen del demonio—. ¿Qué vamos a hacer?

—Disculpe... yo...

La mirada del anciano parecía de fuego, entonces Manuel entró y el anciano mudó su expresión.

—Don Manuel, cómo está.

—Muy bien, Jacinto, gracias —haciendo valer su autoridad feudal se sentó a la mesa frente a don Jacinto y luego se dirigió a su cuñada.

-Emma, creo que Marcela te llama.

Marcela huyó de la presencia de don Jacinto y los dos hombres quedaron solos.

-¿Jacinto, hace cuanto que vive en mis tierras?

-Desde antes de que usted naciera, patrón.

-Nuestras familias se han mostrado respeto desde hace mucho tiempo, nosotros a usted ni a los suyos jamás les hemos negado nada.

Molesto, pero cabizbajo, Jacinto asintió.

-Siempre fuimos respetuosos con ustedes y siempre las familias se han hecho todos los favores que han podido de acuerdo a las posibilidades, sabiduría y poderes.

Jacinto asintió nuevamente.

-El pacto ha sido ancestral, incluso desde antes de nosotros...

-Pero uno tiene sus reglas también pues, patrón.

-Pero entre gente de respeto, como nosotros, como los nuestros antes de nosotros, se pueden hacer concesiones, favores, buenos tratos.

Don Jacinto miró al suelo resignado ante una palabra dada por él mismo y por sus ancestros que era superior a la ley. Cualquiera que fuese esa ley.

-Sí, patrón.

-Emma, se habrá portado mal con usted, pero ella no sabía y ella es mi cuñada, ella es familia. La familia es importante, nuestras familias se ayudan desde hace muchos años.

-Pero es que ella habló, pues patrón.

-Pero es que ella es mi familia, en mi tierra.

Don Jacinto miró al suelo largo rato, le habían enfrentado a un código ancestral que no podía rechazar.

-Esa fue la palabra dada, Jacinto, hace muchos años. Ni mi familia, ni mi tierra.

-Fue pues, patrón, usted dirá.

-A usted lo escucho, Jacinto.

-También hubo promesas de silencio...

–Por eso estoy aquí, debemos solucionar este asunto. No queremos que la paz entre nosotros sea perturbada.

–Mientras esté en su tierra ella está a salvo, eso le puedo prometer, pero es que ella habló con la autoridad.

Esta vez fue Manuel quien miró al suelo por largo rato.

–Hay acuerdos, patrón, pero también hay reglas y usted lo sabe. Lo sabe mejor que nadie.

Manuel finalmente levantó la vista.

–Quedamos en eso entonces.

–En eso quedamos, patrón.

Jacinto le dio la mano a Manuel y se retiró de la casa. Manuel se quedó mirando la puerta por la que Jacinto había salido con preocupación. Finalmente solo se encogió de hombros y se preparó un pan amasado con mantequilla casera. La noche comenzaba a caer sobre la zona. Mientras Manuel se comía su pan se escuchó el canto *tué-tué* y varias aves alzaron el vuelo desde donde Manuel podía verlas. Sin inmutarse, Manuel continuó comiendo su pan en la cocina mientras las aves se alejaban.

–Se hace lo que se puede –murmuró con indiferencia.

El capitán leyó el informe con más atención de la esperable de un hombre que volvía de una luna de miel, pero la vaguedad del mismo era insoportable. Casi pensó en recomendar una sanción para el cabo.

El pobre cabo se había salvado por otro archivador que estaba en el escritorio. El archivador tenía una foto del *agente Mulder* de *Los Archivos Secretos X*.

La carpeta la enviaba su tío y para el capitán su significación era evidente. La advertencia era que evitara por todos los medios convertirse en algo parecido a *Mulder*.

Si Halt hubiera siquiera sospechado la más mínima conexión del asunto con lo paranormal, hubiera desistido inmediatamente de cualquier investigación, pero tales cosas estaban fuera de su cabeza pragmática. Que alguien muriese de una causa desconocida en su

guardia era ya lo suficientemente molesto, pero que un falso detective lo importunara era insoportable. No, para Halt no había nada sino algunos criminales ingeniosos.

El archivo enviado por su tío era claramente extraoficial y no era sino su sentido del humor en la fotografía de *Mulder* lo que hacía las veces de firma. Le sorprendió que el primer caso registrado era de 1815 y que en él se hiciera referencias a casos anteriores. Había descripciones de casos similares y testimonios con descripciones mucho más vivas de los acontecimientos, aunque le parecieron delirantes. Encontró de pronto una fotografía que le parecía familiar. No tenía otra para compararla, pero su ojo fisionómicamente entrenado de criminalista reconoció al Jacinto del minúsculo Calcupulli, donde no existen los desconocidos. El hombre además tenía el mismo nombre, pero la foto estaba fechada en 1924.

Halt quiso viajar cuanto antes al pueblo e interrogar al viejo Jacinto. Era la segunda vez que algo se relacionaba con ese extraño y molesto campesino. Las declaraciones tomadas en los procesos que se encontraban en la carpeta le parecían simplemente delirantes, pero una de ellas llamó especialmente su atención.

El relato hacía mención de un hombre llamado Manuel Aguirre, quien era un soldado venido desde España en 1770 aproximadamente y que deseaba como todos la posesión de una buena cantidad de tierra. Existía una zona llamada Calcupulli que no estaba en manos de los indígenas, pero que tampoco era interesante para los criollos ni para peninsulares. La leyenda, porque de una leyenda se trataba, decía que la zona era un reducto de *calcus* o brujos malignos. Estos brujos estaban confinados en la zona por el trabajo de un *machi* o hechicero llamado *Namuncura*, quien había puesto una suerte de sortilegio en la zona. Los brujos habrían pactado con Aguirre para que se deshiciera del *machi* y de esa forma permitiera a los *calcus* continuar con sus infernales prácticas. En un ritual secreto, los *calcus* se habrían comprometido a servir y cuidar a la familia de Aguirre, así como a darle la tierra que circundaba al cerro a cambio de su

ayuda. Que el hombre también se llamara Manuel, era otro dato interesante. Esperar que el apellido se hubiera conservado era mucho pedir, pero ¿tendría el actual Manuel Fernández algún parentesco con Manuel Aguirre?

La burocracia de una institución estatal estipulaba que cualquier investigación en Calcupulli debía ser encargada de oficio a la autoridad correspondiente. El cabo Palma era más bien un recolector de borrachos, perseguidor de cuatreros y en general más bien un patrullero que un investigador. Ir a realizar una pesquisa personalmente era poner en peligro la hoja impecable de servicios del cabo, quien a todas luces no era capaz de un trabajo como este. Halt descubrió que salir un fin de semana era más complejo estando casado y Calcupulli no tenía absolutamente nada de interés como para llevar de paseo a Isabel.

–Quiero comprar un departamento en Santiago –dijo Manuel durante el almuerzo–. Tendríamos un lugar al que llegar y ahora que Martín está tan deprimido no me dan ganas de alojarme en su casa.

Los ojos de Marcela brillaron. Durante años había tratado de convencer a su marido de ello.

–¡Sería excelente!

–Lo malo, Marcela, es que no me gustaría tener una propiedad abandonada prácticamente en la capital, es casi una invitación para ladrones.

Esa era la disculpa que el propio Manuel siempre daba a su mujer cuando ella le pedía comprar una propiedad, Marcela ya se había acostumbrado a la excusa.

–Pero, Emma ¿qué te parecería vivir en un departamento sin pagar arriendo? La única condición es recibirnos cada vez que vayamos.

Unos meses antes Marcela hubiera saltado de alegría ante la proposición, ahora, sin embargo, su hermana le provocaba emociones encontradas...

–No quiero abusar de ustedes –dijo Emma con cautela.

–No es un abuso, es un servicio que necesito para poder tener un lugar en Santiago. El pobre Martín está tan deprimido ¡hasta extraño sus conferencias acerca de *Star Trek*!

–Martín es otro, recuerdo que era casi un niño con sus juguetes y sus relatos de misterio, hasta era un poco aburrido y una evitaba tocar esos temas. Ahora está tan sombrío ¿crees que algún día se le pasará, amor?

Emma tembló ante el comentario de su hermana. Sabía de su responsabilidad en el estado de Martín.

–Espero... en todo caso no lo abandonaremos del todo. Pero volviendo al tema ¿vivirías en un departamento con esas condiciones?

–Me encantaría, pero me parece que estaría abusando de ti.

–No es un abuso, es mi familia y mi casa, es lógico que mi familia viva en mi tierra. No tiene nada de malo –bebió un sorbo de vino tinto y sonrió con satisfacción.

Manuel eligió y compró un departamento en un día, acaso un nuevo record mundial. También se encargó de la mudanza mucho antes de que ella tuviera que regresar. Nadie más entendió el porqué de su urgencia.

I I

HACÍA DEMASIADO TIEMPO que había dejado de ser grato, pero era un deber. Luego de comprar el departamento, Manuel se dirigió a ver a Martín. Era un rito entre ellos llevarse un par de botellas de bourbon y transformar la reunión en una borrachera propia de adolescentes para luego ser increpados por sus mujeres. En esos tiempos, claro, Martín no era aún un alcohólico, pero Manuel se sintió obligado a ir acompañado del señor *Jack Daniels* de todos modos. Él abrió al quinto timbrazo; la barba casi impedía reconocerle, estaba en pantuflas y no parecía haberse bañado.

Manuel lo abrazó con fuerza y no dijo palabrotas, hacía tiempo que trataba a su amigo con mayor delicadeza.

—¿Cómo has estado?

—Bien —dijo Martín encogiéndose de hombros.

En su camino al bar, Manuel se topó con la sala de exhibiciones y vio que las cajas no solo seguían ahí sino que además habían acumulado polvo, como todo el resto de la casa.

Martín enjuagó levemente unos vasos y luego de agregar algo de hielo sirvió los whiskeys. Manuel observó el vaso sucio y agitó levemente su bebida para que el alcohol lo desinfectara. Martín estaba sentado en uno de los taburetes tras el bar y Manuel estaba frente a él como si fuera un cliente en un bar comercial.

—¿Qué has hecho?

—Nada realmente, he estado pintando...

Manuel recordó cómo era la casa de Martín cuando Francisca vivía. A excepción de las comidas exóticas y frugales, era un lugar

al que daba gusto llegar, pero ya no se reconocía como la obra de arte que era, la alegría había desaparecido.

–Mañana enviaré los trastos de *Star Trek* al extranjero, es bueno ese sitio Ebay, me pagaron cerca de veinte mil dólares. Algún coleccionista chiflado.

–Tú eras un coleccionista chiflado.

–Sí.

–¿No quieres salir de aquí?

–Estuve leyendo un libro que hablaba de un hombre que, luego de la muerte de su mujer se había dado cuenta de que ya no podía seguir siendo hombre y se había cambiado de sexo.

Manuel bebió un sorbo algo más grande.

–¿No pensarás...?

–No. Pero pude entenderlo, tampoco quiero seguir siendo hombre, pero transformarme en mujer no ayudaría tampoco.

–Martín, huevón, nos vamos de farra con mujeres.

–Ya no tengo tanto dinero como antes, no puedo pagar una juerga así.

–Tío Manuel invita, te estás volviendo maricón.

–No había pensado cambiar de sexo, si eso te tranquiliza.

–Nos vamos.

–Si necesitas una excusa...

El lugar se llamaba *Papillón*. Las muchachas eran todas despampanantes. Las hormonas de Martín funcionaban bien a pesar de todo y comprobó como aún le quedaba libido mientras le manoseaba un seno a una de las chicas. Manuel le había dado a la más bella.

Luego de una transacción breve, Manuel se llevó a las dos mujeres a un motel –la casa de Martín era impresentable incluso ante cortesanas menos finas– y luego de pedir dos habitaciones, pues Manuel no tenía sexo delante de otros tipos, cada uno procedió a la acción.

Manuel pensó que la depresión de su amigo era una buena excusa para echar unas canas al aire y se dijo que invitaría nuevamente a Martín a una juerga como esa. Martín, por su parte, montaba con

furia y sin la más mínima preocupación por el placer femenino, por lo que acabó con rapidez.

–Eres exquisito, mi amor –le dijo la joven.

–No mientas, es la forma más torpe de tener sexo que he visto en mi vida.

–No es verdad, papito...

Martín miró a la muchacha, no tenía sentido discutir con ella.

–Anabela ¿verdad?

La joven asintió, aunque no era su verdadero nombre. Se llamaba Antonia, estudiaba psicología en una carísima universidad privada y si bien sus padres le pagaban sus estudios, ella se vendía por dinero para comer y para ropa, pero a Martín eso no le interesaba en lo más mínimo.

–Anabela, por favor ¿puedes pedir un par de tragos? O mejor una botella de algo.

A Anabela –o Antonia– le gustaba mucho más el alcohol que tener esa clase de sexo, por lo que inmediatamente pidió servicio a la habitación.

Cuando llegó la botella ambos comenzaron a beber.

–Salvo por una vez que fue por haber bebido, nunca engañé a mi mujer.

–¿Y ahora por qué lo haces?

–No la engaño, está muerta hace meses.

Cuando se acabaron la botella, ambos se pusieron a dormir con indiferencia.

Manuel y Martín se encontraron a la salida.

–¿Cómo la pasó, compadre?

–Bien –respondió Martín para no parecer malagradecido, pero la experiencia había sido más bien anodina.

–No ande pensando en cortarse nada.

–No pensaba hacerlo, solo te comentaba el libro...

–¡No quiero saber cómo se llama ese libro!

Fueron a una fuente de soda, Manuel quería un desayuno más abundante que el desayuno continental que ofrecía el motel.

–¿Haces esto seguido Manolo?

–No seguido.

–Salvo por Emma, esa vez en tu casa, nunca engañé a Pancha.

–Esa es fuerza de voluntad...

–No realmente. La verdad es que nunca se me pasó por la mente hacer algo así.

–¿Quieres que vayamos a comprarte un vestido?

–¿Por qué?

–Creo que te subieron los niveles de estrógeno. Acabas de estar con una minita que me costó... no te voy a decir cuánto me costó para que no te sientas culpable, pero en este país hay familias que viven un mes con eso y no demasiado mal.

–Gracias.

–La idea es que te pongas caliente ¡no romántica, niña por dios!

–No me molestes –rió Martín.

–Unas líneas estarían bien.

–¿Consumes cocaína?

–De cuando en cuando.

–Me sorprende la cantidad de cosas que no sé de ti.

–Bueno, son cosas que no se comparten con un niño bueno que tiene una colección de *Star Wars*.

–*Star Trek*.

–Da lo mismo. Un tipo que...

Manuel iba a decir: «un tipo que anda de la manito con su mujer para todos lados como si fueran novios adolescentes», pero se con-
tuvo justo a tiempo.

–Un tipo casado que se porta bien.

–Ahora soy un viudo que se porta mal.

–Esta noche me vuelvo a Calcupulli ¿por qué no me acompañas?
Martín quedó perplejo.

–No lo tomes a mal, pero no creo que vuelva a ir a tu casa en mucho tiempo, la verdad es que no creo que vuelva a hacerlo jamás.

Manuel engulló un gran mordisco de su sándwich de carne con queso y cambió de tema.

–¿No sigues viendo al loquero ese?

–No, me dio de alta.

Martín no quería decirle a su amigo Manuel acerca de las conclusiones ni las recomendaciones de Andrade. No podía admitir que le habían enviado con una especie de chamana para considerar la posibilidad de estar embrujado. Probablemente Manolo volviera a ser esa mezcla de antropólogo aficionado y campesino supersticioso que no soportaba.

Lo más terrible de todo eran los sueños. Los sueños eran casi siempre borrosos, pero entendía que Francisca le pedía ayuda en ellos. Rara vez recordaba las palabras, acaso porque su mente intentaba protegerse de los recuerdos mediante el olvido.

–Martín, estoy sola, tengo miedo. Algo así como miedo –eran las únicas palabras que recordaba y que todavía lo estremecían. Andrade le había derivado con otra facultativa que además era una bruja. Martín no creía en esas cosas, Martín no creía en la vida después de la muerte y este era un descubrimiento reciente. El coleccionista de juguetes de ciencia ficción jamás se hubiera llamado a sí mismo un ateo, tal vez un agnóstico, pero no era el tipo completamente escéptico que escuchaba en sueños a su mujer muerta pidiéndole ayuda. Martín era incapaz siquiera de ofrecer alguna plegaria porque había renegado en su alma de todos los conceptos posibles de Dios. Estaba muy claro que de existir alguna deidad, esta sin duda no le tenía a él en muy alta estima. El personaje del libro que había leído se había cortado los testículos de dolor y Martín se hubiera cortado las venas de haber tenido fuerzas para ello. La vida le parecía un sin sentido y cualquier esfuerzo era fútil. Si hubiera tenido al bebé que Francisca esperaba las cosas hubieran sido tal vez diferentes, pero ahora no tenía a nadie salvo a un amigo que lo sacaba de putas por compasión. Un buen amigo después de todo.

–Eres un buen tipo, Manolo.

Por un instante Manuel hubiera querido poder decirle a Martín todo lo que sabía, pero Martín era un escéptico y además no hubiera aceptado la relación que tenían la familia de él y los *tué-tué*. Martín no era sangre, ni era pariente político. El pacto no lo incluía y no había nada que hacer. Con todo, Manuel seguía sintiéndose responsable por el lamentable estado de su amigo y no supo qué responder.

–Perdona que no sea la compañía más divertida, pero es que todo se me ha vuelto tan difícil. Es como una carga que llevara siempre conmigo, es como... no importa.

–¿Lo curará una cerveza mañanera?

–Las cervezas mañaneras son el principio del alcoholismo, o sea una vuelta atrás... vamos.

Manuel durmió casi todo el trayecto a Calcupulli. Había tomado la precaución de viajar en bus, pues tenía planeada la juega de antemano. El bus llegó cerca de la media noche al pueblo vecino más cercano –no había un servicio regular de buses entre Santiago y Calcupulli– y al bajar vio estacionada la camioneta de su mujer que lo esperaba. En ella, sin embargo, estaba Emma.

–Vaya, qué sorpresa ¿y Marcela?

–Estaba cansada.

–Hacerse cargo del campo la agota, pero me alegro de que podamos hablar a solas.

–¿Qué me quieres decir?

–Vamos a la casa, en el camino te digo.

Incluso la camioneta de doble tracción tenía problemas con el infame camino, Manuel colocó un extraño medallón colgando del espejo.

–¿Qué es eso, Manuel?

–Emma, cuando vivas en el departamento en Santiago quiero que sigas algunas reglas.

Emma se arrepintió en ese mismo instante de haber aceptado la oferta de su cuñado, pero decidió escuchar lo que tenía que decir.

–No puedes llegar después de la medianoche, no puedes quedarte a alojar en la casa de nadie a no ser que sea muy lejos en el norte, en Argentina o al otro lado del océano.

–Disculpa, Manuel pero...

–Ellos no pueden cruzar una cordillera, un océano ni un desierto.

–¿Ellos?

–Sabes bien quienes son ellos Emma.

Emma frenó la camioneta y se quedó como paralizada, luego se inclinó sobre el volante.

–Siendo la hermana de mi mujer eres mi familia. Ellos respetan mi familia y mi tierra, pero están enojados contigo porque hablaste con ese teniente... ese que ahora es capitán.

–Halt.

–Sí, Halt. No puedes repetirle a nadie, ni a Marcela lo que voy a decirte. Ellos respetan mi familia y mi propiedad y se comprometieron a no tocarte mientras estés en mi tierra, por eso vas a vivir en un departamento de mi propiedad en Santiago ¿puedes conducir?

–No.

–Entonces déjame hacerlo a mí y por favor, ni una palabra.

Manuel salió de la camioneta y Emma se cambió por dentro de asiento. Él entró luciendo una amplia sonrisa.

–Entonces tú sabías...

–La pasé muy bien con Martín anoche, pero nos quedamos despiertos hasta tarde, solo quiero comer y acostarme ¿sabes que hizo de comida María Segunda?

–La mama María hizo cazuela.

–¡Que bien! Lástima que la pobre esté tan vieja. En cualquier momento se nos muere y el secreto de su cazuela va a morir con ella.

Emma y Manuel continuaron su viaje en silencio.

En la cocina Marcela lo esperaba sentada.

–Pensé que dormías, mi amor.

–Sí, pero me desperté, me da frío cuando duermo sola.

Marcela sirvió un plato de la célebre cazuela de la mama María y se sentó frente a su marido.

–Quiero tener hijos...

Manuel por un momento pareció sorprenderse, pero recobró la calma.

–Tenemos tiempo.

–No. Tú tienes tiempo para tener a tu primer hijo a los cincuenta años, como hizo tu padre, yo no tengo mucho tiempo más.

–Tienes razón, tengámoslo.

–Manuel, fui al médico en Santiago...

–No me habías dicho...

–No tengo ningún problema, pero no quedo embarazada, quiero que te hagas un conteo de espermatozoides.

–Bueno, cuando vaya a Santiago...

–Mañana acompaño a Emma a instalarse en el departamento, yo puedo llevar la muestra.

Manuel nada pudo ante lo decidida que estaba su mujer.

–Pues voy a necesitar estímulo para sacar la muestra.

Marcela sonrió coqueta.

–Eso puede arreglarse.

Marcela dio un beso profundo a Manuel, quien reaccionó conmovido.

–¿Sabes que eres una mujer excepcional? Te hiciste cargo del campo mientras estuve en Santiago, te viniste a vivir a este pueblo tan «divertido». La verdad es que me importas, Marcela y mucho, no quisiera que te pasara nada. Yo no conocí a mi mamá, la única madre que conocí fue la mama María. No sé si soportaría que te pasara algo...

–Millones de mujeres paren a diario, ¿por qué a mí habría de ocurrirme nada malo?

Manuel miró a su mujer con ternura. Si hubiera participado de una ética menos retrógrada, se hubiera arrepentido de haberse ido de

putas la noche anterior. En cambio pensó que la más cara de todas las mujeres de paga no se comparaba con su mujer, pero que de todas formas de vez en cuando era bueno variar. Un pensamiento semejante era lo más parecido a la fidelidad que se le podía pedir. Llevando el frasco para muestras, subieron al dormitorio.

MARTÍN SE LEVANTÓ ESA MAÑANA con algo menos de desgana. Frente al espejo del baño tomó su afeitadora y la pasó por su barba que ya casi parecía la de un rabino hasídico, además de que su cabello tenía ya un toque cristiano. Era la primera vez en meses que veía su propio rostro. Luego de ducharse partió en dirección a la peluquería en donde su cabello volvió a ordenarse.

Por alguna razón recóndita, el tratamiento de Manuel le había servido mucho más que las sesiones con el doctor Andrade. No es que se hubiera repuesto del todo, pero afeitarse la barba y cortarse el cabello eran avances ciclópeos para alguien en su condición.

Después, mientras paseaba por un parque cercano a la barbería se preguntaba cómo podía hacer para olvidarse para siempre del Martín que había sido para ser otro, sin que ello tuviera que ver con una orquidectomía ni ninguna mutilación semejante. Entonces en una esquina vio un pequeño local que se arrendaba. Tal vez una pequeña cafetería o un puesto de tulipanes, Francisca fantaseaba con que alguna vez tuvieran una tienda que vendiera tulipanes. Martín pensó que habría que vender algo más.

–No podemos poner una florería que venda solo tulipanes, es más, hasta podríamos poner una que vendiera solo rosas.

–Entonces ponen una florería que venda todo tipo de flores... y también tulipanes –respondió Francisca.

Martín sonrió.

–Eso es más plausible, pero ¿quién se va a encargar de regar las flores a diario y de cuidarlas? ¿Acaso tú?

–No, Martín, yo estoy muerta y atrapada...

Martín se despertó sobresaltado. Recordaba haber ido a la peluquería y haber visto el local en arriendo y también recordaba haber tenido la conversación con su mujer muerta. Su cabello estaba corto, por lo cual tenía que ser cierto.

¿Cómo había llegado desde la plaza a su casa?

–Pero si estás conmigo, ahora...

–Porque nos amamos mucho es que esta conversación es posible.

–Te extraño.

–Yo también.

–Me acosté con otra mujer ayer.

–Eso es bueno, ya no necesitas serme fiel, estoy muerta ¿recuerdas?

–Bésame.

–Ya no es posible, no tengo labios. Solo soy una sombra ahora.

Francisca había detenido un taxi y le había ordenado a Martín volver a casa. Desde el taxi, Martín la había visto desvanecerse. O eso creía, los recuerdos estaban borrosos y la experiencia era demasiado extraordinaria como para saber si era realidad o no.

Su teléfono celular sonó.

–Martín, estoy de vuelta en Santiago, pero me cambié de casa. Anota...

La llamada de Emma le devolvió en el tiempo y en el espacio a donde estaba y sintió nuevamente esa pesadez que le había hecho dejarse una barba rabínica. Anotó la nueva dirección y se tiró en la cama mirando el techo, planificando su propia versión del personaje del libro, siempre que no incluyera una castración de ninguna especie. Después de todo el sexo todavía le gustaba.

Llamó a la mujer que solía encargarse del aseo. Ella se quejó del desorden y la mugre hasta que él le ofreció pagarle el doble, sin embargo, no terminó de asear toda la casa y quedó de continuar al día siguiente –costaría el cuádruple. De nuevo debía ir a ver a Emma. No entendía por qué cada vez que ella le llamaba tenía que ir. La mujer ya ni siquiera le gustaba, pero por alguna razón continuaba sin poder negarse.

El nuevo departamento de Emma era enorme. Martín lo notó luego de besar en los labios a Emma y de ser interrumpido por una tos fingida de Marcela, que salió de un punto que no había advertido.

–¡Hola, Marcela!

El saludo sonó a disculpa idiota.

–Cómo has estado, Martín.

Marcela no sabía que esa era una pregunta difícil, por suerte para ella Martín respondió con un escueto «bien».

Los tres comieron una cena un tanto elaborada para una reunión informal. Fue cerca de la medianoche cuando él entendió que Marcela se alojaba allí. Pensó en llevarse a Emma a su casa.

Marcela hablaba del conteo de esperma que había mandado a hacer a su marido. No era una buena elección para la mesa y ella lo sabía, pero su deseo de ser madre podía más que sus buenos modales. El Martín anterior hubiera llamado a Calcupulli solo para incomodar a su amigo y hubiera causado una disputa de proporciones por las infidencias de Marcela acerca de su virilidad. Por fortuna para ella –hay que decir que tal vez era la noche más afortunada de su vida– ese Martín no estaba ahí.

Marcela los dejó solos. Martín se abalanzó sobre ella, pero fue rechazado.

–Marcela nos puede escuchar.

El rechazo tuvo un efecto inesperado en él. Inmediatamente perdió todo el deseo por una mujer que de pronto se le antojó antipática. Emma había olvidado que el rechazo terminaría con el efecto de aquella poción que le diera don Jacinto.

Soltó a Emma preguntándose cómo su deseo pudo haber desaparecido tan rápido. Sin mediar mucho tiempo más, simplemente se despidió. Besarla en los labios le pareció absolutamente fuera de lugar, pero sin embargo lo hizo por algo así como compostura.

Emma, sin embargo, nada notó.

La tarde siguiente, Marcela no cabía en sí de felicidad cuando le informaron por teléfono que el conteo de espermatozoides de su

marido arrojaba cifras por encima del promedio así como también la movilidad de los mismos parecía extrema. Con todo, no era normal que dos personas perfectamente saludables no tuvieran hijos después de tanto tiempo de tener relaciones sexuales sin ninguna protección.

–Queremos hacer más pruebas, señora. En todo caso, parece ser un caso extremo de mala suerte.

–Haga todas las pruebas que quiera.

Manuel recibió la noticia en Calcupulli con satisfacción, aunque se mostró inquieto ante la continuidad de las pruebas, Marcela no pudo notarlo desde el otro lado del teléfono.

Martín estaba totalmente impresionado ante la repentina falta de deseo por una mujer ante la que hasta hace algunas semanas no podía contenerse. Se sentía misteriosamente libre y su mente podía pensar con mayor claridad. Entonces fue que se dio cuenta de que sus últimas experiencias habían sido al menos excéntricas. Los malditos pajarracos que hasta el doctor Andrade pudo notar como algo necesariamente fuera del campo de la medicina eran un ejemplo. Había perdido la tarjeta, todas las tarjetas que el doctor le había dado de la doctora. Pensó en llamar a Andrade para pedirle nuevamente sus datos.

Pero sonó el teléfono.

–La doctora Millaray me manda llamarle por si acaso ya quiere concertar una cita, usted habla con María Helena... –parecía la voz de una mujer de edad la que le llamaba de la consulta. El hecho de que lo hubiera llamado justo en el momento en que pensaba en ir le hubiera sorprendido, pero habían ocurrido demasiadas cosas extrañas y esta era la menos rara hasta ahora.

Para Martín fue un poco frustrante encontrarse en la consulta de una oftalmóloga. Tenía una vista excelente, cuando una mujer quiso hacerle las pruebas previas en los ojos Martín se negó.

–Usted viene por la otra especialidad, ¿verdad?

–Sí.

–Tiene suerte, la doctora usualmente no atiende a nadie sin previa cita, pero hoy el día está flojo...

–Perdón, pero alguien me llamó de esta consulta para concertar una cita... ¿María Helena?

La mujer miró al suelo.

–A veces pasan esas cosas...

–¿Qué cosas?

–Nada, la doctora lo atenderá en unos minutos.

En la consulta había cartas de medición de vista y nada sugería algún vínculo con los aborígenes ni con nada de corte esotérico.

–Usted debe ser Martín.

–Sí, ¿el doctor Andrade habló con usted?

Raquel solo se sonrió.

–Andrade ¿cómo está él?

–¿No habló con usted? Yo no lo veo hace como un mes, creo.

–Entiendo. Cuénteme.

–Bueno, me trataba por una depresión con el doctor Andrade, mi mujer murió.

–Lo lamento ¿cómo murió?

–De una forma muy extraña, en Calcupulli.

La doctora no necesitó seguir escuchando para entender de qué se trataba el problema. Le sorprendió que Martín aún viviese.

–¿Y ha visto los pájaros?

–¿Por qué todos hablan de los pájaros?

Cuando Martín le contó el episodio del vodka, Raquel prefirió no explicarle nada más. Al menos no aún, y le entregó unas bolsas con ciertas hierbas. Solo entonces, Martín notó que era una mujer muy atractiva. De las hierbas unas debían beberse en infusión y otras quemarse sobre carbón, el cual ella también le entregó.

–Quiero verle en unas semanas. Algún fin de semana, es probable que debamos viajar a Calcupulli.

–¿Hierbas?

–Puede ser que también crezcan hierbas que necesitemos, por ahora solo haga lo que yo le digo.

–¿Qué tengo, doctora?

–Cuando esté listo podremos discutir diagnósticos, ahora, por favor haga lo que le dije.

–Si no es atrevimiento, puedes llamarme Martín.

–No lo es, pero haz lo que te digo.

Cuando en la recepción Martín preguntó cuánto debía, la mujer que le había recibido le dijo que solo una donación voluntaria.

–¿Por todo cobra así la doctora?

–No, solo por las cosas indígenas. Como oftalmóloga es cara.

Martín dejó de todas formas una buena cantidad de dinero, quería impresionarla, no podía saber que ya lo había hecho, aunque no de la manera que deseaba.

Emma sintió de pronto un retorcijón en su abdomen. La invadió una angustia indescriptible y la única palabra que salió de sus labios fue «Martín». Llamó por teléfono a su casa pero nadie contestó y el celular estaba apagado.

Sentía que el vínculo con Martín se rompía y sintió una verdadera angustia por verle. Estaba de nuevo en su trabajo así que debería esperar a la noche si quería encontrarse con él. Ya había abusado demasiado de la buena voluntad de Ítalo y pedirle otro permiso más podía llegar a poner en entredicho no solo su empleo, sino también su amistad.

Tuvo que esperar hasta las ocho para poder salir y entonces llamó con una incomprensible desesperación a Martín.

–Podrías venir tú a mi casa esta noche, no tengo muchas ganas de salir, estoy algo cansado.

Era la primera vez desde la muerte de Francisca que Martín la invitaba a su casa. Él no estaba demasiado seguro acerca de lo que era verdad o mentira, recordaba haber hablado con su mujer una tarde y que ella le había dicho que ya no podía serle infiel, pues estaba muerta. Martín no tenía muy claro si alucinaba o no y tal vez ya era momento

de volver donde Andrade, de no ser porque Andrade lo había obligado a ir donde Raquel, ayudado por una María Helena que hacía llamadas telefónicas desde alguna parte. De alguna manera estaba casi feliz. La muerte no parecía ser un obstáculo sino para las relaciones sexuales. Su mujer había pasado de los sueños a la vigilia como lo más natural del mundo y sus fantasías ahora se transformaban en una realidad posible. Si ponía una florería, se llamaría el Tulipán y ese nombre le llevaría a la quiebra con rapidez o tal vez no. Tal vez el secreto era poner una florería en otra ciudad ¿Barcelona tal vez?

Casi eran las nueve de la noche cuando el timbre de su casa sonó. Nunca nadie llegaba sin avisar y casi nadie con aviso desde hacía mucho, pero de todas maneras le costó recordar que había citado a Emma en su casa esta vez y se arrepintió de haberlo hecho.

Cuando abrió la puerta ella se arrojó a sus brazos sin darle la oportunidad de decir nada pues sus besos le inmovilizaron sus labios. Era lo óptimo, pensó él, pues ya no tenían demasiado de qué hablar y las palabras solo entorpecían una relación destinada a ser meramente carnal.

Lo hicieron varias veces con ella montada sobre él y sin cambiar de posición. Finalmente, luego de unos gritos increíbles, ella se tiró a su lado jadeante, pero con una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo estuvo Calcupulli?

—Una lata, como siempre. No quiero volver nunca más, pero seguro que voy a tener que hacerlo... mi hermana vive allá y... el departamento...

Emma no pudo terminar la oración pues se durmió pronto. A Martín le pareció bien y se durmió de inmediato dándose la vuelta para el lado opuesto.

El celular sonó y al contestarlo, Emma se dio cuenta de que caminaba sola por la calle.

—Emma, recordarás que te dije que debías dormir siempre en el departamento y nunca llegar a tu casa después de la medianoche ¿dónde estás ahora?

Emma miró a su alrededor, caminaba por las calles cercanas a la casa de Martín.

–En la calle.

–Corre como si tu vida dependiera de ello hasta donde haya gente y toma un taxi al departamento ¡ahora!

Emma escuchó el graznar *tué-tué* a sus espaldas y sin esperar más corrió como alma que lleva el diablo, con todas sus fuerzas hasta que por fin llegó a una calle de pubs concurrida y allí hizo parar un taxi. El graznido de los pájaros era parsimonioso. Parecía como si estuvieran jugando al gato y al ratón y le dieran una pequeña oportunidad de salvarse para hacerlo más divertido.

El taxi recorría las calles rutinariamente, Emma podía a ver a los pájaros siguiendo al vehículo con tranquilidad. Las ventanas cerradas no le dejaban escuchar su graznido, pero ella podía imaginarlo. Un fuerte golpe hizo que él conductor perdiera casi el control del taxi.

–Juraría, que un tipo saltó encima del techo, señora.

Que le dijeran señora hacía de la situación algo indignante además de aterradora. El taxista detuvo el auto. No había nadie sobre el techo, pero cuando observara con mayor detención al día siguiente, descubriría las dos huellas que habían abollado su auto. Siguió avanzando con tranquilidad, mientras Emma veía que los pájaros estaban tras ellos.

El taxi finalmente se detuvo enfrente del edificio. Emma miró alrededor, pero los pájaros no estaban.

Temblaba.

El taxista le preguntó si se sentía bien y entonces ella escudriñó en su cartera hasta encontrar un par de billetes que le pasó sin ver.

–Quédese con el vuelto.

–Señorita, le faltan...

El taxista le mostró los dos billetes y efectivamente le faltaba uno más de los mismos si quería pagar. Buscó nuevamente y esta vez encontró un billete más grande.

–Quédese con todo.

Emma sin poder más rompió a llorar.

–¿Puedo hacer algo?

La caballerosa ofrenda del taxista sonaba baladí. Se había vuelto hacia atrás y Emma pudo ver en sus ojos una verdadera preocupación que le hizo intentar decirle que la perseguían unos seres terribles, que podían cambiar de forma y a quienes ella había traicionado por accidente. No podía decirle tal cosa. No fuera que lo transformaran a él en víctima también. Este pensamiento altruista la sorprendió a ella misma. Miró a su alrededor y no parecía haber nada. Se despidió con amabilidad del chofer, quien creyó ver en los ojos de Emma toda la ternura disponible en el mundo. Con las llaves en la mano, corrió para alcanzar la puerta, pero cuando iba a meterla en la cerradura. Don Jacinto le cerraba el paso.

–Tanto tiempo sin verla, señorita Emma.

Emma sonrió. En su resignación casi había dejado de tener miedo, pero casi no era suficiente.

LLAMARON A HALT TEMPRANO a su oficina. Había una muerte relacionada con las que él había investigado. Esta vez tenían un testigo.

Marcos, el taxista, se había quedado observando como Emma llegaba a la puerta del Edificio y había visto como un hombre la había interceptado justo en la entrada. Por radio había pedido que llamaran a la policía y estaba pronto a defender a la mujer que había transportado. Entonces vio el torbellino de pájaros volando a su alrededor... y vio como se transformaban en hombres. Una fuerza superior a él mismo le dijo que huyera de ahí y lo sacó de un corto, pero profundo estado de shock. Lo detuvieron por exceso de velocidad a varios kilómetros y solo entonces supieron que él había hecho la llamada a emergencias.

Lo que contaba no parecía tener sentido, pero encontraron un cuerpo momificado y sin los ojos en donde él había indicado. Lo retuvieron en un cuartel de investigaciones mientras repetía su absurda historia una y otra vez. No quería irse ni había pedido un abogado, por lo que pudieron interrogarlo muchas veces mientras temblaba.

A Halt no le hacía gracia que el primer testigo ocular, por muy delirante que fuera, estuviese en manos de la policía civil. Ellos lo habían localizado por las muertes informadas por él en Calcupulli así como por la muerte de Elcira. Halt llegó al cuartel molesto y pidió hablar con el testigo, quien todavía estaba ahí y que no tenía la menor intención de irse.

—¿Puedo quedarme un poco más?

Rara vez alguien quiere quedarse en un cuartel policial. Halt extrañó el típico: «¿ya puedo irme?» tanto de testigos, como de delincuentes. Todo el mundo a excepción de la propia policía tiene algo mejor que hacer que estar sentado en una sala de interrogatorios. Marcos, sin embargo, no tenía la menor intención de salir. Halt sintió que de haberlo amenazado con alguna pena tampoco se hubiera asustado. Le habían dado una taza de té o café, que ahora se encontraba vacía. Halt le preguntó si quería algo más, pero el taxista simplemente negó con la cabeza. El hombre era una víctima y no un victimario, podía haber sido un ejemplo de libro de texto. Repitió su versión. Ya le habían dicho que Emma había muerto.

—Era una mujer hermosa ¿sabe?

—La conocía.

—¿De dónde?

Halt no respondió.

—Supongo que no es asunto mío.

—¿Qué pasó?

—Ya lo dije, no me creen y tampoco me extraña que no lo hagan.

—Su testimonio es dudoso.

—Lo sé. Me gustaría que me dijeran que me van a detener, que me van a secar en la cárcel.

—¿Mató usted a la mujer?

—No.

—¿Por qué habríamos de encarcelarlo entonces?

—No quiero salir afuera, en la cárcel estaría seguro ¡esas cosas!

Marcos buscó un cigarrillo entre sus bolsillos y pidió permiso para fumar pese a que un enorme cartel lo prohibía, el capitán se lo concedió.

—Seguramente piensan que estoy loco y que la maté yo. Esas cosas van a buscarme, a lo mejor no me vieron o no vieron la patente del taxi. Bajaron como pájaros y se transformaron en hombres enfrente de mis ojos. Esas cosas no son ni pájaros ni hombres ¡no se puede estar seguro de nada!

Marcos comenzó a llorar. Nada lo había preparado para una visión semejante. Halt supo que el hombre decía la verdad o más bien lo que para él era verdad.

El comisario de investigaciones se sentó en su escritorio y dejó la sobaquera sobre él. No estaba acostumbrado a ser tratado por su rango, era de la policía civil y los policías civiles se trataban simplemente de señor.

—Es un problema, capitán. No quiero investigar una cosa así. A lo mejor la justicia se las arregla para meter preso al hombre, pero no creo que él haya sido.

Alguien le llevó un café al comisario y otro al capitán, que vestía su uniforme. El cuartel bullía con actividad.

—Supe que investiga muertes parecidas que empezaron en un pueblucho del sur ¿no?

—Así es.

—¿Quiere comer algo? No tomé desayuno.

Halt y el comisario salieron hasta un lugar algo lejano del cuartel. Era evidente que el comisario no quería ser escuchado por sus colegas. Cuando entraron el policía civil pidió un sándwich que debiera ser declarado ilegal, mientras que Halt se limitó a otra taza de café. La envergadura del comisario Domínguez —ese era su apellido— hacía que verle comer destrozara el apetito, especialmente si se comía a deshoras.

—Siempre a algún colega le toca un caso como este, especialmente en los pueblos perdidos, ahora, con casos en la capital... —el comisario se interrumpía para comer— el asunto se va a poner peliagudo y no tengo ninguna intención de trabajar en un caso como éste. Así que si usted quiere el caso, le voy a ahorrar el clásico conflicto entre las policías.

—Pero colaborará...

El comisario miró al capitán y se le escapó una sonrisa.

—Los documentos estarán en su oficina hoy, no sé a qué hora, pero ahí van a estar. Fotos antecedentes y el informe médico cuando

esté listo le va a llegar a usted directamente. No sé cómo más puedo colaborar.

–No sé ¿sabe de casos similares?

–Casos huevones de los *Archivos Secretos X*. Comentarios, chismes. Leyendas, son malditas leyendas. Si alguien viera un barco fantasma o un platillo volador nadie informaría nada, pero con esto muere gente y cuando la gente se muere la cosa se pone seria. Ahora más encima tiene un testigo que podría terminar siendo inculpa-do... –comió otro gigantesco bocado– pero el médico tampoco va a determinar la causa de la muerte.

–¿Cómo lo sabe?

–Porque llevo años de circo ¿o acaso se pudo determinar la causa de las muertes que usted investiga?

Halt sorbió lo que le quedaba de café.

–No.

Una mirada y un gran mordisco a su sándwich fue toda la respuesta de Domínguez.

–Nosotros también tenemos tipos como usted en nuestras filas.

–¿Cómo así?

–Gallos que son estudiosos desde el principio en la academia, que trabajan tarde, que toman los turnos de noche, que resuelven todo lo que les dan para que resuelvan. Tipos ambiciosos, esforzados, detallistas e idealistas. Tengo cuánto ¿quince años más que usted? Y tenemos grados equivalentes. Seguro usted hizo todos los cursos de perfeccionamiento y postuló a ellos desde que salió de la escuela matriz. Le apuesto a que se fue a un pueblucho para hacer soberanía y ser la presencia policial en las zonas remotas ¡por suerte la policía civil no tiene que hacer eso! Pero de todas maneras vemos cosas raras... Mire, mi objetivo en la policía es poder jubilarme sin que me peguen un tiro antes y sin tener problemas. Usted y yo somos diferentes. Usted es un oficial de excelencia y yo un detective mediocre que resuelve muchos casos de homicidio porque los asesinos son unos imbéciles, partiendo porque asesinan. Nunca he tenido un

caso tipo *Sherlock Holmes* ni tipo *Columbo*. A todos los homicidas los atrapamos en cuarenta y ocho horas o menos, excepto por los crímenes de pandillas, porque a esos los dejamos matarse entre ellos porque a nadie le importa... a mí, por lo menos, no. Un pandillero menos es menos trabajo.

Halt miraba sorprendido al detective. Él era un pundonoroso oficial de Carabineros y si bien también los había mediocres, no era su caso. De todas formas, era demasiada desfachatez confesar tan a rajatabla y casi con orgullo la mediocridad.

–Usted debe odiarme.

–No.

–Dije que era un detective mediocre, no uno malo, pero no importa, yo también odio a los tipos como usted, esos que nos hacen quedar mal a todos los que nos esforzamos por hacer un trabajo lo más mediocre posible. Los típicos tipos que cuando ascienden dos grados más que uno dejan de llamar por teléfono si uno no los alcanza, pero ¿sabe algo? Tengo dos hijos. Uno entró a la universidad, a medicina y al otro le va bien en el colegio y no quiere ser detective. He podido estar con ellos porque soy un detective mediocre y no un neurótico de la excelencia. Yo saco la vuelta, si puedo irme más temprano me voy temprano, pero usted me cae bien.

–Dijo que odiaba a los tipos como yo.

–Pero no a usted personalmente, además usted es uniformado y yo civil, no es competencia, son dos instituciones separadas.

Halt no sabía qué pensar del hombre que tenía enfrente.

–Yo era como usted, antes, al principio, pero mi mujer me dejó y se fue con un tipo que resultó ser un narcotraficante. No tuve el placer de pescarlo personalmente, pero sí pude verlo tras las rejas. Ella volvió conmigo y yo la acepté, pero ahora me preocupaba de pasar noches con ella y de cumplir con las obligaciones de casado... y me pagaron lo mismo en el trabajo, hice menos cursos, pero me ascendieron como esperaba...

–¿Por qué me cuenta esto?

–Porque quiero invitarlo a que sea mediocre. Nadie va a reconocer su trabajo, nadie le va a dar ni las gracias ni nada de nada. La gente le debe gritar cosas cuando anda en la calle. Le pagan más o menos lo mismo que a mí por ver mierda. Si se mete en un caso como este no va a sacar nada en limpio.

–Hay algo que no me cuenta, Domínguez.

Domínguez apuntó con el dedo al capitán.

–Ya veo que no te dieron el grado de capitán por ser hijito de tu papá –dijo tuteándolo sin aviso.

La frase «hijito de papá» irritaba de sobremanera a Víctor Halt. No sabía si Domínguez se estaba burlando de él o no, pero estuvo a punto de golpearlo. Finalmente se pudo contener y reaccionó con silencio.

–Te pareces a alguien que conocí hace mucho, el niño era igual a ti. Era hijo de un prefecto y también le ardía el agujero del culo cuando le decían «hijito de papá». No tenía muchos amigos por ser a la vez aplicado y además hijo de un prefecto, que es lo mismo que un general –Domínguez aclaraba como si Halt no lo supiera–. Nos hicimos amigos porque yo era aplicadito todavía en esa época y tampoco tenía muchos amigos ¡Ese tipo sí que era un auténtico *Holmes*! Yo me sentía como *Watson*. Cuando yo iba él venía de vuelta. Tenía lo de ser detective en la sangre igual que tú –el tuteo ya no tenía ningún pudor– que tienes el ser carabinero en la tuya–. Domínguez terminó su sándwich, pero para sorpresa de Halt, pidió un trozo de pastel.

–Este tipo era un verdadero genio –continuó Domínguez con la boca llena ahora de dulce–, un verdadero genio policial. Nos trasladaron al sur, a Victoria que está cerca de tu pueblecito, relativamente cerca y ahí empezaron a aparecer.

–¿A aparecer?

–Los muertos, fueron seis muertos. Partieron en las afueras de Victoria y la gente le empezó a echar la culpa a unos brujos ¡Brujos! Juan Pablo se obsesionó con el tema. «Nada de brujos a mí» me decía. Pero nadie encontraba las causas de las muertes y las escenas de los

crímenes eran confusas. Juan Pablo hizo ir expertos de Santiago, no encontraron nada, también quiso hacer venir a expertos extranjeros, pero el gobierno no lo permitió.

Domínguez terminó su trozo de pastel y por fin pareció haberse saciado, al mismo tiempo que miraba por la ventana.

—¿Y qué pasó?

—¿Eh?

—Con su colega.

Domínguez pidió un café y encendió un cigarrillo, era la hora del cambio de vicios.

—Pasó que se fue a perseguir a los brujos al mismo pueblo, allá apuntaban todas las declaraciones. Se le ocurrió que a lo mejor había algo de verdad en lo que decía la gente, además de que no teníamos ninguna otra pista para seguir y fue. Nos alojamos en el retén de carabineros del pueblo, nos trataron bien, pero no era cómodo.

—Ahora es una tenencia.

Domínguez aspiró una bocanada de humo y con la colilla del cigarrillo encendió otro más. No hizo caso de lo que comentó el capitán.

—Los carabineros de la zona habían escuchado y hasta sabían quién tenía fama de brujo, le hicieron una lista a Juan Pablo. Eran como cincuenta tipos, todos hombres y se decía que se juntaban en el cerro del pueblo. Generalmente eran inofensivos, pero cada cierto tiempo necesitaban sangre, eso decía la leyenda y la gente de la zona. Había sortilegios estúpidos y no muy efectivos para alejarlos. Pero Juan Pablo no iba a creer en sortilegios, él creía que ser policía era una ciencia y que no había «huevadas sobrenaturales y que si las hay me protegerá la virgencita» como decía. Pero el cerro era propiedad privada, era de un tal Manuel Fernández. El viejo era dueño del pueblo y toda la gente trabajaba de una u otra manera para él. Había que pedirle permiso para subir al cerro. Dijo que no. En el pueblo rumoreaban que esa familia tenía pacto con los brujos desde la colonia.

Domínguez pidió otro café y encendió otro cigarrillo más. Tosió, parecía haber excedido su cuota, pero se veía que era demasiado ansioso para evitarlo.

—Juan Pablo volvió a Victoria a pedir una orden judicial, la dilataron, pero se la dieron. Volvió al pueblo y a mí me mandaron a llamar de Santiago, me trasladaban de nuevo. Lo que pasó después es lo que me contaron... y lo que leí. Juan Pablo tuvo la idea de acchar primero el cerro a escondidas, él lo anotaba todo en una de esas libretitas chicas y yo la tuve en mis manos y la leí... Dice haber visto una escena muy similar a la que vio nuestro taxista detenido, él dice que no se la creyó y que al día siguiente fue a tratar de desmontar lo que hubieran usado para el truco, pero no encontró nada. Nada más anotó: «eso solo prueba que son muy ingeniosos».

—Eso es lo que yo creo también...

Domínguez miró a su interlocutor.

—¿Seguro que no eres pariente de Juan Pablo?

—Quién sabe ¿cuál era su nombre completo?

—Debiera tener algo para brindar por él si voy a pronunciar el nombre del mejor detective que yo he conocido —pidió un par de cervezas.

—Se supone que estamos de servicio.

—Puedes beber solo un sorbo. Juan Pablo fue después al cerro con el piquete de carabineros del pueblo, no encontraron nada, pero él creía que debía escalar hasta la cima y para eso debía pedir equipo especial y gente especial. Don Manuel Fernández estaba hecho una furia. En Santiago me tocó examinar sus pedidos y tramitar algunos con rapidez y lo hice.

Las cervezas llegaron a la mesa y Domínguez bebió un sorbo que bien podía valer por cuatro de un hombre normal.

—Después desapareció.

—¿Cómo desapareció?

—Desapareció así como que nunca más lo encontraron. Encontraron su pistola, su placa, su cuaderno con notas, pero él nunca más

apareció. Se movieron fuerzas de todo el país, porque no nos gusta que mueran detectives, pero nada, jamás lo encontraron.

–¿Revisaron el cerro?

–Fue imposible.

–¿Por qué?

–Todo fallaba. Un helicóptero que debía sobrevolarlo no partió, además empezaron a tener miedo, surgieron casos de archivo tanto en Carabineros como de nosotros, casos antiquísimos. La gente se asustó y nadie quiso seguir. Hasta el prefecto Azkárate dijo que no quería que se siguiera. Que podía morir más gente.

–Perdone ¿su amigo era Juan Pablo Azkárate? ¿El inspetor Azkárate?

–¡Salud! –Asintió Domínguez

Se arriesgaba a una sanción si alguien lo veía bebiendo con uniforme, pero Halt se permitió un pequeño sorbo.

Luego, en los antiguos archivos en papel de la policía civil, el capitán pudo comparar que los rostros del Azkárate desaparecido y del que había ido a verle eran el mismo.

A PESAR DE TODO MARCELA no sollozaba. Había negociado el perdón por demasiado tiempo y ahora le dolía no haberlo dado.

El féretro blanco –Emma siempre dijo que quería ser enterrada en un féretro blanco, como si morirse fuera un evento *fashion*, y que todo el mundo o al menos las mujeres fueran vestidas de blanco –descendía con el misterioso mecanismo que hace parecer que los féretros se hunden con parsimonia y delicadeza por sí mismos. Manuel sujetaba los hombros de Marcela y ella se sujetaba de sus enormes manos. Ahora él era todo lo que ella tenía en su vida. Había primos, tíos y parientes, pero eran familia lejana. Emma era todo lo que quedaba de su familia inmediata y ahora se había ido. Marcela sintió una especie de frío en el corazón... pero estaba segura de que había cierta justicia en los acontecimientos, aunque también sabía que ello no tenía realmente ningún sentido.

Ítalo hizo sonar un tema de Madonna que no podía estar más fuera de lugar a no ser porque era –según él– la última voluntad de la difunta; cosa no probada, pero no del todo improbable. Martín estaba de pie con aspecto de que la muerte se había hecho demasiado familiar para él. No hablaron hasta que volvieron al departamento.

–No voy a volver a acostarme con una mujer nunca más... creo que traigo mala suerte –le dijo esa noche a Manuel en su casa.

–No es tu culpa, Martín –dijo Marcela, que había estado tan taciturna que los hombres casi habían olvidado que también estaba ahí– no es culpa de nadie sino de ella.

–¿De ella? –Preguntó Martín–. ¿Cómo de ella?

–De ella y Manuel lo sabe... y no puedo hacer nada...

Manuel casi se atragantó con su propia saliva.

–¿Yo?

–No soy tonta, parezco, pero no lo soy... me voy a la cama.

Manuel miró a Marcela sin saber qué responder, ella se metió a una habitación del departamento y la cerró para dormir.

–No creo que sea una tonta –dijo Manuel.

–Tal vez es algo que debes decirle a ella y no a mí.

Manuel encendió un cigarrillo.

–Las mujeres de por aquí son excepcionales ¿sabes?

–¿De dónde de por aquí?

–Las mujeres de la ciudad, de las ciudades en general, no se parecen a las mujeres de campo, las mujeres que conocí cuando era niño.

–No conocí mujeres cuando niño.

–Debiera decir joven, pero eso sería aceptar que ya no lo soy. Digamos adolescente, escolar. Las mujeres de Calcupulli no son como éstas.

–Estás hablando como un huaso campesino otra vez.

–Ya no soy un huaso campesino. Mi padre era un huaso campesino, mi abuelo, todos, pero yo no. Ya no.

–Entonces no hagas comentarios de huaso campesino –rió Martín– ¡Son lindas las niñas de la capital!

–¿Crees que Marcela es una mujer excepcional? –Curiosamente la burla no le hizo ninguna mella.

–Supongo que sí... sí, de todas maneras. Irse contigo a vivir en los quintos infiernos por amor, abandonando una promisoría carrera en algún lugar civilizado... supongo que es algo excepcional.

–Debí de haberme casado con Emma en lugar de Marcela.

Martín no supo que decir a su amigo, quien siguió pensando en voz alta.

–Sí, esa mujer no se hubiera perdido de nada en Calcupulli, no era muy brillante después de todo. Podría haber vivido en el campo, se hubiera aburrido, pero la entretención se compra. Hubiera tenido a mi hijo y hubiera sufrido todas esas cosas...

-No te entiendo...

-Marcela quiere un hijo.

-Pues dale un hijo.

-No entiendes.

-No realmente.

Manuel encendió otro cigarrillo.

-Mi madre murió cuando yo nací.

-Pero eso no significa que ella...

-Mi abuela murió cuando nació mi padre y mi bisabuela cuando nació mi abuelo.

Martín miró a su amigo confundido.

-Pues se trata de una triste coincidencia, pero ¿no pensarás que es una especie de maldición o algo así?

-Algo así...

-Perdona que te lo diga, pero sigues siendo un huaso campesino y supersticioso.

Manuel miró a Martín con tristeza.

-Ojalá tuvieras razón. Preferiría tener un hijo con cualquier otra y dárselo a Marcela para que lo críe. No quiero que ella pase por ese trabajo.

-Por alguna razón extraña, las mujeres, al menos muchas de ellas, desean embarazarse y parir, supongo que se trata de un instinto de supervivencia de la especie ¿no?

-Pero yo no quiero que muera.

-Las mujeres tienen cuerpos diseñados para eso. No mueren muchas durante ese proceso.

-Pero lo que te he contado...

-Una serie de mujeres dando a luz en las condiciones de un pueblo de mierda. No puedes seguir creyendo tantas...

-A veces tienen ojos y no ven ¿no has visto cosas extrañas?

-Sí.

-¿Cómo te las explicas?

–No me las explico, Manolo, me las trago y me doy cuenta de que pasan por que nada tiene ningún sentido. No sé por qué pasan, no sé cómo pasan, pero sé que no pasan por razones mágicas...

–¿Cómo lo sabes?

–Porque no existe la magia, ni las maldiciones ni nada. Porque pasan cosas raras, porque ese capitán va a descubrir una idiotez que explique todo esto algún día y aunque no la descubra nadie, no por eso dejará de existir una explicación razonable.

–Me pregunto quién de nosotros es el huaso campesino que se aferra a lo que conoce...

–Con todo respeto, Manolo, la filosofía simplemente no te queda. Eres demasiado grande, demasiado gordo, demasiado rosado como para que las reflexiones profundas te suenen creíbles.

Manuel se echó a reír.

–O sea no me crees por mi contextura y color.

–Eres del tipo que puede beberse una botella de whisky y seguir en pie. Eres el que come más salchichas, pero no eres el pensador más profundo, nunca lo fuiste y no tienes edad para empezar en eso a estas alturas... mejor bebamos algo por Emma.

Martín sirvió dos vasos de bourbon y bebió.

–No seas tan cruel con Manuel.

La voz sonó con naturalidad desde un sillón que debía de estar desocupado. Allí estaba de pronto Francisca, sentada con su mirada algo entristecida. Manuel parecía haber desaparecido de pronto.

–No lo seas, aunque lo merezca, él ha visto cosas.

Martín se llevó el vaso de bourbon a los labios y sintió el ardiente sabor del licor con demasiada fuerza como para que se tratara de un sueño.

–¿Estoy loco?

–No, Martín, pero debieras escuchar a Manuel, a Andrade, a Raquel...

–¿Sabes todo eso?

–Sí, eso y muchas cosas más, pero necesito que le creas a tu amigo Manuel, al menos que le creas en parte, así después vas a poder ayudarme.

–¿Ayudarte? ¿Cómo?

–Es largo de explicar, pero aún aguanto.

–¿Qué aguantas?

De pronto sonó algo extraño. Manuel ponía la radio. La música sonaba ajena, como producto de una cultura desconocida de ultramar, aunque no era sino un hit del momento.

–¿De verdad crees que soy demasiado brutal para reflexionar?

–Manuel continuaba con la conversación de antes de que apareciera Francisca.

–No realmente, creo que sabes muchas cosas que yo no.

–¿En qué quedamos?

–*¿No hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que conoce tu Filosofía?*

–¿No es la más cliché de las citas a Shakespeare?

–No, Manuel, la más cliché es *ser o no ser*. Ésta viene siendo la segunda.

–Mejor bebamos algo más –dijo Manuel y procedió a llenar los vasos de bourbon.

Ya cuando Martín hubo salido, Manuel quiso acostarse al lado de su mujer a dormir, pero ella no dormía.

–Martín tiene razón, Manuel.

–Pensé que dormías.

–Quiero tener un hijo.

Manuel palideció.

–No voy a acabar como tu madre o tu abuela.

–O mi bisabuela... siempre pasa lo mismo.

–No, no esta vez.

–Vives en un mundo que ya no existe, en mundo en el que nada cambia, un mundo en donde dinastías de señores son servidas por dinastías de sirvientes... tú eres el señor, pero también está todo po-

blado por demonios y seres malignos que hacen que ocurran cosas inexplicables...

Manuel dijo que tenía sueño.

Martín se subió a un taxi.

Ya casi no conducía. Las cantidades de alcohol en su cuerpo habían hecho que siempre fuera un delito grave.

–Es bueno que ya no conduzcas –le dijo Emma sentada a su lado.

Martín se sorprendió. Que su mujer a quien extrañaba enormemente se le apareciera en cualquier momento y le hablara en alucinaciones era no solo deseable, sino además esperanzador de una bizarra manera. Pero que Emma, esa mujer con la que se había relacionado casi por obligación, estuviera sentada a su lado después de muerta era demasiado.

–¿Qué haces aquí?

–Necesitaba hablar con alguien. Mi hermana se hubiera muerto del susto y Manuel... bueno, a él no le intereso ni él a mí.

–Tú estás muerta.

–Pancha también lo está y no te molesta hablar con ella.

–Es porque a ella la amo.

–Sé que nunca me amaste, pero no tienes que ser cruel conmigo.

–No soy cruel contigo, tú no existes. No estás aquí. No eres sino el producto de un delirio alcohólico y quizá de alguna enfermedad peor, pero no eres real. Francisca no es real tampoco, pero me gusta creer que sí.

–Somos reales... de alguna manera somos reales.

–No. Iré a ver a Andrade mañana para que me dé una droga que las haga desaparecer a las dos.

–No harás eso porque necesitas a Pancha y por eso yo puedo aprovecharme para que hables conmigo.

Martín cerró los ojos con fuerza y Emma ya no estaba ahí. Miró al taxista para ver si se había dado cuenta de algo, pero él conducía impasible. Tal vez le hubiera escuchado, pero nada sorprende a un taxista nocturno después de todo.

Frente a la casa que ya mil veces se había propuesto vender, Martín pudo aceptar por fin que algo no andaba del todo bien. No se trataba de una mera necesidad de aturdimiento y de evitar el dolor, por el contrario, su mente recobraba una claridad y una nitidez que hacía tiempo no le eran familiares. Los pájaros negros, las muertes. Algo estaba ocurriendo y su amigo Manuel intentaba decírselo de todas las maneras posibles. Su apego a la racionalidad había sido paradójicamente absurdo. De todas formas ¿a quién podía acudir? Su amigo Manuel, su mejor amigo en el mundo, pudo advertirle, pero no pudo evitar nada, Andrade se hizo el tonto enviándole donde Raquel y ella solo le había dado agua de hierbas y... bueno, se había sentido mejor con las hierbas.

Era extremadamente tarde. Tenía el teléfono celular de Raquel y no podía ser menos oportuno llamarla a estas horas, pero de todas formas lo hizo.

Raquel contestó pesadamente, pero al saber quién llamaba le dijo que si quería fuera a su casa inmediatamente.

La diligencia de Raquel casi asustó a Martín. Un médico se despierta solo por una emergencia.

El tema indígena y su lugar preponderante sorprendieron a un Martín que se había quedado con la imagen occidental de la consulta, pero todo parecía más adecuado que nunca. Miró a su alrededor mientras Raquel llegaba con un tazón humeante que contenía un simple café de grano recién preparado en vez de alguna infusión misteriosa, pero que de todas maneras le hizo bien.

—Supongo que quieres respuestas esta vez.

Martín asintió en silencio, tenía un sinnúmero de preguntas que no sabía cómo hacer.

—Esa mujer ha muerto, supongo. Al morir el vínculo que los unía ha desaparecido.

Raquel sorbió algo de café.

—No sé cuán abierta esté tu mente ahora, sé que quieres respuestas, pero ¿cuánto estás dispuesto a oír?

–Lo necesario...

–No te imaginas cuánto se necesita.

–Aceptaré lo que sea...

–¿Seguro?

–Sí.

Raquel volvió a sorber su café.

–Pues vamos por partes. Te has topado con algo muy antiguo, más antiguo que mi pueblo y algo que mi pueblo combatió y casi venció totalmente, de no ser porque el poder siempre ha tentado a los hombres y mujeres ignorantes. Le hubieran vencido por completo de no ser por la estupidez de algunos y de eso es precisamente que se nutren.

–¿Quiénes?

En ese momento una bandada de pájaros negros circundó la casa de Raquel. Ella, de pie en medio de la sala, comenzó a cantar algo en la lengua arcana de su pueblo y casi de inmediato los pájaros se alejaron. Sonaba similar al *martes hoy, martes mañana...* pero se trataba claramente de una lengua diferente.

–¿Qué acaba de pasar?

–Pasa que no has alucinado en lo más mínimo. Pasa que cuando ves a tu mujer o a la otra mujer hablándote realmente lo hacen, pasa que tengo herramientas muy antiguas entregadas por mis ancestros para enfrentar estas cosas.

–Un cántico...

–Un cántico, palabras que fueron llenadas de poder por mis ancestros y por espíritus que sobreviven los siglos.

–Yo no...

–¿No puedes aceptarlo?

–No puedo comprenderlo.

–¿Puedes aceptarlo? Por ahora solo necesito que lo aceptes.

Martín se encogió de hombros sabiendo que no tenía más alternativa. Frente a él estaban Emma y Francisca observándolo y Raquel parecía mirarlas a los ojos.

EL CUERPO DE UNA MUJER le miraba con los ojos sin vida, la boca se le había congelado en una mueca que podía haber resultado sugerente de haber estado viva. Había sido una mujer muy hermosa hacía poco y dejaba un cadáver hermoso para que los peritos le sacaran millones de fotos a cada detalle. Una extraña mutilación se podía ver en su abdomen. Halt debería esperar el informe de los peritos para saber la causa de su muerte. Los vecinos la habían visto por última vez algunos días antes. El cadáver había sido descubierto por los ladridos de un perro que una vecina mantenía viviendo en la clandestinidad en el edificio.

Había una libreta con muchos números telefónicos en el velador: un invaluable material para comenzar.

-¿Quién es esta joven?

-Se llamaba Antonia Vergara Pasmíño y era de Puerto Montt, estudiaba sicología.

-Un departamento bastante lujoso para una estudiante... hija de latifundistas, supongo.

-No, capitán, sus padres son gente más bien modesta... la chica tenía un alias: Anabela y trabajaba en un club exclusivo.

No hay nada peor que una prostituta, un delincuente o un policía cuando mueren, o más bien cuando los matan. Son víctimas de tan alto riesgo que bien puede matarles cualquiera que se les atraviese. Halt revisó la libreta con escasas esperanzas de hallar alguna pista incluso si el nombre de su asesino se encontraba ahí. Entonces un

nombre llamó su atención de inmediato. Un nombre y un número de teléfono que estarían para siempre en su memoria: Manuel Fernández.

El capitán no supo si alegrarse o no ante su hallazgo, el cual le indicaba, como había aprendido en la academia, que no existen las coincidencias. Ese hombre, Manuel Fernández algo tenía que ver con esto o algo sabría, pero, por otra parte, las muertes anteriores con las que a él se le relacionaba habían quedado sin resolver en lo absoluto... acaso fuera el presagio de otro misterio insoluble más.

La muerte era extraña y aunque no se podía catalogar de inmediato como homicidio, tampoco podría descartarse esa hipótesis. Estaba en manos del Instituto Médico Legal y ellos no se caracterizaban por su diligencia en un caso que involucrara la muerte de una trabajadora sexual, por muy exclusiva y aplicada a sus estudios que hubiera sido. Había que desenfundar el celular y hacer algunas llamadas para que las cosas se hicieran bien, pedir favores debidos y comprometerse a hacer favores nuevos.

El doctor Huerta invitó al capitán a presenciar la autopsia. Halt no gustaba de aquellos rituales, pero era una deferencia debida ante el celo especial solicitado. Los órganos de la joven fueron extraídos analizados y pesados; se tomaron notas, muestras de tejido, de sangre y otros fluidos. Huerta parecía confundido y fue su curiosidad lo que hizo que su diligencia aumentara. Finalmente se quitó los guantes, se lavó las manos y escribió en un formulario la frase que Halt no hubiera querido que escribiese: *causa desconocida*.

—¿Cómo que desconocida?

—Se dice así de una causa cuando no se la conoce —dijo Huerta sonriendo, con un macabro sentido del humor que a Halt no le hizo gracia.

—Ya pues, pero dime algo que yo no sepa.

—Mira, Halt, murió de una herida que simplemente destruyó sus entrañas, el problema es que esa herida fue hecha desde adentro hacia afuera y no desde fuera hacia adentro.

—¿Qué pudo causar una herida así?

–Eso, amigo mío, lo desconozco. Envié muestras hasta de su cerebro a analizar, pero no creo que encontremos nada. Las drogas no saltan desde dentro hacia afuera de las mujeres.

–O sea, algo en su estómago saltó desde adentro hacia afuera...

–En su útero, el estómago estaba intacto –Huerta rió–. También mandé a hacer una prueba de embarazo. Puede ser que un bebé se haya abierto paso con los dientes y haga por sí mismo una cesárea para nacer.

–¿De verdad?

–No, capitán, solo me burlo de usted, pero sí mandé a hacer la prueba, por si acaso, pero no espero encontrar nada concluyente.

–¿Entonces, doctor?

–Entonces, el diligente doctor anota en la hojita de papel que le entregan para ello: *causa desconocida*.

Halt se sentó en una silla descorazonado.

–Generalmente, Halt, este trabajo es de lo más obvio. Si viene un tipo con un puñal en el corazón normalmente murió de una puñalada en el corazón, existen venenos detectables, venenos difíciles de detectar y venenos totalmente indetectables, pero que, sin embargo dejan huellas para el observador capaz.

Huerta era el observador capaz, el más capaz, acaso el único capaz y tenía una reputación intachable y, aunque tal vez era un poco exagerada, era lo mejor de lo que disponía el país.

–A veces, amigo mío, ocurre que no se sabe, como con tus momias instantáneas de Calcupulli.

A Halt se le revolvió el estómago cuando le mencionaron Calcupulli. No quería que nadie más relacionara aún ambos casos.

–De vez en cuando esos casos se publican en revistas internacionales que la gente en otros países lee, alguien envía respuestas.

–Pensé que esos casos no revestían interés.

–Salgamos de aquí, que la autopsia nocturna me abre el apetito.

Comer en el comedor del Instituto era algo que sobrepasaba a Halt. Por ello cruzaron a una fuente de soda que se encontraba en-

frente. Halt iba de civil, pero se vestía tan mal de civil que cualquiera podía notar que era un uniformado. Huerta pidió un sándwich de carne y Halt pidió una cerveza... declinó comer.

–Tus muertos de la otra vez... –Huerta hizo una pausa masticar, tenía mucha hambre– ...publiqué algo en *Forensics*, una revista de tipos como yo alrededor del mundo, y me escribieron dos tipos: uno de Atlanta y otro de Dusseldorf, eso queda en Alemania. El de Atlanta había visto un caso similar en su ciudad y me mencionó otros dos casos, pero ¡ese alemán! Había visto un caso una vez ¡pero había hecho una recopilación de datos sobre casos análogos en todo el mundo! Encontró como cincuenta en cien años, entre Rumania, España, Chile también estaba en su lista y además los Estados Unidos. Decía que las fuentes en África no eran confiables y que en Asia no había encontrado nada creíble, porque los chinos eran algo herméticos y la India un caos administrativo con información poco confiable. La carta estaba en castellano, bueno en «castellano» así entre comillas. Me remitió a un paper que tiene publicado... bastante interesante. Te lo puedo pasar, pero ¿cómo está tu inglés?

–Pasable... todo se puede con diccionario.

–Te lo enviaré por correo, pero no esperes que tenga alguna utilidad policial. Acaso tal vez saber algo nuevo te calme el espíritu.

–¿Y qué va a pasar con la jovencita de ahora?

–Me van a llegar los resultados y te voy a informar, aunque, te digo, no espero nada que realmente pueda iluminarnos acerca de la causa de su muerte.

–Infórmame de todas maneras.

–¿Seguro que no quieres comer nada?

Al día siguiente, Halt recibía la noticia de que la joven efectivamente estaba embarazada y que además habían encontrado en su sangre una sustancia desconocida.

–Hice otro descubrimiento asombroso, capitán –dijo Huerta por el teléfono– resulta que existen casos similares al de «la

chica explosiva» muy cercanos a los otros casos de las «momias instantáneas» tuyas.

—¿Cercanos?

—Como a dos cuabras.

Con Huerta no se sabía demasiado bien si hablaba en serio o en broma, tal vez porque siempre hablaba en serio y en broma a la vez. Halt y él eran casi amigos, pero no se podía imaginar pareja más dispareja que aquel par. Huerta era un hombre más bien corpulento, un tanto dado a los placeres de la comida y la bebida, Halt por su parte era austero, adusto y su juventud solo se notaba por la ausencia de arrugas en su rostro, pues todo lo demás en él señalaba la personalidad de un anciano. Para él era difícil comprender el inteligente sentido del humor de Huerta, incluso le era difícil entender el más simple de los sentidos del humor. Debe haber sido la intuición a distancia de esa expresión desesperada lo que hizo que Huerta se decidiera a hablar claramente.

—Es como la combustión humana espontánea. Esa gente que arde de repente y sin explicación. Es algo que ocurre, pero algo que pocos quieren realmente investigar, salvo algunos tipos obsesionados con la verdad y que son capaces de tolerar las burlas, gente así como Werner, el alemán o tú que vas por el mismo camino. Te come la curiosidad, quieres saber de qué se trata, pero los casos son escasos y poco documentados. No creo que puedas resolver estos crímenes y no creo que se trate de crímenes tampoco. Tu trabajo es ese, ¿muertes misteriosas atribuidas a causas desconocidas? Es trabajo de científicos y los científicos de prestigio intentan evitar problemas que se adivinan estériles, aunque los más aguerridos saben que lograrán algo si pueden resolver un problema así de esquivo... pero tú eres un policía. No hay gloria para ti en esto, no tienes los recursos ni financieros ni académicos para enfrascarte en una investigación así. Yo lo dejo para mis ratos libres.

Huerta decía la verdad. Ya se lo había advertido su padre, su familia y también el comandante, su superior inmediato, y había desistido hasta ahora.

–Pero ¿y todas esas muertes?

–Hay muchas cosas que matan a la gente –afirmó Huerta–: las enfermedades, otra gente y el tiempo que finalmente nos mata a todos. A ti te toca cuidar que otra gente no mate a la gente y atrapar a quienes lo hacen. No sé de qué se tratan esas muertes que me traes, pero no son homicidios. No son gente matando gente.

Halt colgó y se fue por fin a su casa. El comandante tenía razón, su padre tenía razón, Huerta tenía razón... pero su instinto de policía, resultado a estas alturas evolutivo de generaciones de policías, no le permitía abandonar esas muertes a su suerte. La curiosidad de Halt no era científica, ni teológica, ni filosófica. Era puramente policial. Ansiaba ponerle las esposas a alguien. Como ciertas razas de perro cuyas mandíbulas se traban por morder con empecinamiento.

La sentencia del doctor «causa desconocida» le quitaba el caso para siempre de sus manos, de nada servía que tuviera anotaciones, un sospechoso, ni que pudiera establecer móviles, oportunidades ni nada. No había legalmente un homicidio sin resolver, sino solo una muerte misteriosa. Por primera vez la institución a la que él había ansiado pertenecer desde que tuviera uso de razón, si no es que desde su misma concepción, le ataba de manos. Por primera vez en su vida consideró trasladarse al sector privado, poner una agencia de investigaciones y destinar la mitad de su tiempo a las muertes de Calcupulli y a la muerte de Antonia. Su mujer estaría feliz, ganaría mucho más dinero persiguiendo maridos y mujeres infieles, muchísimo más dinero si se convertía en el tipo de gente a la que despreciaba y consideraba casi como traidores a la patria. Pero su apellido no se acompañaba bien de la palabra ‘señor’. Su apellido necesitaba ser precedido de un rango, en lo posible del de general, como su padre. Su flamante mujer ya había comenzado a elegirle la ropa y, aunque él aún se rebelaba, había que admitir que ella tenía mejor gusto que

él a la hora de vestir a un civil. Halt no sabía qué ponerse aparte de su uniforme, solo su mujer y su madre pronunciaban su nombre de pila, pues hasta su padre le llamaba casi siempre ‘capitán’. No, Halt dejaría de ser policía solo a la edad del retiro o cuando la bala de algún delincuente truncara su carrera. Ingirió una pastilla de color azul. No tenía problemas de potencia sexual, pero tan abstraído como estaba por todas esas muertes sin resolver, el sildenafil era la única forma de que esa noche cumpliera con su otro deber. Lejana estaba para él siquiera la posibilidad de consultar a un terapeuta para que le sanara de sus obsesiones. Consultar con uno era truncar su carrera de policía, admitir una debilidad impropia de su profesión y rango. Para Halt había una sola solución: la respuesta. Tenía vacaciones a su haber, nunca las tomaba. Nadie le objetaría que lo hiciera, sus subalternos descansarían de él tanto como sus superiores, para quienes su perfeccionismo resultaba odioso.

Treinta miserables días. Una gran vacación, pero un segundo si pensaba usar ese tiempo para resolver un caso tan difícil, además debía convencer a su mujer de que le acompañara de vacaciones a Calcupulli. El lugar más aburrido de todo el país, la zona del campo menos pintoresca y lograr que allí ella no interfiriera con una pesquisa que bordearía la ilegalidad. El plan era intrincado, pero la planificación era una cualidad desarrollada en Halt.

Para pensar, se bajó del taxi dos cuadras antes de llegar a su casa.

–Capitán –dijo la voz de una mujer a sus espaldas a la que sabía que conocía, pero que, sin embargo, no pudo reconocer.

–Buenas noches, señorita –respondió Halt policialmente.

–¿No me recuerda?

Preguntarle al capitán si la recordaba era casi un insulto, especialmente cuando no podía hacerlo. Halt recordaba todas las caras que alguna vez hubiese visto, todos los detalles de todo.

–No lo creo –dijo él evitando siquiera reconocer que sí tenía un aire de familiaridad.

–Mejor así –dijo la mujer–. Hay veces que es mejor olvidar, pero yo no puedo. Lo he visto otras veces, y me he dado cuenta de que su dedicación a la investigación es de verdad... soy tan tonta para decir cosas importantes, me hubiera gustado leer más libros.

El aire de damisela en peligro era irresistible para él.

–¿En qué puedo ayudarla?

–No sé si usted pueda ayudarme.

–Empecemos revisando cuál es su problema.

–Estoy atrapada.

–¿Cómo atrapada? ¿Ha sido víctima de extorsión, de usura?

–No –rió la mujer–. Nada de eso, usted es solo un policía, no es que quiera ofenderlo, pero no creo que pueda ayudarme.

–La verdad es que no la entiendo.

–Seguramente no me entiende, no tiene que avergonzarse, es que yo tampoco sé explicarme demasiado bien.

Halt se detuvo a contemplarla nuevamente, de verdad que la mujer que tenía enfrente le resultaba sumamente familiar, pero por más que intentaba no podía reconocerla.

–¿Me puede decir su nombre?

La mujer le devolvió la más amarga de las sonrisas posibles y otro hombre menos duro que Halt bien pudo haber llorado solo ante una sonrisa semejante. Él, de hecho, se estremeció levemente.

–Los que me recuerdan no quieren verme, Martín no quiere ni siquiera hablarme, no cree que yo exista y para usted... su mente le protege de recordarme.

–No la entiendo.

La disciplinada memoria de Halt derribó los bloqueos que su inconsciente había puesto en su cabeza para protegerle. La mujer que estaba frente a él era Emma, esa mujer a la que él había visto reseca en una de esas muertes extrañas. La conversación no era posible y en cuanto su mente se cerró a la posibilidad, Emma desapareció de delante de él.

BIEN PUDIERA PENSARSE que la especie de mujer que se casa con un oficial de policía en nuestros días y que está destinada a permanecer a su lado está extinta, sin embargo, si así fuera no habría quien llenara las vacantes de las instituciones armadas. La bóveda de acero, esto es, las espadas que forman un techo bajo el cual los recién casados abandonan el altar, los uniformes, los rituales especiales ajenos a los matrimonios civiles tienen por objeto, entre otras cosas, recordarle a la mujer que se casa con un héroe. La mujer que toma parte en un ritual de este tipo debe creerlo.

Isabel lo creía.

Por ello estaría dispuesta a sacar las balas con los dientes del cuerpo de su marido, hubiera soportado una viudez prematura con estoicismo, empujado la silla de ruedas de un Víctor discapacitado, y lo hubiera alimentado en la boca de ser necesario. El matrimonio con un héroe no la preparaba, sin embargo, para ver llegar a su marido con el rostro pálido por el terror.

–Parece que viste un fantasma –le dijo cuando entró a la casa.

La respuesta correcta era «he visto un fantasma» pero poner en el pensamiento y la boca de Víctor, esas cuatro palabras en ese preciso orden era algo relativamente difícil. Finalmente, a pesar de todo, lo dijo.

Un hombre como Víctor, por otra parte, estaba entrenado para ocultar la verdad y evitar cualquier comentario de su trabajo que pudiera inquietar de alguna manera a su mujer. Víctor era un héroe y él también lo creía. Por ello es que ambos se encontraban en una

ventana a la realidad tan insólita como si el fantasma de Emma estuviera frente a ambos tomando el té.

—¿Qué?

Un fantasma era algo que no existía, algo con lo que no se topaba un capitán de carabineros en su trabajo y en el caso más extremo, una historia pintoresca, un cuento para relatar ante los invitados que causara alguna emoción sucedánea y no algo que hiciera que el héroe Víctor llegara a casa aterrado. Todo era insólito para ambos.

La mente de Víctor era brillante en lo que al cálculo se refería, pero no era un espíritu dado a la reflexión profunda. Hubiera abierto para él y para Isabel una nueva etapa en su relación si le hubiera confesado su encuentro con Emma, excepcional por el hecho de que ella estaba muerta y él vivo... sin embargo, todo volvió al statu quo rápidamente.

—Es una forma de decir.

Inventó una historia de cómo acababa de ver a uno de sus criminales aprehendidos caminando así tan campante por la calle. Esta era una típica razón de frustración para él.

—¡Fue como ver a un fantasma caminando por la calle así tan campante!

Isabel había sido educada para casarse con un hombre como Víctor y su genética era especialmente dócil a esa clase de condicionamiento, sin embargo, también poseía una fina sensibilidad que le permitía percibir el estado de ánimo de sus interlocutores. La expresión en el rostro de Víctor no era su clásica expresión de frustración ante condenas rechazadas por tecnicismos o por jueces de mano blanda. Por un miserable momento apenas, la expresión de Víctor era del más puro y simple miedo. Su mentira posterior, aunque hábil, no lo era lo suficiente. Para Isabel estuvo claro que él le mentía para protegerla. No sabía si poner al descubierto la mentira de su marido o bien dejarlo seguir su charada y hacerse la tonta. Acusarlo de tener miedo era casi la mayor de las ofensas posibles para él y ella lo sabía.

—¿Tienes hambre?

Comieron juntos y todo se volvió de nuevo rutinario y trivial.

Isabel por fin se durmió luego de hacer el amor y Halt pudo desvelarse tranquilo. Con Emma eran dos fantasmas. Solo ahora asumía al inspector Azkárate como una aparición, antes lo había archivado en su memoria como un «encuentro curioso». Emma era demasiado evidente, la había conocido en vida, sabía a ciencia cierta que estaba muerta y encontrarla luego en la calle, cerca de su pequeña casa de oficial de policía, era algo contra natura. Por primera vez Halt tuvo que admitir que se encontraba con algo más allá de sus atribuciones policiales. Hubiera querido despertar a Isabel y contárselo todo en ese mismo instante, pero se sentía ridículo contándole a su mujer algo que no podía ser.

En la computadora de su oficina encontró un correo electrónico de Werner, el alemán. El correo era un cuidadoso cuestionario acerca de aspectos específicos de las muertes de Calcupulli y Santiago relacionadas. Halt rió al constatar que casi todas estaban formuladas en forma de respuestas de selección múltiple. Werner parecía haber elaborado el cuestionario de forma tal que ningún testigo pudiera dar rienda suelta a su imaginación. Preguntaba por cosas precisas. Halt respondió el cuestionario, no todo, pues había preguntas destinadas a los médicos, otra para los policías y otras para los testigos sin experticia alguna. Al llegar a la última pregunta, sin embargo, Halt se paralizó.

«¿Ha experimentado usted apariciones de difuntos?». El cuestionario lo decía como si fuera una pregunta de *Facebook*.

Una cosa era mentirle a su mujer y otra mentir en una entrevista tan bien elaborada. Respondiendo con la verdad se limitó a un sí, pero declinó llenar los detalles.

Un rato después sonó su teléfono.

–Buenos días, creo, aquí ya es la tarde –dijo una voz con acento alemán.

–Buenos días, dijo Halt –sabiendo de quién se trataba.

–Primero que nada le agradezco mucho por contestar mi pequeño cuestionario ¿cuál es su rango?

–Capitán.

–Le reitero mi agradecimiento, pero creo que dejó sin responder la última pregunta, dijo usted que vio a gente muerta, como en esa película americana.

–Sí.

–¿Podría relatar su experiencia?

Halt se quedó en silencio un momento.

–Yo sé que estas cosas perturban a la gente, pero le ruego que sea específico para mi archivo, preparo otro libro y quisiera que su experiencia me fuera relatada. Le garantizo que su nombre no saldrá a la luz.

–¿Tiene usted un libro ya publicado?

–Me temo que no se encuentra en castellano, pero puedo enviarle una copia electro... electro...

–Electrónica.

–Eso, electrónica. Una copia electrónica en inglés.

–No hablo inglés demasiado bien, pero si gusta puede enviármela en alemán. Mi familia es de origen alemán y hablo bien el idioma.

–*Sehr gut!*

Como buen alemán, el doctor Werner Dittmann no se detuvo en preguntas baladíes, se despidió cortésmente y colgó. Una copia en PDF estaba en su correo electrónico. Víctor había sido generoso consigo mismo al decir que hablaba bien el idioma. No lo practicaba desde el colegio y no había sido un alumno demasiado brillante.

Aquella noche se dedicó a descifrar el libro en su cama, luego de que Isabel se hubo dormido y de enviar los detalles pedidos por Werner. El idioma garantizaba que su mujer no descubriría la naturaleza de su investigación.

El fenómeno descrito en el estudio del doctor Dittmann se parecía a su propio expediente. Alguien podría preguntarse cómo un libro acerca de un tema tan intrigante podía resultar tan aburrido, pero

es que el buen doctor se atenía a los hechos, usaba un lenguaje agotadoramente técnico y no se permitía el lujo de tener imaginación ni siquiera para establecer una hipótesis, pues consideraba que los hechos no eran lo suficientemente claros aún. Hasta donde pudo leer Halt, el libro no hablaba ni de apariciones ni de pájaros negros. No era difícil imaginarse por qué. *Herr Doktor* no sería el hazmerreír de la comunidad científica publicando cosas demasiado inexplicables, pero su cuestionario evidenciaba que estudiaba el tema con interés para alguna publicación futura, acaso el libro en que trabajaba ahora.

Al día siguiente, en su trabajo encontró un correo electrónico en castellano de *Herr Doktor*:

Mi capitán:

Me imagino que mi libro no le fue de ninguna utilidad al momento de aclarar sus dudas. No tiene por objeto sino poner en conocimiento de la comunidad científica la existencia de los hechos. Mi posición como médico no me permite escribir acerca de los antecedentes folclóricos que rodean esas muertes, sin embargo, actualmente coopero con la doctora en antropología Melanie Reif en la elaboración de una serie de artículos que abordan ese aspecto del tema. La antropología es una disciplina mucho más libre que puede permitirse elucubraciones al borde de la literatura. Supongo que usted ha sabido de los cuervos que acompañan siempre este tipo de casos –me he documentado de que en el hemisferio sur no existen y que por ello tal vez se trate para usted de otros pájaros negros desconocidos para mí– y las apariciones. Me imagino que estas últimas le deben haber perturbado mucho, como me pasó a mí cuando en el ochenta y seis me encontré personalmente con casos de este tipo en Hof, en Baviera, casi en la frontera checa. La gente de Hof culpaba de un contagio a la entonces Checoslovaquia. Aunque eran días de Guerra Fría, el clima político era medianamente relajado y pudimos visitar la ciudad de Ostrava. También allí se nos indicó que se habían producido muertes semejantes a las que usted indica, pero mientras en Hof se temía una plaga, en Checoslovaquia se hablaba de ciertos

personajes que vivían en un poblado remoto llamado Kouzelnyvilka. El poblado subsistía por una modesta propiedad agrícola al mando de un hombre llamado Jakub Talich, que se comportaba como una especie de señor feudal, le recalco que le hablo de la época socialista, por lo que la sobrevivencia de tal tipo de relación productiva era en realidad sorprendente. Talich fue muy amable, y nos habló de leyendas locales de brujos que se transformaban en pájaros. He ido un par de veces más a Kouzelnyvilka, la ultima vez, luego de haber asistido al funeral de una joven llamada Katya, ¡que me habló después de muerta! Desde entonces he querido poder...

La carta continuaba con experiencias semejantes, pero el buen doctor no encontraba explicación y desechaba de plano la existencia de los brujos y los fantasmas. Para él la ciencia decía la verdad y los hechos mentían. Eso sí, el doctor explicaba que Kouzelnyvilka significaba en checo *el pueblo de los brujos*. Muy similar al significado de Calcupulli, a seis horas de Santiago. Con todo, para él no era sino una mera coincidencia.

El rigor de Dittmann así como su escepticismo eran alentadores. Sencillamente no existen cosas inexplicables, sino tan solo cosas que *aún* carecen de explicación. En este sentido Dittmann y Halt pensaban de manera muy similar, aunque Dittmann lo aventajara en conocimientos.

La breve carta de Dittmann era semejante a la frase *es normal* pronunciada por un médico a un paciente que desconoce la naturaleza de sus síntomas. No explicaba nada, pero daba a entender que todo sería de alguna manera explicado y Halt no era un hombre que pudiese enfrentar la anormalidad.

Halt finalmente decidió que era el momento de investigar por sí mismo la situación en Calcupulli, así que arregló pedir las vacaciones que le quedaban. Todo sería personal, todo sería tal vez solo para sí mismo. Había reconocido que solo necesitaba respuestas, aunque nadie saliera con esposas de Calcupulli... sin perjuicio de que, tal vez, pudiera esposar a alguien.

En casa decidió que no era momento de anunciarle a su mujer que saldrían a un destino tan fascinante como al único lugar del país que no tiene nada que aportar al paisaje.

Los días pasaron y en su correo electrónico encontró un mensaje desconocido:

Capitán Víctor Halt

Me veo en el ingrato deber de informarle acerca de la muerte de mi amigo, colaborador y pareja sentimental Werner Dittmann. Los años que pasamos juntos como colaboradores primero, amigos después y finalmente como compañeros de vida me hacen sentir la necesidad de honrar su memoria continuando con la investigación en la que trabajamos desde hace algunos años. Ya no será sino una mera investigación antropológica, pues sin la invaluable ayuda de Werner aquella parte de la investigación multidisciplinaria deberá esperar por alguien a su altura. He revisado el informe que envié a Werner y debo admitir que las similitudes con la aldea checa de Kouzelnyvilka son asombrosas, especialmente tratándose de puntos tan distantes en el globo. Más adelante me verá tal vez en la necesidad de importunarle para consultarle por aspectos demográficos.

Muchas gracias.

Dra. Melanie Reif Ph. D.

Aunque nunca había conocido a *Herr Doktor* en persona, su muerte le entristeció un poco. Mal que mal había sido la única persona que lo había tomado en serio con respecto de las muertes extrañas de Calcupulli y Santiago. Estaba además la esperanza de que Dittmann llegara a encontrar alguna respuesta a los casos análogos que estudiaba. Por ello contestó al correo de Melanie Reif con una cortés nota de pésame, al mismo tiempo que le anunció sus planes de viajar a Calcupulli en los próximos días para investigar los fenómenos por cuenta propia.

Unas horas más tarde recibió una llamada telefónica.

–Capitán Halt –dijo la voz femenina con acento alemán–, me alegra saludarlo. Recibí su nota y quiero expresarle mi preocupación.

No hubo siquiera un saludo por parte de Melanie, pero Halt supo de quien se trataba.

–Buenos días, señora.

–Disculpe mis malos modales, buenos días. No es señora, es doctora.

–Perdone usted, doctora...

–Mi preocupación se debe al viaje que planea hacer al pueblo ese Calcupulli. La verdad le digo que no debe usted viajar a ese lugar solo sin la protección de testigos, ojalá otros policías.

–Pensaba ir con mi mujer, aunque es un lugar más bien...

–Aburrido –terminó la frase la doctora–. –Antes se protegían usando historias para asustar a la gente, pero en estos días, con personas ávidas de sensaciones fuertes, ellos se protegen siendo aburridos. Viviendo en lugares que no visitan ni los autoestopistas que no tienen dinero. No debe viajar a Calcupulli solo, mucho menos con su mujer si no están preparados para enfrentarlos.

–¿Enfrentar a quienes?

–¡Usted es igual a Werner! –por primera vez *Fraulein Doktor* parecía perder la compostura. Dijo algunas palabras incomprensibles en alemán–. No se da cuenta de que tiene la evidencia en las narices y elige no verla. Calcupulli significa cerro de los brujos y Kouzelnyvilka significa aldea de los brujos, pero eso no le interesa a usted como no le interesó a Werner.

–Con todo respeto, señora, pensar en la existencia de seres así no es razonable.

–Es doctora, *Fraulein Doktor*, además, con Werner vivimos juntos algunos años pero jamás nos casamos. Y el grado de doctora no me lo dieron por ser irracional, *Herr Kapitan*.

El tono de *Fraulein Doktor* molestó mucho al capitán. Él era una autoridad y ninguna persona, ni siquiera una *Fraulein Doktor* de Alemania podía hablarle de esa manera. En Chile y en su cara él le hubiera puesto las esposas por desacato y habría pasado al menos

una noche en una comisaría, sin embargo, como no podía arrestarla por teléfono mantuvo la calma.

–*Fraulein Doktor*, señorita doctora, con todo respeto le agradezco por su preocupación, pero ya he decidido hacer ese viaje y no será usted quien lo impida.

Melanie moderó su tono y se disculpó. Por teléfono se notaba que no era una mujer que acostumbrase a pedir disculpas.

–¿Para cuando planea su viaje, capitán?

–Dentro de dos semanas.

–Excelente –*Fraulein Doktor* se despidió con seca amabilidad.

Dos semanas después una mujer de unos treinta años, cabello castaño y mirada serena le esperaba en su oficina antes de que llegara.

–Buenos días, capitán, soy Melanie Reif, espero poder acompañarle en su viaje a Calcupulli en los próximos días.

La mujer extendió su mano y él no tuvo más remedio que estrechar esa mano tan blanca y tan suave.

MELANIE SE RETIRÓ EN POCOS minutos, no sin antes quedar de acuerdo para la hora de almuerzo. Halt estaba más intimidado de lo que realmente se atrevía a admitir y era la primera vez que una mujer le intimidaba. No sabía demasiado bien lo que diría en la hora de almuerzo, pero luego concluyó que no tendría que hablar demasiado, pues de eso se encargaría *Fraulein Doktor*. Durante el día se encontró esperando el almuerzo y, esto era sorprendente, deseoso de escuchar lo que Melanie tuviera que decirle.

Se juntaron en un restaurante cercano de comidas típicas que él le había recomendado. Ella se había adelantado y ya sorbía una copa de vino tinto cuando él llegó.

–Pues bien, aquí me tiene –dijo el capitán.

–Capitán, vine porque me di cuenta de que sería imposible disuadirle del viaje que planea, por ello he decidido acompañarle. He traído algunas cosas que podrán sernos útiles en el viaje.

Mientras *Fraulein Doktor* hablaba, Víctor se preguntaba cómo podría explicarle a Isabel la presencia de esta mujer que no tenía la decencia de ser una mujer mayor de sesenta años, gruesos anteojos –sí tenía anteojos de marco grueso, pero se le veían endemoniadamente atractivos–, gorda y de zapatos planos.

–Capitán, quisiera informarle las circunstancias de la muerte de Werner –al decir esto, su voz se quebró un tanto y se llevó por un segundo los dedos a los ojos antes de continuar.

–Puede llamarme Víctor –se sorprendió diciendo Halt.

–Gracias, usted puede llamarme Melanie –hubo una minúscula sonrisa–. Werner decidió viajar solo a Kouzelnyvilka. Yo no podía acompañarle pues debía de asistir a un seminario en Berlín acerca de antropología cultural –Halt se preguntó que diablos era la antropología cultural y de verdad que quiso haberlo sabido–. Yo le pedí que tomara ciertas precauciones, pero él se negó rotundamente debido a que las consideró meras supersticiones. Yo nunca pensé... –Melanie se quebró y esta vez por más de medio segundo–, realmente no lo creía... si le hubiera acompañado a ese pueblo infernal... Werner llevó un diario los tres días que alcanzó a pasar en Kouzelnyvilka antes de terminar como terminó. Tal vez sería bueno que usted lo leyera antes de que vayamos a Calcupulli.

Aquella noche, libre de la perturbadora presencia de Melanie, Halt se entregó a la tediosa tarea de descifrar las treinta páginas en alemán del doctor Dittmann. El hombre escribía de una manera impresionantemente detallada, pues no estaba *seguro de poder discernir lo trivial de lo medular* y por ello había decidido registrar *simplemente todo* lo que pudiera.

Dittmann había durado tres días en Kouzelnyvilka. Se había hospedado en casa de Talich. No hubiera querido molestar a ese hombre, pero al no haber hoteles ni nada en Kouzelnyvilka *tuve que pensar en un lugar relativamente cómodo para depositar mis gastados huesos y la amabilidad de Talich era una invitación para evitar acampar en el páramo de noches frías.*

Werner iba preparado con los objetos más increíbles, tales como lentes de visión nocturna, sus propias botellas de agua y un antibiótico de amplio espectro en caso de que se viera obligado a ingerir cualquier alimento fuera de la casa en la que estaba de visita, al mismo tiempo llevaba una serie de reactivos para analizar la comida en casa de Talich así como también un microscopio. En general su hipótesis era que debía haber un agente químico o biológico que fuera el causante de aquella extraña forma de muerte en la que los cuerpos se momificaban en poco tiempo. No sabía si se trataba de

horas o minutos. Decía también que luego de examinar muestras de la comida de Talich no había encontrado nada, lo cual le hacía temer un agente de tal toxicidad como la tetradotoxina.

—¿Y qué podría ser eso?—dijo Halt en voz alta provocándole cierta inquietud a Isabel quien plácidamente dormía a su lado.

Halt se distrajo un momento y besó a su mujer en la frente. Isabel era una mujer hermosa y su devoción hacia él no tenía límites. Víctor se preguntó si la suya hacia ella conocía alguno. Que hubiera una tercera persona que le llamara Víctor rozaba la infidelidad. Ahí estaba él leyendo a altas horas de la noche con la luz encendida y ella se las arreglaba para dormir plácidamente y sin chistar. De todas formas fue a su computador a averiguar el significado de tetradotoxina, aunque se llevó el resto del documento y apagó la luz para no perturbarla.

La tetradotoxina (TTX) es una potente neurotoxina que se encuentra principalmente en el hígado de algunos peces. Su ingesta hace disminuir de todas las constantes vitales puesto que interfiere en la conductividad neuromuscular... dijo Wikipedia. Con ello no aparecería como un ignorante ante *Fraulein Doktor*.

Las anotaciones continuaban con la hipótesis de que tal vez era posible que existiera en el ambiente alguna toxina análoga que pudiera administrarse por vía respiratoria, de la misma forma como en Haití administran la tetradotoxina por las vías respiratorias y la piel para provocar un estado que se confunde con la muerte: el de los zombis.

La parafernalia de leyendas que acompaña al pueblo sugiere la existencia de algún grupo de iniciados con el objeto de dominar y amedrentar al resto de la población. He observado cómo mi presencia parece incomodar a algunos campesinos que me señalaron desde lejos cuando creyeron que yo no los veía. Jakub Talich parece entenderse con ellos y demuestran cierto respeto por él. Su familia ha estado a la cabeza de Kouzelnyvilka desde hace al menos cinco generaciones y me da la impresión de que existe entre ellos y los aldeanos cierto pacto ancestral, lo que además explica cómo pudo la familia Talich

mantener el dominio feudal durante la época socialista. Hubiera querido entrevistar más a fondo al padre de Talich cuando tuve la oportunidad, pero era un anciano centenario al que no se podía molestar demasiado en los ochenta. Este tipo luce bien para alguien de su edad, dice que la longevidad es común en los hombres de su familia, aunque no en las mujeres. Parece tener no más de cincuenta años, pero le recuerdo de los ochenta cuando yo tenía veintisiete años y él se veía mayor que yo ¡ahora nos vemos de la misma edad, Melanie!

Que las anotaciones estuvieran dirigidas a ella era relativamente perturbador y aunque hasta ahora no había ningún pasaje demasiado íntimo, Halt creía que en cualquier momento aparecería; ser testigo de la intimidad de estos dos seres le hubiera revelado lo pobre que era la intimidad de su propio matrimonio. Por otra parte, Halt pensaba en el tal Jakub Talich y su parecido con don Manuel Fernández y en su calidad de autoridad no oficial en Calcupulli ¡cómo hubiera querido interrogarle de manera menos cordial! Luego de algunas anotaciones irrelevantes, Halt llegó a un punto interesante.

Durante la noche el vuelo de cuervos alrededor de mi habitación es al menos preocupante. No puedo descartar que el agente de la momificación acelerada (AMA) sea transmitido por estos pájaros, pues en varios casos se han reportado avistamientos. Mantengo mi ventana completamente sellada y les observo desde dentro con mi visor nocturno, de pronto se alejan y aterrizan. Entonces pareciera que se transformaran en hombres. Mañana grabaré en video a los pájaros para estudiar mejor la evidente ilusión. No, Melanie, no voy a creer lo que ven mis ojos porque es imposible. Nada menos confiable que los sentidos.

Las anotaciones continuaban en la mañana. Eran igual de precisas y continuaban dirigidas a Melanie con una familiaridad que le cohibía pese a que no llegaba a ser explícita. La minuciosidad del relato era tediosa, pero Halt gozaba con un testimonio tan detallado. En su próximo encuentro tal vez le mostraría a Melanie la declaración

del taxista que había presenciado la muerte de Emma. Finalmente llegaba a la noche del tercer día.

He preparado todo para filmar esta noche a los cuervos y descifrar el enigma de los así llamados brujos. Seguramente se trata de algún elaborado engaño. Talich afirma que son meras leyendas, pero yo estoy seguro de que él sabe más de lo que dice y que mantiene el silencio por un statu quo que le favorece. De todas formas los testimonios nunca son una fuente confiable y solo la propia observación y la evidencia medible pueden dar fe de la real ocurrencia de un fenómeno.

Allí concluían las anotaciones. El laptop que había usado para transmitir a diario sus notas por correo electrónico había quedado inutilizado junto con todo el resto de su equipo. La cinta de la cámara había desaparecido. Aunque el detallado documento debía ser analizado parte por parte, las semejanzas entre casos en la República Checa y Chile ya eran demasiadas para ignorarlas. Halt fantaseó con la posibilidad de que el informe de los alemanes le permitiera realizar la investigación completa, pero la falta de interés judicial transformaba el asunto en algo más bien académico que policial.

Cuando se volvió a meter a la cama también reapareció la imagen de Melanie en su cabeza. Las alusiones a ella en las anotaciones de Werner hablaban de un amor que no sabía expresarse sino como una consideración que estaba un poco fuera de lugar en notas que se pretendían científicas y detalladas. La mente de Werner, pudo notar Halt, se había transformado de un monólogo en un diálogo con esta mujer de una manera que él no podía entender.

Jamás se le hubiera ocurrido comentar siquiera con Isabel algún caso sangriento ni ningún tipo de especulación. Finalmente pudo dormirse con la extraña sensación de que se perdía de algo, pero no podía imaginar claramente de qué.

Sus compañeros le habían visto en el restaurante con Melanie una vez y hubo algunas preguntas. Cuando le vieron por segunda vez ya nadie preguntaría nada sino que todos simplemente asumieron que el capitán tenía una aventura.

Y sí, de alguna manera se trataba se de una aventura. Halt había esperado con ansias el momento de ver a Melanie. Había traído una copia de la declaración del taxista y ahora la compartía con ella.

–Muchas gracias, Víctor, ¡tenemos tal cantidad de testimonios así Werner y yo! Teníamos... yo tengo.

–¿Puedo permitirme una impertinencia?

Melanie simplemente lo miró con un rostro neutro.

–¿Y bien? –insistió Halt.

–¿Y bien qué?

–¿Puedo?

–No lo sé... haga la prueba.

–¿Llevaba mucho tiempo con Werner?

Melanie se llevó ambas manos a la cara.

–Disculpe, no debí...

–Seis años. Le conocí en una conferencia acerca de medicina forense y su relación con la antropología forense ¡no estuve de acuerdo con él en nada de lo que dijo! Él era el *Professor* y yo ni siquiera había terminado mi doctorado. Me atreví a rebatirle algunas cosas y él devolvió los golpes, pero una de mis preguntas le hizo pensar y dijo que lo revisaría. Debe haberme odiado, pero yo le alcancé al final de la conferencia y fuimos a tomar un café. Fue la primera vez que me habló de las muertes... también yo había recopilado información en aquellos días de los casos de Hof y Kouzelnyvilka, pero no me había dado cuenta de que él era el médico que había investigado al respecto. Bueno, llamarse Dittmann es como llamarse... ¿cuál es el apellido más común en Chile?

–Pérez.

–Pérez.

Se produjo un breve silencio incómodo.

–¿Cuándo planea viajar a Calcupulli?

–En una semana más. Planeaba ir con mi mujer y dormir en carpa...

–Quisiera acompañarle. También tuve que viajar a Kouzelnyvilka alguna vez. Entonces decidí confiar en los amuletos tradicionales... y aquí estoy ¿cuánto tiempo piensa pasar en Calcupulli?

–Tres días.

–Supongo que cuando los nativos nos noten no habrá nada que podamos hacer. Hay que ir por períodos breves y sorpresivamente ¿cómo se llama el Jakub de aquí?

–Manuel Fernández.

–Mejor sería que no le avisáramos a Manuel Fernández. Supongo que su régimen ha de ser muy similar al de Jakub Talich y supongo que parte del pacto es avisarles si alguien llega.

–Todo casi le pertenece... salvo por la iglesia.

–Tal vez pudiera conseguir espacio en la iglesia.

–Es posible...

–Un donativo siempre ayuda con cualquier iglesia, en cualquier parte.

–Tiene razón.

–Le ruego que cuente conmigo para ello, sé que el sueldo de la policía no es muy bueno en ninguna parte del mundo y me enteré por los diarios antes de venir de que en Chile esto era especialmente...

–Me encargaré.

–Espero que no se ofenda. Yo he sido tan impertinente con usted desde que llegué y ahora le saco en cara cosas... yo entiendo que en Latinoamérica los hombres son un poco más machistas.

–No se preocupe –sonrió Halt.

–Y ahora le trato de machista...

Su última torpeza había sido encantadora. Halt se sentía en una nube. Las bromas de sus compañeros se hicieron oír más tarde en la comandancia, pero Halt estaba tan fuera de sí que no le molestó.

Por lo mismo esa noche caminó a su casa con mayor alegría que de costumbre.

Entonces fue que volvió a ver a la otra mujer, a Emma.

La vio pasearse frente a su casa como si de una transeúnte cualquiera se tratara, se veía incluso muy bien. Halt la reconoció inmediatamente y ella le miró a los ojos.

–¿Qué planea, capitán?

–No planeo nada... y usted está muerta.

–Sí... un poco.

–Eso no parece molestarle.

–Me molestaba mucho, pero se acostumbra una... no sirve demasiado luchar contra ellos.

–¿Quiénes son ellos?

–No puedo decírselo. Pregúntele si quiere a esa alemana que le gusta tanto. Planean algo.

–¿Qué le hace pensar que planeamos algo?

–Se juntaron ¿no? No hay ninguna otra razón para que ella y usted se junten. Usted es un hombre casado y ella está muy por encima de su liga, capitán.

–¿Qué sabe usted de mi liga?

–Le he estado observando a usted, a su mujer. Ellos me piden que le observe y que después les diga lo que he visto. La alemana es una mujer culta, inteligente ¡mucho más inteligente de lo que yo fui! Si tuviera otra oportunidad...

A Halt le costaba recordar que hablaba con un fantasma y que la sola mención de ello era aterrador si se creía en los fantasmas y aun más cuando no se creía en ellos. Pero sus conversaciones con Werner y Melanie y el hecho de que tenía una experiencia que formaba parte del fenómeno le tranquilizaba. Intentaba extraer información de la aparición como quien intenta hacerlo con un sospechoso. En una extraña mezcla de disciplina y evasión no se preguntaba acerca de la naturaleza de Emma o de su experiencia. Sus alusiones a Melanie, en cambio, sí le molestaban.

–No es asunto suyo mi vida privada, señorita.

–No... ni mío ni de ellos, pero es que usted no sabe cuánto me aburro.

–Pero usted está...

–¿Muerta? No se imagina el significado de esa palabra, pero me enviaron a decirle algo.

–¿Quiénes?

–No puedo decirlo. Solo puedo prometerle que si no viaja a Calcupulli su familia, la alemana y usted estarán a salvo, pero que si se atreve a ir...

–¿Si me atrevo a ir?

Como si fuera humo de cigarrillo, con toda la lentitud y la calma del mundo, Emma se desvaneció dejando a la imaginación del capitán el contenido de la amenaza, que, con todo, había sido muy elocuente.

MARTÍN NO SABÍA QUÉ PENSAR de los cuchillos que sellaban sus sienas. Tampoco sabía qué pensar de los cánticos en la lengua *mapudungún*, que por supuesto no comprendía. La ceremonia tenía lugar en una ruca destinada específicamente a ritos de toda clase. Los cuchillos estaban en sus sienas y recorrían todo su cuerpo con los filos hacia afuera, mientras la incomprensible letanía de los cánticos y los tambores era acompañada por la danza de toda la comunidad. Raquel bailaba con ellos y el propio Martín comenzó a moverse rítmicamente a su son y a sentir el espíritu de las *trutucas*.

—Ya podemos ir a Calcupulli.

Raquel había querido que se fortalecieran con todos los ritos ancestrales antes de partir. Conseguir que alguien que no era un indígena, un *huinca*, participara en ellos era difícil, pero ella tenía voz en la comunidad mapuche. El jefe, el *lonco*, luego de consultar a un anciano chamán o *machi* había dado su beneplácito, aunque no sin cierta renuencia.

Estaban a bastante distancia de Calcupulli. Más al sur, cerca de la costa. Raquel tenía familia en ese lugar. Con toda la influencia que ella podía tener, jamás hubieran aceptado que un *huinca* participara en la ceremonia, de no ser porque iba a enfrentarse a *ellos*.

El pueblo mapuche y *ellos* tenían una larga historia y el pueblo los había vencido. No se suponía que quedara ninguno.

Don Joel, el anciano *lonco* se sentó una vez terminada la ceremonia y comenzó a cantar para Martín.

—El *lonco* te habla, Martín. En su canción te cuenta la historia, pon atención.

–No saco mucho poniendo atención –susurró Martín–, no entiendo la lengua.

Al oído, Raquel le susurraba en castellano las palabras del Lonco.

–Escucha, hermano lo que hace tiempo se cuenta/ Cuando Yao Gnechén entregó a los hombres la tierra/ De ellos ya quedaban muy pocos./Estaban aquí mucho antes/ Antes de que el mapuche pisara la tierra/ Antes de que viniera el inca/ Y antes de que viniera el huinca./ Antes de todos los pueblos estaban ellos/ Pero Yao Gnechén les quitó la tierra/ Yao Gnechén les quitó la tierra porque eran inicuos/Yao Gnechén les mandó a morir porque su tiempo terminaba./Y decían «¿Cómo viviremos ahora, que Yao nos ha expulsado?» / «¿Cómo seguiremos habitando la tierra, si Yao nos ha arrebatado el futuro?».

El canto del Lonco y las palabras susurradas al oído por Raquel, hacían parecer que el canto se entendía directamente. Martín supo que escuchaba una verdad más profunda que los descubrimientos de todas las ciencias.

–Se hubieran apagado como las estrellas en el amanecer/ Se hubieran ido en calma hasta el perdón del mismo Yao/ Pero ellos eran antiguos como la noche/ Ellos eran antiguos, sabios y poderosos/ Y los hombres eran jóvenes y no había alguno de cabellos blancos. /Ellos con poder tentaron a los hombres incautos/ Los hombres les dieron su sangre y su vida / Ellos su poder y su sabiduría y juntos/ Algunos primeros hombres y algunos de los últimos entre ellos... se hicieron uno./ Ahora no son ni hombres ni antiguos/ En el día caminan entre nosotros/ En la noche vuelan entre los cielos... acechando./ Porque no son ni antiguos ni hombres/ Porque no son ni esto ni aquello/ Por que se alimentan del calor del hombre/ Porque engordan en el miedo/ Porque esclavizan el alma que quiere volver a Yao... /Pero el chonchón que no es ni antiguo ni nuevo/ Ni lo otro ni esto se lamenta de todas formas siempre/ Porque el hombre se multiplica y el chonchón declina / Porque el hombre se fortalece y pierde su miedo/ Porque el hombre seguirá vivo hasta que lo diga Yao/ Porque ellos tarde o temprano estarán condenados.

Se hizo un silencio.

–Bien –dijo el *lonco* sonriendo y en castellano–, ahora vamos afuera y comamos.

Dos vaquillas habían sido sacrificadas y las fogatas ardían. El *lonco* sonreía y se acercó a Martín.

–Te va a ir bien... te va a ir bien si renuncias al miedo. Ellos nada pueden ante el hombre que no les teme.

Martín recordó que los pájaros le habían rodeado y que cuando les ahuyentó escaparon impotentes. No podía concebir que esos pájaros fueran hombres en realidad o *chonchones*, como les llamaban los indígenas. La gente blanca del campo les llamaba *tué-tués*, por el sonido que tenía su canto, y aun temblaban al oírlo. Bastaba recordar a la mama María con sus santiguaciones.

–*Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana* –dijo en voz alta Martín.

–Te lo aprendiste... pero no sirve para nada.

–Lo decían mucho en casa de Manuel.

–Tu amigo de *Calcupulli*.

–Sí.

–Martín, quiero que sepas que no es posible que un hombre tenga una posición tan prominente si vive entre los *calcus* a no ser...

–¿Qué cosa Raquel?

–A no ser que sean ellos quienes le ayuden.

–¿Por qué un...? ¿*calcu*?

–Sí, *calcu*.

–*Calcu, chonchón, tué-tué*... ¿cuántos nombres tienen?

–En cada lugar les dan un nombre diferente... pero... tu amigo.

–Manuel ha sido un gran apoyo en momentos muy difíciles, no creo que nadie pueda ser tan generoso como él lo fue. Sí mantiene algunas antiguas creencias... pero...

–Vive en un pueblo en el que moran los *calcus* desde tiempos inmemoriales. Se entiende con ellos, comercia con ellos desde quién sabe cuántas generaciones, Martín.

–Lo que dices implicaría que él tuvo algo que ver en la muerte de Francisca y eso simplemente no puedo aceptarlo.

Raquel se sentó y le pidió a Martín que se sentara frente a ella.

–Martín, has visto los pájaros negros, has presenciado las muertes, te hablaron dos mujeres muertas...

–Tal vez debiera volver con Andrade.

–Andrade te mandó conmigo.

Hubiera querido decirle que Andrade y ella eran unos charlatanes; que cualquier psiquiatra decente le hubiera dado alguna píldora y no le hubiera enviado a hablar con chamanes de una tribu. Era un salto cuántico pedirle que dudara de su mejor amigo Manuel. Él le había evitado la ruina saneando todas sus cuentas y haciendo su trabajo mientras que no podía levantarse de la cama. Se había pasado meses en la capital, había entregado el manejo de sus tierras a su mujer, quien se había familiarizado con el manejo agropecuario, pero que de todas maneras era inexperta. Con ello había arriesgado una fortuna y la tranquilidad de su hogar por ayudarle.

–No digo que haya sido Manuel el que mató a tu mujer, Martín.

La frase era tranquilizadora.

–Digo que él y los *calcus* tienen tratos. Nosotros vamos a Calcupulli...

Raquel guardó silencio.

–¿A qué vamos específicamente a Calcupulli?

Raquel se puso de pie y miró al cielo.

–Nosotros vamos a Calcupulli a combatirlos. Nosotros vamos a liberar a tu mujer y a Emma para que sigan su camino.

–Pancha y Emma están muertas.

–En cierta medida...

–La gente muere o no muere, Raquel.

–Eso es lo que debiera ocurrir, la gente debiera morir o no, pero no siempre es así.

Martín se puso de pie y encendió un cigarrillo. Aunque no preguntaba esperaba respuestas, respuestas que tal vez no deseaba oír.

—Ellos se alimentan del miedo, sobre todo del miedo, y de la sangre de sus víctimas, pero no acaban allí. Francisca, Emma, las has visto y no son alucinaciones. Ellos no permitirán que se vayan.

—Que se vayan ¿adónde?

—Adonde sea que vaya la consciencia cuando deja la tierra. Ellos las mantienen atadas para que cumplan sus órdenes, por eso es que extraen los ojos. Los usan para impedir que la consciencia abandone el mundo y siga su camino.

—¿Cuál camino?

—Eso lo ignoro. Me han dicho cosas, pero lo ignoro ¿reencarna, se va a la presencia de Dios? Solo sé que no debe quedarse aquí ¡aunque cierta señora se niega a irse por voluntad!

—¿Qué señora?

—Olvidalo.

—Pero debo insistir. Manuel sería incapaz de hacer algo que me perjudicara.

Raquel miró a Martín con ternura.

—Tal vez no haya hecho nada, tal vez ha dejado de hacer cosas y por eso sea que ha cuidado de ti como lo ha hecho. La culpa debe consumirle, pero no puede terminar el pacto que sus ancestros sellaron hace tantos años. Si se entera de lo que vamos a hacer tal vez se vea obligado a informar...

—Pues no se lo diremos.

—Claro que no.

—¿Qué pasa si vamos a su casa, le decimos que eres una amiga y olvidamos mencionar que eres mapuche, que eres una *machi*?

—No sé.

—Si no lo sabe no podrá informar a nadie de nada, además, no hay hoteles en el pueblo...

—¿Y si se enteran los *calcus*? Pensarán que les ha traicionado y se vengarán de él. Bien podría terminar muerto o algo peor. Manuel no está en condiciones de romper el pacto, para ello debiera aban-

donar sus tierras y su modo de vida. Ellos se encargan de que cada generación lo renueve... casi siento pena por él.

–Casi...

–Casi. Cualquier *machi*, bueno, no cualquiera, podría protegerle de ellos, además de que basta con no temerles, pero es bien difícil renunciar a una vida de prosperidad garantizada, cosechas abundantes, ganado siempre gordo y produciendo y hasta oro de vez en cuando, si se necesita.

Martín no quiso pensar más en ello.

–Pues acamparemos en cualquier parte.

A la mañana siguiente se dirigieron al nefasto pueblo. Martín iba sentado en silencio al lado de Raquel quien conducía. Raquel le dejaba en paz. El silencio se hizo insoportable, ella conectó su I-pod a la radio del vehículo y comenzó a sonar *Hotel California*. A Martín le gustaba y comenzaron a hablar de música, luego de cine, teatro y de shows de televisión. Ambos habían sido fanáticos de *Seinfeld* y también, y esto era memorable, de *Star Trek*.

–Tengo todos los episodios, el *Enterprise*, tuve los *Enterprises* de todas las películas y tuve figuras de todos los personajes de la serie.

–No serás uno de esos...

–No tengo uniformes a la medida... vendí todo a excepción del *Enterprise* de la serie original y una pequeña figura de *Spock* que tengo guardada.

–¡Menos mal que no tienes uniformes a la medida!

–Francisca me lo tenía prohibido bajo amenaza de divorcio.

–Sabia mujer.

–Sí...

De nuevo el silencio, pero esta vez ninguno de los dos lo soportaría demasiado tiempo.

El libro preferido, el autor preferido. Como si se pudiera preferir un autor todo el tiempo. La conversación se fue tornando cada vez más banal, versando sobre comidas y lugares que habían visitado o querrían visitar. Mientras más banal se volvía, ambos sabían que

se tornaba más profunda. Hablaban con el solo propósito de llenar los silencios, los espacios entre los segundos que se hacen insoportables a veces. En ese diálogo sin ton ni son y sin propósito se fueron conociendo.

–Tengo hambre.

–Yo también.

Encontraron un restaurante, se sentaron en una mesa y pidieron platos diferentes para poder probar ambos de los dos platos.

Reían mucho.

Raquel se preguntó en un momento cuánto tiempo hacía que no reía de esa forma. Su existencia no tenía mayores complicaciones; solo mucho trabajo. Los amigos se distanciaban sin razón, solo se adentraban en las vidas que iban construyendo lentamente; nuevos trabajos, matrimonios, familias. Su consulta prosperaba y había reducido sus horas en el hospital; trabajaba más tiempo sola y atendía a la gente de su pueblo en otro barrio, lejos de la elegancia de donde tenía su consulta. Su vida se había ido tornando solitaria sin que por ello se hubiera sentido mal... hasta ahora. Martín se estaba convirtiendo de nuevo en el hombre alegre que había sido siempre, su creatividad le hacía medio niño y Raquel pensó que además irresistible.

Martín no había bebido nada. Debía continuar el viaje y se había ofrecido a conducir el resto del trayecto. Estar con alguien sin beber alcohol era ya algo remoto. Había bordeado el alcoholismo durante su depresión, pero siempre había sido una suerte de alcohólico social más que un simple bebedor social. Cuando se juntaba con alguien debía haber al menos una cerveza, pero la pasaba de maravilla con esta mujer que hasta hace unas horas solo era una hechicera con poderes arcanos... y estupendas caderas. Ahora se transformaba en una mujer agradable y hacía mucho que no estaba con una mujer agradable. Emma en realidad le desagradaba.

Cuando trajeron la cuenta ella preguntó por el baño y el garzón le indicó llamándola «señora». Raquel no se molestó. Sabía que no era porque pareciera vieja sino porque viajaba con Martín.

Martín condujo el resto del camino y Raquel se durmió. Roncaba de una manera que daba tranquilidad. Su sueño duró hasta que se metieron por el infame camino a Calcupulli.

–¿Qué pasa?

–El camino a este pueblo es notoriamente cruel.

–Detén el jeep.

Raquel bajó y puso la tracción al máximo.

–Ahora sí, si quieres conduzco yo.

–Hice este camino en un Alfa Romeo un par de veces.

–¿Todavía lo tienes?

–Sí.

–Es un buen auto.

–¿También sabes de autos?

–No. No sé si mi jeep aguante este camino y tu pequeño auto de ciudad fue capaz.

Se sonrieron.

Entonces ambos lo escucharon.

–Ya saben que estamos aquí.

–¿Ellos?

–Sí.

–¿Qué hacemos?

–Nada, no me conocen. Parece que deberemos dormir en la casa de tu amigo Manuel de todas maneras.

–Pero dijiste...

–Ya saben que estamos aquí, pero no quienes somos, mañana irán a donde dejemos el auto y nos encontrarán. Si tú vas a visitar a tu amigo Manuel no levantaremos sospechas...

–¿Y tú?

–Solo soy tu amiga Raquel, oftalmóloga... nadie debe saber nada más. Siento que me voy a meter en la boca del lobo.

MANUEL ESTABA SORPRENDIDO y Martín no podía creer que su sorpresa fuera falsa. Salió de la casa a recibirlos cariñosamente y saludó a Raquel.

–Marcela está con la niña.

–¿Tuviste una hija?

–Es adoptada, antes de que preguntes nada, se llama Francisca.

–Gracias... –Martín sintió un remezón, aunque pequeño. La niña necesariamente había sido nombrada en honor de su difunta mujer, pero no sabía si se sentía cómodo con el honor.

–Una mujer luego de siete Manueles, creo.

–¿Cómo fue que no la llamaste Manuela?

Manuel rió.

–Felicidades –interrumpió Raquel.

–Gracias, ¿y tú cómo es que conociste a Martín? ¿A qué te dedicas?

–Soy oftalmóloga.

–Buen ojo... me imagino que ese chiste te lo dicen siempre.

–Primera vez.

–¿De verdad?

–No.

–¡Tiene sentido del humor la niña, Martín! ¿Cuánto hace que están juntos?

–Solo hemos salido un par de veces –contestó Raquel, aunque no le preguntaban a ella.

Entraron. Marcela estaba en la entrada, con la niña en sus brazos. Su aspecto era, sin embargo, de enorme melancolía.

–Es muy hermosa –dijo Raquel.

–Gracias.

La niña bostezó entre sueños, mostrando una dentadura completa, absolutamente insólita para su edad.

–¡Tiene todos sus dientes!

–Le pasa eso a algunos niños. Es complicado para la madre, por la lactancia... –solo entonces Raquel recordó que era adoptada. Seguramente era alimentada con algún sustituto. Raquel sentía una adoración por los bebés, sin embargo la pequeña dentada le causaba nerviosismo. Como mujer, sentía que no podía rechazar la invitación de Marcela a que le ayudara a acostarla sin despertar sospechas. Su aversión se la achacó al entorno.

–Así que una doctora.

Martín sonrió con cierto pudor, como si realmente él y ella hubiesen estado saliendo juntos. Después del viaje ya no le era necesario fingir.

–¿Dónde la conociste?

Martín se demoró en responder. Solo entonces recordó que no salían juntos realmente.

–La conocí.

–Mira que andas misterioso.

–Sí... ¿y tú cuándo pensabas contarme que tienes una hija?

–La tenemos hace como una semana y hemos estado locos Marcela y yo, la quiere como suya.

–Y nació con sus dientes... eso es raro.

–No es tan raro, pero no es tan frecuente tampoco.

–Estás babeando, Manolo.

–Absolutamente.

Raquel amaba a los bebés, pero ésta en especial seguía sin gustarle. Tal vez era por toda la casa ¿sabría esta mujer de la familia de su marido? Probablemente no. La mujer casi nunca sabe. Por ello cuando debió tomar a la niña entre sus brazos, Raquel miró a Marcela con una compasión que ella entendió como ternura hacia la bebé.

–Cántale algo, le encanta que le canten.

Raquel casi entona un viejo canto en su lengua, pero recordó que estaba de incógnito y le cantó un clásico *Duérmete niño*. La niña sonrió con sus pequeños dientes filosos. A Raquel le pareció finalmente que era hermosa.

–¿Vamos donde los hombres, Marcela?

–Vamos.

Marcela acostó a la niña y bajaron. Raquel no pudo evitar notar otra vez la profunda melancolía de Marcela. Se hubiera podido decir que se trataba de depresión post parto... solo que ella no había parido.

En la mesa María Segunda servía la cazuela.

–Esta no la hizo la mama María, Manolo.

–La mama María murió, hace como dos meses.

–¡No me dijiste nada!

–Pensé que ya habías tenido demasiada muerte, además, la señora tenía que morirse algún día, tenía ciento siete años ¿qué más se puede pedir?

–¿La mama María?

–La mama María era la señora que crió a Manuel. Su madre murió cuando nació. Hacía las mejores cazuelas del mundo, pero se llevó el secreto a la tumba. Ésta la hizo su hija, la María Segunda.

–No está mal.

–No, –dijo Martín –pero las de la señora eran memorables.

–Cuando la mama enfermó, me decidí a que adoptáramos un niño. Quería que alcanzara a conocer un nieto, en ese tiempo pensaba que adoptaríamos un niño. La gente desaparece y hay que renovar las generaciones. Marcela quería uno propio, pero llevamos casados muchos años sin novedad, yo creo que estaba de Dios, además, Panchita es muy linda.

–Pensé que alguien como tú, con todo y dinastía, adoptaría un niño y no una niña.

–Yo también lo pensaba, Raquel. Pero en esta casa siempre ha habido un niño que se llama Manuel que tiene un hijo que se llama Manuel. Cuando la vi por primera vez, supe que era el mejor de los presagios y que las cosas iban a cambiar para bien en todo Calcupulli, además ¿no te parece un encanto?

Manuel le asignó a Martín su habitación de siempre, la cama tenía las célebres cuatro perillas que las camas modernas han olvidado.

–Solo hay una cama –notó Raquel.

–Sí –confirmó Martín–, ¿quieres que duerma en un sillón?

–No.

Por primera vez sus labios se tocaron y más tarde se tocaron aún más. Ningún pájaro les interrumpió esta vez. La noche estaba extrañamente tranquila.

Estaban tirados en la cama boca arriba con las manos cogidas. El día siguiente les enfrentaría a peligros desconocidos, pero Raquel tenía otros temores. La mano de Martín se sentía demasiado bien como para querer soltarla ¿qué pasaría si se dejaba llevar y todo no era sino una cosa del momento? La compañía de Martín le hacía sentir que su vida había sido muy solitaria. Era una buena vida de grandes logros tanto entre su gente como entre los *huincas*. Se había ganado el respeto de ambos pueblos, había logrado que hombres como Andrade dieran una segunda mirada a sus tradiciones con respeto; hasta ahora había sido feliz.

–¡Qué silencio! –interrumpió Martín.

–Sí...

Se hizo otro silencio largo. Las emociones les habían tomado por sorpresa y ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer. Como en un pacto, se miraron, se sonrieron y se besaron, cual si hubieran acordado aclarar todo en otro momento.

–¿Qué haremos mañana?

–Debemos ir al cerro y encontrar los ojos que han arrebatado a Francisca y también a Emma.

–¿Y qué haremos con los *chonchones*?

–Depende de lo que hagan ellos.

–¿No los destruiremos?

–No creo que podamos destruirlos. No a todos. Podemos encerrarlos en cierta área, evitar que escapen a otras ciudades y que pierdan algo de su poder, pero no podremos encontrarlos a todos... pero no importa. Ellos están muriendo. Antes había muchos y ahora rara vez se los ve.

–Pero son malignos.

–Malignos... no sé. Un puma que come gente no es maligno, Martín.

–Pero ellos esclavizan el alma de la gente...

–Sí, ¿pero no intentó tu pueblo esclavizar al mío?

Martín guardó silencio.

–Romperemos los lazos que te unen a ellos, liberaremos a tu mujer y a tu ex amante de sus garras, pero estamos en sus tierras, en su lugar. También las sombras tienen un lugar en el mundo.

–Algo así como el Yin y el Yang.

–Algo así... supongo. No conozco esas cosas chinas. ¿Cómo huiremos de tu amigo Manuel?

–Le pediré un par de caballos para qué demos un paseo tú y yo... no insistirá en ir, sabe que tres son multitud.

–Me parece bien.

–Quisiera seguir viéndote cuando todo termine, Raquel.

–Yo también.

Se durmieron abrazados.

El asado para recibir a las visitas era de rigor. La cazuela de mama María fue la gran ausente.

–Murió muy feliz. Panchita le dio algo así como una nueva paz

–Marcela nunca pensó que llegaría a extrañar a la anciana, aunque se sentía mucho más cómoda siendo por fin la única jefa de la casa–.

–María nunca supo que la niña era adoptada, entonces fue que supe que Manuel también había nacido con dientes.

No había que saber demasiada genética para descartar que fuera una mera coincidencia. Francisca era la hija de Manuel. Marcela había decidido hacerse la tonta, pero el comentario acerca de la mamá María le había servido para hacer saber que se hacía la tonta, pero que no lo era. Manuel le devolvió una mirada casi cruel. Su melancolía parecía explicable ahora. No se parecía a la mujer enérgica que Martín había conocido.

—¿Me acompañas a acostarla, Raquel?

Raquel debió acudir, aunque sin ganas de nuevo.

—Me agrada tu nueva novia, Martín.

—Solo estamos saliendo.

—¿Te imaginas si no hubiera mujeres en el mundo? Imagina que tuvieras que reproducirte de manera casi vegetal, con algo que no es de tu especie y que te condenaras a la soledad...

—¿De qué hablas? Marcela es una buena mujer.

—Lo es... pero yo sé que jamás encontraré una mujer a mi medida.

—Pero no puedo imaginar una más devota...

—Espero que tengas una hija. Las mujeres son la más grande bendición. Molestan a veces, pero el balance es siempre positivo.

—¡Qué feminista que estás!

—La niña me puso así.

—Obviamente es tu hija biológica, Manuel ¿también la madre murió cuando daba a luz?

—Yo soy su único padre y Marcela es la única madre que conocerá.

Las mujeres volvieron. Raquel miró su reloj y le hizo una seña a Martín. Él recordó.

—Podríamos cabalgar hacia la puesta de sol, los cuatro.

—Debo quedarme cerca de la niña.

Manuel y Martín eran amigos hace demasiado tiempo como para no haber desarrollado ciertos códigos de inmediata comprensión.

—Si quieres te presto un par de caballos mansos.

Martín sintió que traicionaba a su amigo de la manera más artera posible. Por un momento casi lo confiesa todo.

–No me gusta haberle engañado –le dijo a Raquel mientras cabalgaban.

–Solo pensará que llegamos tarde, nos pidió no cabalgar al anochecer por sus amigos.

–No dijo que fueran sus amigos.

–Lo son, Martín.

El sol se ocultaba en un crepúsculo rojizo, sin gracia. Calcupulli carecía de gracia hasta el punto de hacer hasta sus crepúsculos predecibles. El sol hería los ojos de Martín quien no había traído lentes oscuros. Pronto el Calcupulli, el cerro que daba nombre a toda la comarca, les cubrió con su sombra. Martín extrañó cabalgar con los ojos casi cerrados. La sombra del Calcupulli se sentía funesta. Amarraron los caballos a las faldas del cerro.

–Supongo que tenemos una hora más de luz –dijo Martín.

–De todas formas debemos esperar hasta que anochezca.

Raquel fue recorrida por un escalofrío.

–Nunca he hecho esto antes.

–Pero...

–No te preocupes, sé lo que debo hacer. He escuchado y aprendido las canciones. En la universidad había libros, en mi pueblo, ancianos y canciones... y pronto tendremos libros también.

–¿No conoces a nadie más experto?

–Yo soy la más experta ¿crees que alguien ha hecho algo como esto en los últimos cien años?

–Confiamos en canciones.

Raquel se paró y comenzó a cantar. Martín se sentó en el suelo a escuchar. No entendía la lengua, pero pudo entender que lo que cantaba era una mezcla de historia, leyenda, manual de instrucciones y rogativa. Raquel cantaba con toda la sabiduría de los siglos, si es que no los milenios, de su pueblo. Martín estaba embelesado. No era solo que la voz de Raquel fuera melodiosa o que el cántico fuera especialmente hermoso.

–¡Ahora se me quedan quietos y se me sientan con las manos en la nuca!

Las palabras sonaban metálicas y llenas de autoridad. Martín abrió los ojos lentamente y frente a él se encontraba el abismo tremendamente profundo del cañón de una pistola. Tras ella, el capitán Halt le apuntaba con decisión.

–¿Qué hace?

–Es policía, Raquel, es el capitán Halt.

–¿La policía?

–¡Siéntese al lado de Martín, señorita!

Raquel se sentó al lado de Martín.

–¿Piensa encarcelarnos por cantar?

–Por homicidio, señorita.

–Pues la querrela que le voy a interponer por esta arbitraria detención...

Melanie salió de detrás de una piedra.

–No puedes detenerlos por cantar, Víctor. No creo que estén involucrados.

–Extraños cánticos al anochecer en el campo...

–Nunca supe de ningún canto en Kouzelnyvilka, excepto de algunos que se usan en contra de los brujos. Creo que están aquí por lo mismo que nosotros, además, si fueran ellos, la pistola de nada te serviría.

Halt contempló la situación. Melanie estaba del lado de sus prisioneros y ella sabía más que él.

Antes de salir de Santiago, Melanie se había invitado a sí misma a almorzar a casa del capitán. Allí había conocido a Isabel y con ello Halt había perdido toda esperanza de dar rienda suelta a sus fantasías.

–Es posible que en Calcupulli ocurra algo similar a lo que ocurre en Kouzelnyvilka... –Isabel había escuchado inerte ante todo su conocimiento y fascinada por una mujer que había conocido el mundo. Con ello habían establecido una alianza que salvaguardaba la santidad del matrimonio. Por primera vez Isabel se enteraba de las muertes, de los misterios y los fantasmas que rodeaban todo.

–¡Todo lo que sabe Melanie! –Había comentado cuando ella se hubo ido y ambos se habían metido en la cama. Habló de seguir alguna carrera, de preparar la prueba de selección y de estudiar. Víctor no sabía si quería que su mujer se transformara en algo más de la que le esperaba todas las noches con la cena servida. Se había fascinado con Melanie, pero ahora la sentía como una amenaza que quería devolver a Alemania lo antes posible, aunque al menos había asustado lo suficiente a Isabel para que no quisiera venir hasta las faldas mismas del cerro.

Ahora la antropóloga le desautorizaba su arresto no autorizado –estaba de vacaciones– y asumía que los arrestados eran inocentes.

Halt disfrutó un segundo más de su pistola y por fin la guardó en su cinto.

–¿Qué hacen aquí?

–Nada que le importe –Raquel había descubierto que era alérgica a que le apuntaran con armas de fuego.

–Los caballos son de Manuel Fernández y somos invitados en su propiedad –Martín fue algo más amable dada la solicitud que Halt había mostrado cuando había muerto su mujer.

–¡Qué hacen ustedes aquí! –Raquel no sentía ninguna simpatía hacia Halt.

–Investigamos las muertes –dijo Melanie adelantándose– en todo el mundo, en diversas épocas se han dado fenómenos similares. Hace poco en Alemania, en la frontera con la república Checa pasó algo similar...

–Pensé que solo existían en Chile.

–Pues hay reportes aislados en todo el mundo, pero cada vez son menos.

–¿Y a usted le atrae la mera curiosidad científica?

–No. Perdí a alguien en Kouzelnývilka, en la república Checa.

–¿Y qué espera encontrar aquí?

–Respuestas, señorita...

–Raquel. Doctora Raquel Villalobos... y *machi*.

–¡HE VENIDO A ESTE PEÑASCO varios días seguidos y no he encontrado nada de nada! –Halt estaba muy irritado.

–Hay que venir de noche y ojalá con luna llena, –Raquel todavía estaba molesta –pero no sé que espera encontrar, capitán.

–Respuestas.

Melanie de pronto señaló al cielo, pronto el graznido de varios *chonchones* cubrió la noche. Entonces para sorpresa de todos, la roca abrió una grieta por la que todos entraron.

–Ahí está su respuesta, Capitán.

Halt observaba con la boca abierta. Había esperado encontrar alguna suerte de secta, productos químicos o veneno, algún culto loco como aquel japonés que inundó el metro de Tokio con gas sarín, pero nada como esto.

–Ahora debemos subir, Martín.

–Yo voy con ustedes –dijo Halt.

–No está preparado.

Halt mostró su pistola.

–Aquí está mi preparación.

–¿Cree que eso le servirá?

–Sí.

El ascenso, aunque de pocos metros, era peligroso. Martín y Raquel se aferraban con dificultad a las rocas. En un sorpresivo acceso de cobardía Melanie decidió esperar abajo y veía alejarse las figuras.

–Melanie.

La voz era demasiado familiar para ella.

–¡Werner!

Todo el dolor del mundo se apoderó de ella. Comprendía que, alucinación o no, frente a ella no estaba sino la sombra de Werner y que si intentaba tocarlo no podría hacerlo.

–No subas, corres peligro y no me tienen ahí, sino muy lejos.

–¡Werner, qué puedo hacer por ti!

–Nada, mi amor, pero pronto se darán cuenta de que un testarudo como yo de nada les sirve, pero eso es muy lejos de aquí. No subas esa montaña, son de la misma especie que... no puedo decirlo.

Ante sus ojos Werner desapareció. Ella se sintió presa de la más grande desolación del mundo. Tanta que ya no sintió miedo. Si había alguna respuesta, la más cercana en ese momento estaba a unos pocos metros en ese peñón escarpado. Entonces comenzó el ascenso sin que le importara lo que pudiera pasarle.

Se encontró frente a la reciente abertura, salía luz y pudo distinguir las siluetas de Halt, pistola en mano, Raquel y Martín. Los llamó y corrió a su encuentro. Solo entonces pudo notar que se encaminaba por un pasadizo hacia abajo y que seguramente ya estarían bajo el nivel del suelo. Había luz, pero era muy difícil determinar de dónde venía. Los cuatro caminaban despacio.

–¿Sabrán que estamos aquí?

–Lo saben –respondió Raquel–, pero aún no saben qué hacer con nosotros.

Una bandada de pájaros los tomó por sorpresa. Raquel y Martín solo se cubrieron la cara y se agazaparon un poco, sabían que la huida podría estimularles. Entonces uno de los pájaros comenzó a crecer y tomó el aspecto de un hombre. Halt reconoció a Don Jacinto.

–Muy bien... qué quieren.

Todos los pájaros tomaban formas de hombres al lado de don Jacinto. Melanie se tapaba la boca para evitar gritar. Halt estaba simplemente paralizado.

–Quiero a Francisca.

Don Jacinto caminó entre ellos y observó a Martín.

–Eres valiente, te rodeamos una vez, en Santiago... nos arrojaste una botella.

–No soy valiente, ya no tenía miedo, que es distinto. No me importaba lo que pasara conmigo.

Mientras hablaba, Jacinto tomó la pistola de Halt y la guardó.

–Francisca está muerta.

–No completamente, libérela.

–¿Cómo es que has aprendido estas cosas?

Don Jacinto penetró con la mirada todos los rostros y se detuvo en Raquel.

–Tú... eres una *machi*.

–Sí... danos lo que vinimos a buscar y nos iremos.

–Pronto ajustaremos cuentas, *machi*.

Jacinto entregó un frasco de vidrio a Martín. Dos globos blancos flotaban en un líquido amarillo. Martín apenas pudo disimular su horror cuando supo que eran los ojos de Francisca.

–Ábrelo fuera de la cueva y todo habrá terminado para ella. Ahora sal y cuéntale a tus nietos que saliste vivo del Calcupulli.

–Necesitamos a alguien más.

–Pues a nadie más te daré. Emma me pertenece, ella se vendió a mí ¿no sabes que por ella pude enloquecer y tomar a tu mujer? Ella te deseaba... pero otro podrá mejor que yo contarte esa historia. Ya cumplí mis órdenes.

–¿Qué órdenes?

–Vamos, Martín.

Los hombres volvieron a ser pájaros y se alejaron hacia el fondo de la cueva.

–Ya no tenemos nada más que hacer aquí.

Halt contempló la escena en silencio. Cuando bajó la mirada se encontró con su arma y la recogió.

–¿Qué puedo hacer con esto? Si digo lo que vi en la comandancia dirán que me volví loco.

Bajo el Calcupulli los esperaba Manuel.

—Lo que sea que hayan visto allá arriba, guárdenselo por ahora.

Todos le obedecieron. Martín abrió el frasco de vidrio. El líquido amarillo resultó ser una orina putrefacta que arrojó al suelo inmediatamente. Los ojos que estaban adentro se deshicieron casi instantáneamente.

Los caballos que llevaban Martín y Raquel eran compartidos por Halt y Melanie. Cada pareja iba en un caballo y Manuel iba adelante en un caballo negro de pura raza que Martín jamás había visto.

Cabalgaban al paso y en silencio. Halt fantaseaba con ponerle las manos encima a Manuel y arrestarlo, pero sabía que ello sería imposible. Llegaron a la casa. Manuel invitó a Halt a quedarse, pero él no quería pasar ni un solo momento más allí. Lo que había visto era simplemente su derrota. Había resuelto las más misteriosas muertes y no podría contarle a nadie jamás. No tendría ascenso, ni fama, ni nada. Melanie acumulaba valor para hacer lo propio en Kouzelnylvilka... entonces Manuel le habló al oído, antes de cerrar la puerta.

—¿Qué te ha dicho, Melanie?

—No entendí bien... ¿un saludo a alguien?

El capitán contempló la puerta cerrada sintiendo la mayor impotencia de su vida.

Raquel y Martín se acostaron juntos en su habitación. Se abrazaron y cayeron en sueño profundo exhaustos. Martín soñó con Francisca. Solo podría recordar que le sonreía. El sueño era algo borroso. Salieron en la mañana. Martín se despidió de Manuel como si nada. Hubiera querido pedirle mil respuestas, pero las preguntas eran tantas que le abrumaban.

Nunca más hablaron de ello. Raquel compuso una canción en la lengua de su pueblo y se la cantó a todos en la *ruca* ceremonial. Cumplido el deber de incrementar el acervo de su pueblo, evitó volver a pensar más en ello.

De todos modos ya no se sentía la misma. Una cosa eran los sueños, las visiones y los trances y otra muy diferente era haber visto lo que vieron. Solo Martín podía ahora entenderla y, aunque rara vez tocaban el tema excepto con silencio, ese secreto callado terminó acercándolos mucho más.

Un año después Raquel y Martín anunciaban su compromiso. Martín por fin puso en venta la casa que había compartido con Francisca y todos sus muebles, excepto por la nueva colección de *Star Trek* que comenzaban ahora juntos. Raquel tenía un uniforme de la *Teniente Uhura*.

Fue la última noche que visitara esa casa cuando una visita inesperada le sorprendió.

—Martín.

Manuel estaba con la botella de bourbon en la mano y los brazos abiertos. Martín le dio un gran abrazo, luego de dudar un poco. No habían intercambiado una llamada telefónica siquiera desde que se habían visto por última vez en Calcupulli.

—Raquel y yo nos casaremos.

—Es una mujer excepcional sin duda. Pocas se enfrentan a...

—Sí —interrumpió Martín.

—¿Piensas tener hijos?

—Está embarazada.

—¡Felicidades! Qué bueno que puedas engendrar tus propios hijos con la mujer que amas.

—¡Francisca es hija tuya!

—Marcela murió...

—¡Cuánto lo siento! ¿Qué pasó?

—Tuvo un accidente... ¡qué mierda, se suicidó!

Martín se entristecía.

—El día que nació, traje a Marcela a Santiago ¿Te acuerdas de Anabela?

—¿Anabela?

—¡Anabela! La chica que te contraté cuando andabas deprimido.

—Cierto.

—Pues fue a ella a quien le pedí que lo tuviera. Le pagué una millonada, pero era la única forma. Marcela deseaba tanto tener un hijo. Había llevado mi esperma a analizar a un laboratorio ¡imagínate! Tuve que hacerlo quemar.

—¿Qué fue lo que hiciste quemar?

—El laboratorio.

Martín simplemente se quedó en silencio.

—Después de tres meses la niña estaba lista, como siempre ocurre. Marcela estaba muy triste porque no la había embarazado a ella, así que la llevé a ver. Anabela estaba en la cama, le dolía el estómago. Marcela ardía en celos. Entonces mi Francisca comenzó a nacer. Antonia, ese era su verdadero nombre, el que puse en los cheques que alcanzó a cobrar y en los que nunca cobró... Ella comenzó a chillar como lo que era y una manito asomó por su ombligo y más tarde su rostro que mordía su piel y la devoraba.

—¿Qué?

—Fue hace tanto tiempo que sucedió. Los ancestros de uno antes eran poderosos, pero entonces una enfermedad atacó a las mujeres y no tuvimos más remedio que unirnos con mujeres humanas, pero no todas son compatibles y las que lo son mueren en el parto. Por eso no podía permitir que Marcela se embarazara, la había llegado a querer tanto... Ya casi no queda nadie de nosotros en el mundo ¿sabes que hay un grupo en la República Checa? Espero que Melanie le de mis saludos a Talich. Hace poco murió el último de los nuestros en Cataluña... Hubo una época en que tu especie nos rendía tributo. Fuimos líderes en muchos lugares, nos daban sangre, pero fue algo en la sangre de ustedes lo que mató a las mujeres... solo a las mujeres.

Los ojos de Martín estaban fijos en Manuel.

—Yo viví con mi padre y algunos de mis hermanos y primos en Calcupulli mucho tiempo. De pronto el mundo cambiaba y me vine a

estudiar a Santiago. Entonces los conocí a ti, a Marcela, a Francisca, realmente quise ser uno de ustedes.

Martín apuró el bourbon.

–También tuvimos ciudades, naciones, imperios... ¡muchas civilizaciones antiguas son nuestras, no de ustedes! Alguna vez recibimos sacrificio de sangre ¡éramos grandes! Y ahora míranos. Solo un par de puebluchos en Chile, uno en Atlanta, otro en la República Checa y otros dos perdidos en las montañas de oriente. Eso es todo lo que somos, todo lo que queda. Pero ahora existe Francisca... recuperaremos nuestra grandeza ¿sabes? Si comienzan a nacer mujeres de nuevo volveremos a ser numerosos. Nos resistimos a morir mientras el hombre crecía y de tanto nacer de mujeres humanas ya somos medio humanos, las mujeres antiguas ponían huevos, pero no sé si Francisca irá a parir o a poner huevos. Ya no somos un pueblo puro, todo lo que viene es impredecible... ¿será bueno? Yo creo que sí, Jacinto cree que no... pero por suerte el que manda soy yo.

–Cuestión de opiniones... –el sarcasmo de Martín era doloroso para ambos.

–No te entregaron a Francisca por los hechizos de Raquel ¿sabes? Lo hicieron porque yo lo ordené y no te entregaron a Emma porque fui yo quien le permitió a Jacinto, mi buen hermano Jacinto, quedarse con su alma. Ella fue la que vendió a Francisca y por eso yo no pude hacer nada. Créeme que si no jamás hubiera permitido...

Las explicaciones sonaban vanas a ambos. Manuel abrió el ventanal que daba a la terraza y abrió los brazos. Martín vio como ante sus propios ojos él tomaba la forma de un pájaro negro mucho más grande que los que había visto en Calcupulli. El pájaro graznó con fuerza y pausadamente voló hacia el Sur.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres digitales de

RIL® editores

Teléfono: 225-4269 / ril@rileditores.com
Santiago de Chile, marzo de 2010

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.